

AMERICA

Publicación trimestral del
GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez

Augusto Arias

Antonio Montalvo



VOLUMEN X

AÑO IX

QUITO, ECUADOR, S. A.

1935

GRUPO AMERICA

SOCIOS

Arias Augusto
Arroyo César E. (en Cádiz)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis (en Bogotá)
Cárdenas Hipatia de Bustamante
Carrión Benjamín
Carrera Andrade Jorge (en El Havre)
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Salvador Humberto
Torres Luis F.
Velasco Ibarra J. M.
Vaca Telmo N.
Zaldumbide Gonzalo (en Ginebra)

REPRESENTANTES

Teresa de la Parra, en Suiza
Rosa Arciniega, en España
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Victor Hugo Escala, en Venezuela
Alberto Guillén, en Perú
Carlos Mastronardi, en Argentina
Fernando Diez de Medina, en Bolivia
Jesús Lea Navas, en Madrid
Carlos Préndez Saldías, en Chile
Mariano Latorre, en Santiago
Arturo Scarone, en el Uruguay



AMERIKA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA


SUMARIO :

AMERICA: Hacia un americanismo verdadero, pg. 1.—
JUAN PABLO MUÑOZ SANZ: El Americanismo,
principio de hermandad de los pueblos del continente,
pg. 4.—REMIGIO ROMERO Y CORDERO: A la ciu-
dad de los reyes, pg. 17.—ROSA ARCINIEGA: Bús-
queda y aireo de América, pg. 23.—ALBERTO GUI-
LLEN: Mi monumento a Atahualpa, pg. 31.—JULIO E.
MORENO: Democracia aparente y teocracia latente,
pg. 34.—JORGE CARRERA ANDRADE: Color de la
Habana, pg. 48.—LUIS ALBERTO SANCHEZ: Esque-
ma de la cultura Hispanoamericana, pg. 50.—ISAAC
J. BARRERA: Literatos ecuatorianos de la Colonia,
Gaspar de Villarroel, pg. 79.—ALFREDO MARTI-
NEZ: Meteoros, pg. 96.—ENRIQUE TERAN: El
Libro inédito y la Ordenanza del Concejo Municipal
de Quito, pg. 99.—NICOLAS JIMENEZ: Luis G.
Urbina y José Santos Chocano, pg. 107.—ANTONIO
MONTALVO: Mirador Bibliográfico, pg. 112.—GES-
TIONES RELACIONADAS CON LA PRIMERA
EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERI-
CANO, pg. 126.—NOTAS MARGINALES, pg. 132.
—BIBLIOGRAFIA TITULAR.

Vol. X

Año IX

Núm. 59



Imprenta Nacional.—Quito.

REGISTRO DE AUTORES

En esta página se publicará la dirección domiciliaria y postal de todos los autores cuyas señas conserva esta Revista y las más que fueren llegando a su poder; por lo cual se encarece a los escritores el envío de sus direcciones, lo más claramente posible, cuidando de comunicarnos los cambios de éstas.

- Fernando Binvignat. Casilla 6 D. La Serena, Chile.
- Máximo Soto-Hall. Santa Fe, 3866. Buenos Aires, Argentina.
- C. Sabat Ercasty. Lauro Müller, 2068. Montevideo, Uruguay.
- Armand Godoy. 39. Boulevard de Montmorency. París, XVIIe, Francia.
- Mario Irlé. 33-285. Mercedes (Buenos Aires), Argentina.
- Nicolás Semorile. Chacabuco, 275. San Nicolás, Prov. de Buenos Aires, Argentina.
- Antonio Spinetti Dini. Apartado 47. Mérida, Venezuela.
- Manuel de la Peña. 27, Rue Paul Doumer. Le Havre, France.
- Maruja Vidal Fernández. Salta, 307. Buenos Aires, Argentina.
- Carlos B. Quiroga. Victoria, 2966. Buenos Aires, Argentina.
- Santiago Argüello. 7a. Avda. Sur, No. 54. Guatemala, R. de Guatemala.
- Benjamín Carrión. Apartado 379. Quito, Ecuador.
- Isaac J. Barrera. Apartado 8. Quito, Ecuador.
- Alejandro Andrade Coello. Apartado 23. Quito, Ecuador.
- Alberto Guillén. Arequipa, Perú.
- Carlos Préndez Saldías. Casilla 2829. Santiago, Chile.
- Rosa Arciniega. Francisco Silvela, 15. Madrid, España.
- Fernando Díez de Medina. La Paz, Bolivia.
- Víctor Hugo Escala. Legación del Ecuador. Caracas, Venezuela.
- Carlos Mastronardi. Gualaguay (E. Ríos), Argentina.
- Dr. Juan Marín. Casilla 3383, Santiago, Chile.
- Oscar Efrén Reyes. Casilla 462. Quito, Ecuador.
- Dr. José de la Cuadra. Casilla 327. Guayaquil, Ecuador.
- Dr. Gonzalo Escudero. Quito, Ecuador.
- Nicolás Jiménez. Quito, Ecuador.
- Humberto Salvador. Quito, Ecuador.

(Continuará)

AMERICA

Año IX. — Número 59

Primer Trimestre de 1935

Quito, Ecuador, S. A.

HACIA UN AMERICANISMO VERDADERO

AMERICA

Hemos podido observar, a través de nuestra paciente labor americanista, cómo los pueblos de América, a pesar de sus tenaces tentativas confraternizantes, manifestadas en asambleas y congresos de todo género, después de pasadas las horas de apremio, vuelven a aislarse, cada uno, en su soledad, a perder el contacto espiritual con los demás núcleos sociales y a amurallarse en un sordo egoísmo —inconsciente o voluntario— que impide el interconocimiento de sus realidades vitales.

Para luchar contra esta especial manera de ser de los pueblos americanos, que tanto perjudica a sus mutuos intereses culturales, hemos propugnado la necesidad que hay de que cada uno de ellos, en la magnitud de sus posibilidades, realice una obra de acercamiento, de intercambio intelectual, a fin de cohesionar el pensamiento y la acción americanos encauzándolos hacia una misma finalidad, que, para nosotros, no es otra que la de delinear, estructurar la personalidad de América.

Con ejemplos de rotunda claridad quisiéramos probar cómo es fatal para la civilización de los países americanos la mutua ignorancia —o el tardío conocimiento— de su desarrollo vital. Se ignora desde los procesos históricos hasta los últimos empujes civilizadores. Y, así, movimientos de trascendencia y realidad innegables, que echan raíces en las entrañas mismo de sus pueblos respectivos —como los del Perú y México— fuera de las élites cultas, eruditas o iniciadas, el resto no sabe nada de ellos si no es por resonancias, raras veces acertadas, siempre equívocas; pero desconoce sus orígenes, su

razón de ser, sus proyecciones políticas, económicas, sociales, y, por consiguiente, desconoce también las apreciaciones que de tales movimientos se hacen en otros campos de la actividad humana.

Y, —vuelve nuestro optimismo ¡tanta fe tenemos en los destinos de América!— sabido es cómo el continente americano, por su comunidad de origen, de raza y del idioma, mejor que cualquiera otra agrupación humana, tiene en sus manos las posibilidades de construir su cultura, de hacer de ella una realidad que refleje lo que hay de valor y de grandeza en el espíritu de la raza.

Y, escogidos los caminos para llegar a la realización de estos ideales comunitarios americanos —a excepción de los dos polos de contacto que unen a nuestros pueblos: la diplomacia y el intercambio comercial, eficaces a veces, nugatorios las más—, no hay otro más práctico y eficaz, como el del intercambio intelectual. Creemos que el comercio del libro nos ha de estrechar fuertemente. Creemos que él puede levantar a altos niveles de comprensión y de acción común a las nacionalidades americanas; porque es a través de las manifestaciones intelectuales donde mejor se reflejan todas las realidades que conforman la vida de los pueblos.

Por estas razones es, pues, que hemos organizado —aquí, en estas céntricas latitudes equinocciales— la primera Exposición del Libro Hispanoamericano. La hemos organizado y vamos a llevarla a feliz término, gracias al apoyo inteligente y generoso del Presidente de la República, doctor don José María Velasco Ibarra, distinguido miembro del Grupo América, quien con profundo sentido de la significación de este certamen cultural, ha estimulado, en forma que obliga nuestro cálido reconocimiento, la iniciativa de la Exposición del Libro, la misma que tendrá lugar el 10 de Agosto próximo, décimo aniversario de esta revista.

Invitamos, pues, a ella, y pedimos su colaboración a todos los escritores, casas editoras, instituciones culturales de América y España, en la seguridad de que este llamado intercontinental, será ampliamente correspondido. Queremos que esta Exposición, a la vez que sirva de centro al cual converja todo el acervo representativo de la cultura literaria y científica hispanoamericana, y ausculte —de modo tan práctico como es éste— las fuerzas constructoras de América, pruebe lo que puede el espíritu de la raza, cuando le animan sus grandes ideales de civilización y de solidaridad continental.

Además, y este el punto, para nosotros, de verdadera trascendencia en la Exposición del Libro Hispanoamericano. Al tiempo que se lleva a efecto ésta, se creará, también, mediante una amplísima y seria organización estatutaria —cuyo texto daremos a conocer entonces— la **Biblioteca Hispanoamericana**, un organismo vivo, llamado no sólo a atesorar la riqueza intelectual de América y España, no sólo a servir de museo del pensamiento y de la actividad literaria hispanoamericana, sino que, su función específica será, entre las demás, la de conservar, incesantemente, aún sobre los frecuentes enojos internacionales, el contacto espiritual entre todas y cada una de las naciones americanas, mediante el interconocimiento de sus realidades políticas, económicas, sociales, artísticas, etc.; porque para determinar el éxito del grande y común ideal de unión y confraternidad americana, sólo nos hace falta conocernos, y conocernos así, en un concepto totalitario y vasto, hasta que éste se amalgame en el más cabal de la comprensión y conjunción de América.

Pero esto, claro está, no podremos llevarlo a la práctica nosotros solamente. Por eso emplazamos, desde ahora, a los intelectuales, centros culturales, instituciones literarias, etc., de todas las naciones de América, a fin de que, oficial o extraoficialmente secunden nuestro proyecto y creen en sus respectivas capitales, un organismo similar al nuestro, que sea a la vez receptor y trasmisor de cultura, de fuerza cordializante, generadora de asimilación espiritual y realizadora de un magno ideal que por igual afecta, interesa y beneficia al más olvidado como al más ilustre pueblo de nuestro continente.

EL AMERICANISMO, PRINCIPIO DE HERMANDAD DE LOS PUEBLOS DEL CONTINENTE

JUAN PABLO
MUÑOZ SANZ

Trabajo que obtuvo el primer premio —medalla de oro y diploma— en el concurso internacional promovido por el Club de Flores, de Buenos Aires, en la Fiesta de la Raza.

Hay palabras que alcanzan una valoración tan milagrosa como ciertas acciones en los juegos bursátiles... pero con sus mismas características de inestabilidad: **Americanismo** es la palabra que ofrece el mejor ejemplo.

¿Americanismo verbalista y claudicante? No; actitud vital, sentimiento redentor, principio de fraternidad objetiva, postulado inmovible de un devenir histórico, doctrina económica, jurídica, política y social: de este americanismo hablemos, en buena hora. Hermandad que tiene raíces telúricas, energías cósmicas polarizadas, valores éticos, arquitectura geográfica y leyes propias, bien merece que hablemos sin reticencias, ni dudas, ni sombra de sarcasmo. ¡Oprobio para el que restalle maldiciones ante fenómenos de ofuscación y muerte, egoísmo o falsía nacionalistas —cuya explicación ignora—, o para el chistoso de cafetín que ría de las juventudes enfervorizadas!

De este americanismo, poderoso e intangible, hablese, desde Alaska a la Patagonia, con la fe del misionero en la selvática andanza, con la del médico a la cabecera del paciente; mejor todavía, con la fe de la madre que infunde vida en el recién nacido con la llama de sus ojos. Esa fe, alimentada con radiante abnegación, ahuyentará el pesimismo que invade hasta a los mejores intencionados. Si las filas clarean, si las falanges vacilan, ¿toleraremos el desbande prematuro de las huestes americanistas? ¡Qué los desengaños y la cólera santa de ayer florezcan mañana en aciertos fecundos y conciliaciones equitativas! Surquemos lo inverosímil en alas del ideal.

Si hay guerras en América, estudiemos el virus para descubrir la vacuna. Todas las formas de americanismo (Unionismo, Indolatinismo, Ibero—, Hispano—, Latino—, Pan—ameri-

canismo, y cuantos "ismos" pudieron inventarse con igual propósito) han sufrido reveses, lesiones agudas y críticas acerbas, debido a que los fenómenos continentales que han de ser explicados y los problemas inherentes, cuya solución urge el simple enunciado americanista, son tantos que se cierran al sol como la selva. Pero nuestro vigor de hombres nuevos ha de abrir —en la tierra, en la vida y en el pensamiento— caminos, ha de habilitar puertos, ha de sanear pantanos; colonizar tierras vírgenes y explotar riquezas, lo mismo en parajes inhóspitos que en el alma, cerril o rebañega, de sus pueblos: misión de juventudes.

Si a la diplomacia americana se le acusa de graves condescendencias, de violentas contradicciones, de fracasos rotundos, que provocan risa y execración en los espíritus negativistas, el Ideal no sufre mengua; la condenación alcanza menos a la calidad de los representantes que a la idiosincracia de los representados. Los pueblos tienen los gobiernos... y los embajadores que se merecen, según la vieja frase. Declaremos —en justicia, no como optimistas, sino bajo fe de historiadores— que las más bellas tesis, las más humanas del Derecho Internacional Público y Privado han sido defendidas y aún forjadas por mentes del Nuevo Mundo. Ejemplo: la doctrina Drago. ¿Es posible que desconozcamos nuestra propia labor? Lo es.

Hay algo más profundo en todo esto: la diplomacia de América —la hispanoamericana, sobre todo— parte de un dilema para concluir en una paradoja. En América, la existencia del americanismo es innegable, pero la del nacionalismo es evidente; la primera es tan exacta como el contorno geográfico del Continente, la segunda es tan imperiosa como la vida que en él se desenvuelve. El sentimiento y la conveniencia política son dos fuerzas que juegan al escondite, proyectando sombras chinescas en las pantallas de las cancillerías.

El americanismo es adolescente; pide tolerancia para sus yerros y cordura en las admoniciones. Cuanto crea el afán, prodiga la retórica o surge por espontánea maravilla —vocabulario, ideas, metáforas, perífrasis, adjetivos, emblemas americanistas— yace agostado. Una tristeza muy americana se cierne sobre la bandera de Cambor, y nuestro futuro preludia un nuevo Himno.

Las ideas americanistas, como ciertos pájaros en estaciones determinadas, recorren el Continente. Abramos el balcón para que nos visiten.

Apuntaba la aurora de la Independencia cuando Bolívar lanzó a los horizontes —verdadera alondra que presagiaba el milagro de luz— estas palabras: “Una sola debe ser la Patria de todos los americanos”. Monteagudo —1812— inscribe en su Constitución la ciudadanía continental. San Martín —1818— considera básica para el futuro americano la federación perpetua de nuestros pueblos. O’ Higgins la reclama con energía, Chile, en su Constitución de 1811, bosqueja y anuncia al pensamiento monroista, receloso del imperialismo europeo, e intenta prevenir los fratricidios que han ensangrentado América.

Ideal centenario el americanista, ya se ve. Por desgracia, sólo van quedando los retoños vivos que cuidan manos sacrosantas, o semillas que fueron sembradas al azar, prendiendo en algunas latitudes, marchitándose pronto o no prendiendo totalmente en otras.

No somos cazadores de autonomasias, pero acontece como si cada país de América hubiera recibido y cultivado cierta virtud inimitable, cierto don intransferible. México, nido de rebeldías; Venezuela, cuna de libertadores; Colombia, rincón de poetas; Chile, crisol de voluntades; Uruguay y Brasil, tierras de ideólogos y estadistas... Mas, la Pampa atesora el humus exigido para los tiernos brotes del ideal americanista, desde la Independencia hasta hoy. ¿No consignaba la Constitución de Entre Ríos —1812— que para ser elegido diputado bastaba comprobar ciudadanía americana? ¿No es Argentina la que ha pedido, en momentos difíciles, y respetado con severidad augusta los fallos arbitrales? ¿La que ha visto llegar la victoria para sus armas sin vértigo loco, y ha ido hasta las conferencias de paz sin ambiciones?

Con San Martín, el ideal americano va desde el romanticismo político, de timbre caballeresco, hasta un realismo nacionalista de generosa cooperación inmediata y de internacionalismo mediato; con Bolívar nace el amor platónico indigenizante, que arranca de un emparaisamiento sentimental heroico —“hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del Hemisferio de Colón”— y llega hasta una especie de suprarrealismo político —prueba magna: la Gran Colombia—. Con José Martí fructifica el idealismo austero y la profecía vernácula; con Montalvo y Rodó, el americanismo de blasón idiomático y lírico llega a la excelsitud y se pierde en la vaguedad... Ingenieros, Palacios, Ugarte, Vasconcelos, García Cal-

derón, Argüello, Américo Maya y cien espíritus viriles señalan con piedras blancas y rojas el camino.

Ya el americanismo superó su fase romántica inicial. El mismo Bolívar, americanista platónico, le dió el primer mandoble cuando dijo: "esa institución (el Congreso de Panamá de 1826) que debería ser admirable, se parece a aquel loco griego que pretendía dirigir desde lo alto de una roca los bajeles que navegaban. Su poder será una sombra y sus decisiones meros consejos". Resta añadir que el loco griego fue reemplazado, sin ventaja, por el Congreso Anfictiónico, en los sueños del Libertador.

Paladines románticos fueron Rivadavia y tantos próceres de la Independencia. Asambleas y congresos célebres, que no hace falta recordar, pecaron de romanticismo.

La fase idealista —complementaria de la otra— alumbra, insistiré, con Bolívar. Bien pocos visionarios la sustentan. Con el Panamericanismo —"sublimación" del monroísmo— surge la fase crítica. Duras contradicciones entenebrecen a América. Hoy, la doctrina del "destino manifiesto" de Mc. Kinley se hunde en ocaso y la política de "igual trato" logra su orto.

Las cuestiones latinoamericanas de fronteras, vías fluviales, yacimientos, salidas al mar, canales interoceánicos, etc., taladran con sus interrogaciones el futuro...

Conoce también el americanismo la fase hiperbólica y grandilocuente, eclosión parasitaria inevitable en las humanas gestaciones ideológicas.

Necesario es prevenirse contra la perduración de la fase primaria —del americanismo romántico ríe el genio popular y la misma diplomacia, en sus horas de holgorio—; indispensable, también, no considerar el idealismo bolivariano como un plan de acción directo sino como estrella de navegantes. Salvador Mendieta es el último visionario en este camino.

No olvidemos que aquel romanticismo y este idealismo fueron resplandores en el amanecer de la Gesta Heroica, tan suaves, ignotos y tibios que hasta deslumbraron muchedumbres. Nadie presentía el mandato inexorable de las leyes naturales, y ese impulso primero simula el que experimentaría un fraterno grupo de pequeñines prófugos —de su hogar, España, en nuestro caso—, que al encontrarse a solas frente a su destino —bosque umbroso— se apretujasen, jurándose fidelidad, cariño y defensa mutua. Pero el tiempo vigila y la naturaleza traiciona: un día los hermanos luchan entre sí, como

desconocidos, pretendiendo el mutuo despojo de algo, como salteadores. Mas, cierto impulso que vive, o cierta afinidad que alienta, en el espíritu de ellos mismos y se trasluce en manifestaciones imperiosas, les obliga a mirarse de nuevo en los ojos, tal vez con arrepentimiento y vergüenza, pero más aún con esperanza. Rondan misteriosos enemigos, y los hermanos acaban por reconciliarse, temiendo la definitiva pérdida de orientación por la ceguedad de sus rencores.

Superamos el doloroso periodo monroista, "América para los ...saxoamericanos", cicatrizando heridas. Franklin Roosevelt es hoy el cirujano feliz. Se esfuman poco a poco los problemas del Caribe. La sombra de Martí se yergue, aunque no ya con las mismas protestas de otro tiempo; la justicia que reclama es ecuménica.

Pódese o desgátese con vigor las elegantes orquídeas de la grandilocuencia y entraremos victoriosos en el periodo clásico del americanismo, con estructuraciones reales y gradualmente definitivas.

Para hacer de América una sola entidad no es indispensable borrar fronteras geográficas o políticas —ya que es evidente, en la América hispana, que la frontera nacional no concuerda con la frontera política, lo que eternizaría las contiendas, cuanto más radicales fueren las medidas que se adopten—, ni diferencias climatéricas; tampoco es necesario romper bloques étnicos, devastándolos a golpes de gigantescos cinceles; ni unificar las líneas fisiognómicas de sus habitantes o las características inconfundibles de sus pueblos; menos aún humillar soberanías: con miembros robustos y bien diferenciados el organismo total será más poderoso.

Bloques definidos nuestras nacionalidades, nada podría inducirnos a posteriores empeños teóricos o sentimentales de unificación, si aquellas teorías o estos sentimientos no tuviesen el apoyo de valiosas fuerzas creadoras y si los bloques nacionalistas no ocultasen, en su propia estructuración egoísta, la parte más vulnerable, ya que su perduración dependerá no de su actual rigidez, sino, más bien, de la elasticidad con que se adapten a nuevas condiciones de amplia y certera conciliación en un plano superior, distinto del biológico: plano ético y espiritual, cuyas raíces se hunden y bifurcan en planos más profundos de realidades geográficas, sociales y económicas.

¿Perseguimos, acaso, empeños taumatúrgicos? No, mil veces. Verdad es que, para desánimo de optimistas, cumple la enunciación de esta ley histórica: el americanismo, hasta ayer, crecía en proporción aritmética mientras las causas biológicas, morales o políticas que lo dificultaban crecían en proporción geométrica. ¿Se trata de una ley o de un proceso capaz de modificación? El ideólogo, el convencido, no tiemblan: saben que somos juguetes de fuerzas superiores a toda ética y a todo sentimiento; pero el Ideal es también una fuerza, la más sutil y milagrosa, porque nace en el Espíritu y viene al mundo para reparar injusticias.

El Verbo se hará carne cuando habite entre las multitudes, que tienen una epidermis sensible únicamente a determinados influjos. Ejemplos: el americanismo macizo, de perduración, sólo puede fundarse en la realidad viva de la existencia social americana. Insisto: en la realidad viva, es decir, **a posteriori** de la solución de problemas básicos —económicos, principalmente— de las mayorías.

Proyectemos alguna luz sobre varios aspectos.

La tierra y la raza.—“No somos hijos de la tierra. Somos la misma tierra que piensa y siente”, digamos con Baroja. El poder de la sangre y sus vínculos es demasiado conocido en la historia para insistir; la existencia de familias que en América forman verdaderas tribus, “semejantes a las de los hijos de Israel” —con expresión de Keyserling— resulta innegable. Falta advertir únicamente que a la presteza y celo para formar castas hemos de añadir, hasta la extinción de todo otro sentimiento, esta nueva realidad biológica, hoy apenas revelada como especulación intelectual o credo intuitivo racista: el parentesco americano, contra el cual conspiran bastardas ambiciones. Hay que tomar la delantera al siglo, o Europa y Asia colaborarán, con ideologías, intereses y propósitos caducos, a afianzar en América estratificaciones sociales adversas al americanismo. ¿Cumplirá su misión la raza autóctona —¿“raza cósmica” de Vasconcelos?—, o cederá ante el empuje de otra raza nueva de conquistadores?...

Ojos grises, azules o negros; pelos rubios, castaños o de azabache; lacios o ensortijados; cráneos braquicéfalos o dolicocefalos: todo material humano es susceptible de calidad y mejoramiento; han de entrar todos en el torrente racial ame-

ricano. La Ley de Lynch será un recuerdo medieval; la doctrina Monroe un tabú.

Tengamos la audacia —que puede convertirse en acierto formidable— de probar en crísoles de inmigración y colonización bien dirigidas, y de educación nueva o reeducación de las masas campesinas, el optimismo de Upton Sinclair cuando escribió: "La naturaleza humana es la cosa más plástica de toda la creación. No hay límite posible a los cambios que podemos introducir en ella. Si sólo comenzamos lo suficientemente temprano y si comprendemos bien los materiales sobre los que estamos laborando, podemos cambiar la especie humana en una generación o dos". ¿No es todo esto más factible en tratándose de forjar una raza que tiene ya raíces comunes y gérmenes favorables? ¿Existe el "hombre de América"; tuvo al nacer su idioma propio, y en el relampaguear de sus pupilas brilla ya el secreto de un destino!

Aprendamos a **conocer** nuestro suelo —conocimiento da pleno usufructo—, a roturarlo con virtudes firmes y para semillas propias, a descubrir sus telúricos mandatos, a descifrar los misterios de su paisaje, a escuchar con oídos interpretativos la elocuencia de sus murmullos, a leer nuestro destino en el alfabeto de la fauna y la flora indígenas, que tantas letras enigmáticas tiene aún para nosotros.

No podemos eludir, pero será indispensable interpretar bien, el determinismo geográfico del Nuevo Mundo: en él se involucran los más delicados problemas, y las corrientes internacionales suramericanas se agitan entre esos dos polos que son el panamericanismo y la "política de alianzas".

Si la codicia impulsó el descubrimiento y colonización de América, la sed de oro —imputada, con severidad excesiva, a los españoles del siglo XVI— se apagó pronto, embebecida —"¡sublimada!"— por la actividad creadora de los mismos Conquistadores; actividad constructiva y temprano amor al terruño que españoles y portugueses desplegaron en suelo propicio; esta sed concluyó con balance favorable al Nuevo Mundo. ¿Por qué olvidar, en cambio, los buques fantasmas de la piratería holandesa, británica o francesa que se abalanzaron poco después sobre este áureo mundo?

Ya no será el genio renacentista, la cavilación cosmográfica, la inquietud espiritual ni el impulso heroico los que traigan carabelas a nuestras costas. La codicia se agazapa en el alma de piratas modernos, que ya viven entre nosotros, amplia-

mente defendidos por las leyes. El americanismo logrará que toda colonización o inmigración de continentes lejanos, aún si vienen empujados por la codicia, cuelguen sus armas de abordaje y acaben por identificar intereses y aspiraciones con el hombre de América.

Idioma: Orquestación del alma de una raza; fuente viva del espíritu; fluir de melodías internas, con ritmo de vivencias ancestrales e impresiones perpetuamente renovadas. ¿Hemos meditado alguna vez sobre el inagotable tesoro que nos legó España con su idioma? Valía más —un infinito— que el oro arrancado a los aborígenes por los conquistadores. Pero nuestra meditación acerca del Idioma no debe alimentarse con los ditirambos del retórico, las meticulosidades del gramático, ni las cavilaciones del filólogo; hay que ver en el idioma la fuerza viva del espíritu, el arsenal de instrumentos adecuados para una labor de perfectibilidad, acercamiento, cristalización de ideologías y sentimientos propios, es decir, eternos. ¿Por qué ese idioma sólo nos sirve para malgastarlo en pirotecnias ocasionales y no para encender llamas de concordia y de fe, lenguas de fuego que no alumbren campamentos de guerras? ¡Benditas llamas, el día en que no soplen huracanes de odio!

Los idiomas son productos característicos y pujantes del alma de los pueblos, como cierta vegetación en determinadas regiones. Enríquzcase el idioma castellano con lo más eufónico de entre lo expresivo y típico; fúndase el metal indígena y créense aleaciones de valor indiscutible. La rigidez académica puede ser un grillete; mas la anarquía idiomática sería un despeñadero. Pureza y comunidad de idioma facilitan y aseguran la formación de una "conciencia intelectual" unificada, faro que ha de alumbrar la "conciencia social" americanista, glorioso puerto libre para recibir bajeles cargados con tesoros de cultura, y abierto para la especie humana, en tanto sea portadora de mensajes de paz y amor. Si es verdad que el idioma antes que causa es efecto de la morfología racial, contribuye a dar un tono específico al desarrollo de los conglomerados culturales y nutre, con substratum propio, la vitalidad de la raza.

Comercio. Libre cambio. Los intereses creados enlazan las vidas —de individuos o colectividades— con más fuerza que todos los ideales: tesis antediluviana, que el genio de Benavente resucitó. La paz continental será inconvencible cuando se haya establecido una red de intereses comerciales ininterrumpida —toda red limitada tiende a convertirse en dogal—.

Pero entonces el intercambio entre los pueblos de América tendrá que ajustarse a nuevas normas técnicas y jurídicas, y moralidad más alta. Por otra parte, será necesario buscar el beneficio colectivo de los productores —indígenas, en particular—, y ello resulta imposible mientras la explotación de las regiones más importantes —hoy improductivas— no sea causa y efecto a la vez del incremento económico y financiero alcanzado por organismos nacionales e internacionales genuinamente iberoamericanos.

Preconicemos tratados comerciales de mutua ayuda, tarifas aduaneras que no semejen alambradas para electrocución de salteadores. Tiene más valor que un canto épico la sencilla convención, fruto de la Asamblea reunida en Lima —1847— que reglamentaba el comercio entre las repúblicas confederadas. Es de nuestros días —triunfo admirable de sagacidad y honrado americanismo, que recomienda el nombre de Mello Franco a la gratitud continental— el convenio que, infortunadamente, no beneficia a todos los países amazónicos...

Demos vida a la Patria Americana, estructurando un "conjunto de individuos entre quienes el trabajo y el capital circulen libremente", como diría Bagehot. Entonces conseguiremos pasar del estadio de solidaridad mecánica —por fatalismo geográfico—, y de solidaridad sentimental —por inercia o tropicalismo—, al estadio de solidaridad orgánica —por cooperación—.

Vida interna.—Muchas nacionalidades americanas, bajo sus oligarquías pesadas e impenetrables a los proyectiles de la opinión pública, semejan enormes quelonios arrastrando su caparazón. Como ellos, viven mucho pero caminan despacio y no van lejos; se diferencian únicamente en que el papel del caparazón no es defensivo, antes bien, les fue dado para proteger a los parásitos del individualismo ambicioso que duermen incrustados en la carne de esas tortugas.

Que en el Nuevo Mundo prospere el que vive del cultivo, el pequeño propietario, el colono inteligente, el minero laborioso, el empresario de iniciativas socialmente benéficas; y triunfen el agrónomo, el químico, el geólogo, el ingeniero; y si alguna aristocracia ha de perdurar, acrediten sus blasones artistas, literatos, científicos y filósofos.

Problemas sociales.—¿Hace falta la solución de los problemas sociales para que lleguemos a la perfecta unidad americanista? Tanto que ni aún la simpatía puede ser sincera en caso contrario. Ya Spencer subrayaba la necesidad de que se

atenúe el ardor de la lucha por la existencia —entre individuos, naciones y razas— para que la simpatía alcance en la humanidad su pleno desarrollo.

¿Se desconocerá que existen problemas sociales en América? Las asociaciones obreras de México, Cuba, Chile, Uruguay, Argentina, etc., delatan, por su número y extremismo, con la exactitud de un barómetro, la tensión borrascosa de los problemas, que en su desbordamiento no han de ser detenidos con frases huecas, ni han de caber en copas de cristal, como el champaña....

La sabiduría en resolver estos problemas será la más alta sabiduría americanista.

Vías de comunicación: arterias y nervios del organismo gigante que pretendemos crear. La carretera panamericana es, desde el punto de vista material, una realidad positiva. El adjetivo "panamericana", como una copa de oro, suena bien a expensas de su oquedad; para volverlo macizo hay que llenarlo con algo más que el oro delicado de sus bordes. Se enorgullecen varios países indoamericanos con el éxito de su obra seccional; pero también algunos otros suelen convertir los programas técnicos de vialidad en juegos políticos. Más que ferrocarriles trasandinos urge carreteras. Declaremos, a este fin, guerra al monumento. Que los Municipios de América rotulen calles, plazas y avenidas con nombres de héroes, batallas, naciones y fechas célebres; pero gobiernos, parlamentos, asociaciones y prensa hablen únicamente de carreteras: las bien pavimentadas y anchurosas, monumentos son. Los bustos de nuestros grandes hombres —modestos como sus almas— deben exornar los paseos públicos, las fachadas y patios de las escuelas, universidades y palacios gubernativos; los nombres o efemérides gloriosos que otorguen su prestigio a los hoteles confortables de la Gran Carretera y a sus más bellos tramos o bifurcaciones.

Cultura: "Suma o resultante de manifestaciones espirituales", define Alfredo Colmo. Organismo cuyas interrelaciones más profundas nos son casi siempre desconocidas, concluiremos nosotros. ¡Sistemas de manifestaciones constelados en la Historia!

Vasconcelos hace recaer todo el acento en la educación: noble exclusivismo, fértil iniciativa que entraña duras pruebas. Hay que comenzar por la unificación de la enseñanza en todos los países iberoamericanos, proclamó hace tiempo este pensador.

Para las escuelas de América siempre libros americanos; de geografía e historia, de lectura sobre temas propios. No suceda por más tiempo que a las patrias de América las desconocen hasta sus propios geógrafos, y, lo que es peor, falsifican o disfrazan, con impúdicas líneas negras y manchas de color, sus tradiciones.

Motivos nacionales —no forzosamente indígenas— para el arte escolar. Novela, cuento, poesía, música y danza americanas. Lo de un arte autóctono de América, ¿es tópico vacío, agradable y efectista, bueno para artículos literarios y divagaciones somnolentas? No: existe, y sus manifestaciones tienen valor y fuerza incomparables.

Organicemos de manera definitiva el intercambio de producción literaria, teatral, etc.; de manera generosa; con orden, constancia y criterio cualitativo.

Algunas Universidades de América han vivido su "hora americana"; hora bendita, pero sin eco en el alma popular, ni en instituciones adecuadas.

No detentamos fe de iconoclasticismo fragoroso; mas, en tratándose de malgastar fondos públicos en paquidermos de cobre y mármol, nos pronunciamos por la erección de Universidades nuevas —nuevas en lo pedagógico y en lo ideológico— o de Escuelas técnicas, que monumentos son.

Hace falta la cátedra universitaria de Americanismo. Intercambio de profesores y estudiantes; validez internacional de estudios y títulos. Los países de mayor solvencia económica tienen una deuda que cumplir: la fundación de residencias para estudiantes indolatinos, saxoamericanos y españoles, que se interesen por el ideal americanista.

Al fin del primer semestre de cada año escolar debe celebrarse en todas las escuelas y colegios la "Semana americanista", no para clausurar labores sino para fomentar certámenes —en armonía y no en pugna con el plan metodológico de cada establecimiento—, con programatizaciones ricas en sugerencias.

¿Sería atrevimiento o fatiga pueril reclamar la Página Americanista, mensual o trimestral, bien orientada, al periodismo del Continente?

Como esfuerzo máximo, propéndase a la celebración de Congresos —económicos, pedagógicos, artísticos, científicos, etc.— genuinamente americanos. Los de vialidad, pedagogía, higiene y turismo deben ser aún más periódicos: así lo de-

mandan la unificación de métodos y la comunidad de intereses.

Las tres columnas más poderosas del americanismo, dijo Barcos, serán los estudiantes, los maestros y los obreros, cuando se hayan organizado en federaciones y ligas nacionales e internacionales. Nunca estarán demás asociaciones —como la Unión Latinoamericana de Buenos Aires— cuyo propósito sea el de coordinar la acción de escritores, artistas, profesionales, maestros y universitarios de América.

En armonía de propósitos y como organismo a la vez disrursor y centralizador, auspiciemos la existencia de una Asociación de Fe y Labor Americanista (Afla), que tenga de las hermandades, los partidos políticos y las sectas únicamente la disciplina, el ardor, la certeza del propósito y la unidad ideológica, es decir, el poder.

Política internacional: proyección inmensa y alta de todo lo dicho, sobre el gran panorama americano. ¿Qué actitud va a ser la de América frente a las teorías avanzadas del Derecho Internacional? ¿Su norma en lo tocante a tratados secretos, diplomacia prebélica, paz armada y deudas onerosas? ¿Será superado el particularismo nacionalista? No aguardemos a las dentelladas del error. Para los americanos, declararse campeones de la Justicia Internacional es afirmar —consagrando— su juventud y defender su porvenir.

Si Martí nos habló de la separación inconfundible entre las dos Américas: la hispana, que quiere ser libre y unida, y la sajona, imperialista, con sus organizaciones potentes prontas a invadirnos, cabe examinar, para el futuro inmediato, a la luz de elevados principios y de los nuevos problemas americanos y mundiales, las más importantes doctrinas internacionales de genuina creación americana. La doctrina Brum, por ejemplo, que auspició el patrocinamiento y generalización de la doctrina Monroe en Indoamérica, ¿no es arma de dos filos?

Conclusiones.—El síntoma preciso de alumbramiento del americanismo clásico no debe —no puede— ser un movimiento político previo, ni un obscuro sentimiento de temor al enemigo común, el imperialismo, ni menos un vago misticismo: debe ser un estado de conciencia intelectual americana; cuando más, ese estado de conciencia debe coincidir o ser precedido por una firme consolidación de actividades económicas.

En América hispana hay nacionalistas de la envergadura de Lugones, antimperialistas de la estirpe de Ugarte, panamericanistas del fervor de Brum; unionistas, federalistas, ibero y la-

tinoamericanistas de programas brillantes; pero el americanismo integral tiene aún que plantar sus tiendas de campaña en campos yermos o baldíos todavía.

Obstáculos en apariencia invencibles pretenderán detenernos: opacidad espiritual de las masas para el ideal abstracto; sordera del sentimiento, que no vibra sino con arranques bruscos e intermitentes; iniciativa lenta y nebulosa; voluntad paralítica; epilepsia o letargo en la acción; ninguna conciencia del destino histórico o del deber colectivo; falsas apreciaciones del Derecho y candorosas esperanzas de justicia.....

Ahora mismo, quisiera hablar de paz americana al mundo, paz ejemplar, inalterable, instituida en nuevas tablas mosaicas, cinceladas sobre piedras de los volcanes. Un espejismo tétrico deshilvana mi discurso. El cañón lejano ahoga la buena nueva, ráfagas de metralla desgarran el feliz augurio; alaridos en la sombra, como puñales diabólicos que cercenaran vientres grávidos. La luz múrice de la tarde se me figura teñida con relámpagos de bombas incendiarias: el Chaco traga, en el tumbo rugiente de sus odios, toda voz pacifista, y la amazónica selva colombo-peruana ya bebió, ya duerme su orgía de sangre. ¿Por qué los ródoreos mecánicos no taladran el azul con mensajes de paz? ¿Por qué no llevan el correo gozoso en vez del explosivo mortífero? ¿Por qué en las ciudades de América no se ven sólo hombres de ojos tranquilos, frente serena, músculos tensos por el trabajo o el deporte, que ignoren la pesadilla de los campos de concentración? Deben ser graves las razones y dignas de hondo estudio, diagnóstico certero y tratamiento heroico. "En nacionalidades formadas por conquista, el conflicto interior de las almas buscó en conflictos exteriores una derivación por reacción", dice el filósofo de Darmstad. La realidad es más compleja de lo que pretenden los ideólogos.

¡El americanismo, hoy más que nunca, debe multiplicar sus estentóreas voces y extender sus vigorosas alas para que, dominando el fragor bélico, vuelen desde las gargantas andinas, sobre sus abismos, sobre sus volcanes letárgicos o rugientes, en un estremecimiento de gigantescas hélices que modulen el canto de dos océanos!

Quito, Octubre 12 de 1934.

A LA CIUDAD DE LOS REYES

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

I

Regiones del incario, donde América ensancha
su manera de ser, vuestro sol no se ponga:
el sol de Manco y Oollo, que abrasa el Coricancha
y quema Machupicchu, Chanchán y Paramonga...

El peruviiano sol... El sol que, brote a brote,
deshace, por auroras, su eternidad de llama,
sobre el nudo de Pasco, la rada de Chimbote,
la cocha de Antanigra y el valle de Chicama...

El sol que, en la planicie de Vilcanota, el vaho
de la región cuzqueña se sorbe... El sol criollo
que habita los qeshuares sin hojas del Collao,
navega el Titicaca y bebe en Paucarcollo...

El sol que en la laguna de Junín se retrata
y hace en la pacarina de Ayacucho su tambo;
el sol de Pillcocayma, Yungay y Colicampata,
el sol triaguanucota, el sol de Ollantaytambo...

El indio sol, que el iris diluye en las lagunas,
para trocarle en dios; hace la calaguala;
camina por los páramos; y ve, desde las punas,
la arena de Lurín y las pampas de Mala...

El sol, que los poderes vernáculos empuña
y desenvuelve el germen, cuando gérmenes besa,
en las entrañas grávidas que carga la vicuña
o en las entrañas grávidas que carga la incaiquesa...

El quéchua sol del Rímac, el sol sonoro, que ama
hacer nidos de luz sobre los amancaes,
la adoración solar que aún dura en Pachacama
y el temblor de las guerras que está en los pucaraes...

El sol, el sol indígena, que a los Andes se aferra,
en él mismo sintiéndose cada instante más suyo;
y es sol hecho de Luna, y es sol hecho de Tierra,
y es sol hecho de Sol y de Taguantinsuyo...

El sol de Manco y Ocllo, que quiso prole de hombre
en las regiones hechas para las chuquiraguas,
aprovechó el silencio de los tiempos sin nombre,
y poseyó a la América, tendiéndole en las aguas...

II

Necrópolis de Ancón, reducto de vestiglos,
donde las razas fósiles —las razas que yo loo—,
puestos los esqueletos en sus guacas de siglos,
duermen sueño de herrumbre, de pátina y de moho...

Carne de hombres, ahora cambiada en hojarasca;
selva de otoño humano que todo seca y seca,
en la tola quitense y en el sepulcro nasca,
en la tumba caribe y en el túmulo azteca...

Ruinas de Tiaguanaco, langor de remotanzas,
la noche de la Noche del Tiempo preterido...
Oh, las ciudades momias y las ciudades tzantzas,
que la Muerte amortaja con mortaja de olvido...

Imperio de los chimus, grandeza de los yuncas,
distancias aymaraes, quechuedad de ultravida,
jamás de los jamases, parasiempres y nuncas,
telarañas, carroña, la humanidad podrida...

Chanchán y Machupicchu... Reposo del reposo...
Bosques de calaveras clavadas en estacas...
Y el silencio, el silencio que se acuesta, medroso,
como si fuera un perro, delante de las guacas...

Polvo de las edades, cenizas de la historia,
la guaca colectiva, la tola colectiva,
archivo del misterio, mudeces de la gloria,
lecturas que no lee ninguna lengua viva...

La vieja humanidad que, a veces, se calienta
bajo el sol de los muertos, el sol de la añoranza...
La humanidad arcaica cambiada en osamenta,
la humanidad que es momia, la humanidad que es tzantza...

III

Y vosotras, las tumbas de los conquistadores...
Pizarros de la muerte que fuisteis de la vida,
Almagros del sepulcro, guerreros y señores,
ayer de los ayeres, la humanidad dormida...

Mas no... Lágrimas nunca de alegría plebeya...
No es hora de amarantos, sino hora de laureles...
Quipas de cuatro siglos quipan a la epopeya
y cuatrocientos años libertan sus corceles...

Salid, señor marqués, don Francisco Pizarro,
salid de vuestra fosa, recobrad forma humana;
y andad, con vuestro andar de español y bizarro,
por todos cuatro rumbos de la nación peruana...

Salid, señor marqués, por vuestra propia estima,
con todo el aparato que os conceden las leyes;
y recorred las calles de la opulenta Lima,
presidiendo la corte que os hacen los virreyes...

Olvidad cosas viejas, que el olvido no es malo...
Mandad que a todo cinto se ciñan las tizonas...
Atagualpa está vivo y hoy regresa Gonzalo,
después de que Orellana descubrió el Amazonas...

Ya fundó Benalcázar a Quito, ya hace gala
de esta ciudad América... Don Pedro de Alvarado,
como conquistador, llegó de Guatemala,
mas, como caballero, bien supo hacerse a lado...

Que suenen atambores en el valle y el risco...
 La España que no muere ni es ídolo de barro,
 se queda en las Américas —se queda, don Francisco—,
 y se queda firmando "la España de Pizarro..."

Estad contento. Estadlo, marqués, por propia estima...
 Para vuestra grandeza lo inmortal es de rito...
 Y, pues quedáis eterno en vuestra eterna Lima,
 con la mano os saluda Benalcázar, de Quito...

Andad por el Perú señor Marqués. Os baña
 el sol, dios de los Incas, el sol peruano, el suyo...
 Y volved a dormiros, sabiendo cómo España
 usa vuestro apellido, en el Taguantinsuyo...

Descansad, don Francisco, que fatiga la gloria...
 Descansad, don Francisco, sin temor a vestiglos,
 que tienen todavía las voces de la Historia,
 para iros despertando, los siglos de los siglos...

Dormid, señor marqués. No es muy muelle la cama,
 pero está bien lo duro, muy bien, ilustre sombra;
 pues deben despertarse los que nombra la Fama
 y saltar de los lechos, así como les nombra...

IV

Lima del Rímac, Lima del Perú, que te enojas
 con ñorbos y amancaes y cactus, cómo gustas,
 porque tienes los ojos oscuros de las coyas
 y la cara morena de las antiguas ñustas...

Lima del Rímac, Lima virreinal, gitanilla
 que cristianó en el Rímac sus mil resabios moros;
 y, enredando en los flecos del mantón a Sevilla,
 la plaza de Acho inundas en las tardes de toros...

Lima del Rímac, Lima, flor de dos razas bellas,
 que en alma te bailan marineras y tango:
 la que adoraba el sol, la luna y las estrellas,
 y la que anduvo en busca de Eldorado y Cipango...

Vas todavía al Templo del Sol, en Pachacama,
adoras a tu sol con las normas antiguas;
y, sin embargo, cuando la mar chalaca brama,
nombras a Santa Rosa de Lima y te santiguas...

Oh, flor del mestizaje, soberbia flor criolla,
los labios sonreídos, en las mejillas hoyos,
tú tienes los frescores que tiene la aguacolla
y emanas el aroma que dan los chirimoyos...

En la hija de tu pueblo te compendias... Quién zafa
de la hija de tu pueblo, cascabel de alegría,
que suma en sus zalemas de moza y de guachafa
el sol del Hanán Cuzco y el sol de Andalucía...

No hace falta —este instante de mantillas y peinas—
la corte... Don Ricardo Palma murmura "noli..."
Que, olvidado del rey, la reina y las virreinas,
pasa el virrey Amat, tras de la Perricholi...

A tí también, guachafa, por qué no lo exquisito
del verso del poeta, cuando él madrigaliza...
A tí, que eres hermana de la chulla de Quito,
estotra maravilla de una raza mestiza...

A tí también, guachafa de ensueño policromo,
de corazón que acoge las vidas como tambo,
que habitas una casa del barrio del Aromo
y vas, en autobús, el domingo a Malambo...

La del Puente de Balta, doctorada en amores,
soberbia flor vernácula, collares y zarcillos,
que sala el mar Pacífico, bañada en Miraflores,
y vuelve fuertes, fuertes, los vinos de Chorrillos...

La de la Sacristía de San Marcelo, risa,
sonrisa, ensueño, cuerpo de trigo oscuro, oscuro,
que va a misa de doce con el libro de misa
y agradece el piropo que le suelta el guayruro...

La de todos los barrios, que, alegre y afanosa,
tiene, para atacados de amor, cura y alivio;
cuenta la vida santa que vivió Santa Rosa
y sabe los milagros del obispo Toribio...

Flor del carmen limeño, vivir en plena bulla,
alboroto de sangre, de amor y de contento,
guachafa del Perú, cuya hermana es la chulla,
estotra flor de razas, estotra flor al viento...

V

Valle del Rímac, valle de olivos y viñedos,
que te bebes las aguas del Rímac, sorbo a sorbo,
debajo las toctedas y los amancayedos,
teniendo a todas horas la dulce flor del ñorbo...

Valle que al mar te acercas y que pides socorro
a los Andes, en quéchua, mientras tu alma te brinca,
al ir a desgalgarte, desde el flanco de un morro,
sobre la Mar del Sur, del Mare Nostrum inca...

Valle de los balnearios, en la Concha: Barranco;
Chorrillos en su roca, Chorrillos en su almena;
Miraflores, la ñusta del manto rojo y blanco,
Miraflores, la coya que se volvió sirena...

Valle del Rímac, valle de la estación opima,
donde, hasta el fin del Tiempo, sabiendo todo suyo,
el sol del Manco y Ocllo se para sobre Lima
y al sol de Carlos Quinto le da el Taguantinsuyo...

Quito, a 18 de enero de 1935.

BUSQUEDA Y AIROO DE AMERICA

ROSA ARCINIEGA

(ESCARCEOS DE UNA INVESTIGACION
FUTURA PARA LLEGAR A LA ENTRAÑA
DE LA AMERICANIDAD)

He aquí el título, seco —y exacto—, de una Revista: "América". América, sin partículas adicionales. Sin descriptivas o sugeridoras —más que profundas— preposiciones estériles. Que, hasta ahora, sólo tendieron al confucionismo. O ¡quién sabe! quizás al xenofobismo estúpido e irracionado.

(Debemos agradecer al "Grupo América" esta lisa y auténtica denominación de América. Creyendo que tal idea de llamar a América simplemente América responde a un recio —y meditado— propósito, equidistante de la casualidad y de la xenofobia. Prometiéndonos con ello, también, todo género de esperanzas en el hallazgo de la primera arteria intrarracial para, a través de ella, sumergirnos definitivamente en la búsqueda afanosa —y emocionada— de nuestra América).

Porque exclamar —¡al fin!—: "América" (sin más aditamentos, sin más pegotes exóticos) puede constituir ya la primera mística postura expectante para oír —con recogido fervor— el profundo mensaje de nuestra americanidad. Porque, también —y esto urge gritarlo, ¡hay que gritarlo!—, América, sin los valladares previos de los "indo" y los "hispano", de los "íbero" y los "latino", puede adquirir —adquirir— una neta desenvoltura airosa para presentarse (como en liviano vestido de doncella deportista helénica) en el campeonato olímpico del mundo donde se ventilan los partidos de las grandes —y auténticas— personalidades continentales.

A América, despojada así de entorpecedores faldellines previos —y, ante todo, anacrónicos—, sólo le quedaría entonces, para desarrollar gracilmente y con éxito sus movimientos,

desnudarse de ese rígido corsé (éste, ya más adherido a su carne) al que yo, tras muchas —y tristes— reflexiones, he dado en llamar “el falso corsé del **americanerismo**”, por diferenciarlo —en verdad, no lo necesitaba— del verdadero **americanismo**.

AMERICANISMO Y “AMERICANERISMO”

Forzada en cierta ocasión yo por la insistente encuesta de una Revista española a emitir mi juicio sobre el movimiento feminista (con el cual, dicho sea de paso no he comulgado nunca), dije: que, para mí, existían dos feminismos exactamente diferenciados y antipódicamente opuestos, como, desde siempre, han existido dos modos irreconciliables de interpretar el sentimiento de Patria: el **Patrioterismo** que grita; “¡Patria, Patria!”; y el patriotismo que, calladamente, silenciosamente, hace —todos los días, a toda hora, y en todo momento— Patria. Con su trabajo. Con su esfuerzo. Respondiendo, individual o colectivamente —como un militar disciplinado—, a las exigencias del Destino.

Igual teoría —extraída de la realidad— acerca del movimiento feminista: el que vocifera: “¡feminismo, feminismo!” y el que, sin vociferaciones ni estridencias, callada y laboriosamente también, hace obra auténticamente feminista. Al primero, me atreví a llamarle —en aquella encuesta— “feminismo desgredado”. Al segundo, “positivo feminismo”. Y terminaba así: “después de todo, los hechos demuestran a través de la Historia que no son las vociferaciones sino el reposado trabajo de laboratorio el que ha empujado —y empuja— la palanca del Progreso Técnico. Y el otro reposado trabajo de la pluma filosófica el que ha conseguido los “Derechos del Hombre” para la Humanidad. Nunca los gritos desaforados ni los gestos melodramáticos dieron la medida de una profunda ley valorativa ante la Historia”.

Ahora bien; ¿será necesario —apuntado lo anterior— imponerse la tarea de jalonar y delimitar los campos donde, barulleramente, se alzan, por un lado, las voces falsas —huecas, huecas— del **americanerismo**; donde, silenciosamente, se repliegan, por otro, las actividades —productivas— del verdadero **americanismo**?... Someramente, somerísimamente, en todo caso. Y, tan sólo, por situar el reflector rojo de los “alerta” en

las encrucijadas o bifurcaciones peligrosas de nuestro camino continental.

El **americanerista** es aquel —aquel o aquella— que vocifera (cuanto más desgredada o hipócritamente, mejor): "América, América", con vistas a un éxito de mitin demagógico o —lo que es todavía más usual— con vistas a un cobro oficialesco de tales solapadas protestas de **americanerismo**; el que, sin capacidad sensitiva y sentimental para el gran drama etnográfico de América, y, por supuesto, sin la menor capacidad histórica o científica para los inmensos problemas indigenistas de América, finge sentir un lloriqueante —y absolutamente estéril— interés "por el pobrecito indio sometido a eterna esclavitud", sin atreverse, claro está, a denunciar las causas de esa esclavitud ni, mucho menos —¡desde luego; desde luego!—, a desenvolver, sobre el encerado de las realidades difíciles, una aproximada ecuación que logre localizar la fatídica X incógnita para un audaz acometimiento posterior.

Es, también, el que, desprovisto en absoluto de todo serio bagaje cultural, y trocando —naturalmente— la ignorancia en risible audacia antirresponsabilista, se lanza por el ingenuo camino del piropo, de la hipérbole, del necio ditirambo a personas, hechos y autóctonas civilizaciones viejas, o por el otro camino —más infantil todavía— de la negación, del desplante y del insulto a hechos, personas y culturas ajenas.

El **americanerista** es aquel que —fatua y fanfarronamente— proclama a gritos la urgencia de "volver espaldas" de "plantar personalidades frente a frente y en son de reto", de "decretar juventudes productivas y ancianidades caducas", de "empuñar timones de mando", de "circuirse de originalismos intransferibles y sin conexiones" —ni con el antes, ni con el después, ni con el presente—. Es...

¿Hace falta seguir remarcando la silueta del **americanerista**, ni el fofo volumen de su contraproducente doctrina el **americanerismo**? No. Basta con esta fugaz pintura. Y, también, con proyectar el rojo farol de estas señales de "alerta" para aviso de caminantes descarriados.

América, libre de las partículas de esos prefijos empequeñecedores —como se ostentan en la portada de esta Revista—, necesita ahora únicamente desnudarse de ese otro "corsé del **americanerismo**" para, una vez en absoluta libertad de movimientos, ágil y breve, lanzarse por las rutas del mundo y de sí misma a la búsqueda acuciosa de sí misma. Haciendo caso omiso de ese risible apodo de "europeizante" con que —es claro—

pretenderán zaherirla (ridiculizándose solamente a sí mismos) los huecos **americaneristas** de toda laya y condición. No olvidando tampoco en ningún momento aquella teoría o **ley de los vasos comunicantes** que, referida al nivel de la ecuménica civilización actual, nos recuerda, una vez más, Gonzalo Zaldumbide.

UNIVERSALISMO Y EUROPEIZACION

Llevándola simplemente al acotado campo de la Física Experimental, Tomás Mann establece esta teoría irrefutable: "Todo movimiento —prolongado— es circular". Transportándola al vasto terreno de la Historia y de la Política, podrían establecerse —se establecen— estas otras, ampliadas y deducidas de aquélla; todo movimiento —político, histórico— prolongado, esto es: proyectado con gran ímpetu original, es también circular. Todo movimiento —histórico, político— sin honda raigambre universalista, sin una fuerte proyección ecuménica en sí mismo, es movimiento perdido y carente, por tanto, carece de transcendencia histórica.

Por otra parte, Unamuno, con gran asombro de ciertos intelectuales apenas epidérmicos, ha dicho: "sólo lo individual es universal; y tan sólo lo universal o universalista, individual".

La exposición concisa de estas cuatro irrefutables teorías —demostradas reiteradamente a lo largo y hondo de la historia— nos exime de la obligación de todo otro comentario explicativo. Pero, con el mismo austero ceño militar, nos impone esta pauta o norma a seguir: América, con conciencia ya de un llamamiento a realizar su Destino histórico, empieza a sentir el ansia acuciosa de buscarse a sí misma, de perseguir su íntima —y propia— fisonomía oculta, de poner, sobre sus cálidas entrañas, el microscopio de las agudas —y sinceras— autoinspecciones histológicas. Pero ¿cómo habrá de realizar América esta dramática autoinspección de su organismo? ¿Olvidándose —como seguramente aconsejaría algún **americanerista**— de que es un miembro o individuo más de los varios que componen el mundo? ¿Olvidándose también de que alguno de aquellos varios componentes se han autoinspeccionado —y se sigue autoinspeccionando— sin descanso desde hace muchos siglos para asegurar e imponer sobre la tierra su recia perso-

nalidad por medio del descubrimiento de lo universal individual y de lo individual universal que hay de aprovechable y aún de proyectable en su organismo?

En todo caso, quizá no resulte ocioso recordar esto: antes de iniciar una búsqueda acuciosa de originalidades o novedades, conviene tener siempre presente **todos, absolutamente todos, los hallazgos realizados por otros con anterioridad**. Y arrancar, entonces, en avanzada cautelosa, desde aquí. Si quiera sea —¡naturalmente!— en cómica evitación de que se reencuentren dos microbios de Kock, dos "Derechos del Hombre" o dos "imperativos categóricos" kantianos después de estar descubiertos hace una centuria.

América, pues, captadora ya del mensaje en que el Destino le ordena buscarse en sí misma (la prueba irrefutable de la emisión de este mensaje se manifiesta, como se han manifestado siempre estas órdenes superiores, en la propia y clara conciencia del hecho imprescriptible), debe lanzarse, sin prisas ni pausas como la estrella, al profundo sondeo de sí misma. Pero sin cortar ni por un sólo momento las ligaduras escafándricas que le ligen a la superficie; sin permanecer, tampoco, mucho tiempo en las oscuras zonas abisales hasta las que no llega la radiante luz solar. No deteniéndose ante ningún descubrimiento que, por su misma sustantividad, no adquiriera las ineludibles características de lo individual dentro de lo universalista y de la universalidad dentro de lo individual. Viviendo, finalmente, en una perenne ansia de la Verdad y en perenne aireo también de sí misma por el universo todo.

Aunque los irresponsables —a veces, avispados— **americaneristas** tratan de tildar tontamente a este procedimiento, de procedimiento de "europeización", como, con jocosa ligereza, tildan de "europeizante" a todo aquel que, por atalayar lo que de universal hay sobre la tierra en lo individual y viceversa, se decida a contemplar el mundo con amplios catalejos ecuménicos y universalistas, despojándose aparentemente de todo típico ropaje continental.

AIREO DE AMERICA

Pero es lo cierto que estos vociferadores del **americanerismo** dentro de América, parecen imponer una cauta sordina a sus gargantas fuera de América y, precisamente, cuando más a

tiempo surge la ocasión de airear por el mundo el pensamiento o —hablando más comercialmente— el anuncio de América.

Porque —sería pueril, y, además, insincero negarlo— América, nuestra América, está falta de publicidad; carece, en latitudes extrañas, del calor de su exacta ponderación; no tiene, fuera de sus meridianos, voces —¡precisamente **universalistas**; universalistas o **europceizantes!**, como quieran los del **americanismo**— que por ella interpongan su valimiento respetuoso y respetado.

América —los americanos tenemos que reconocerlo— no “suena” hoy en el mundo. De América, cuando más, se conoce hoy lo superficial, lo epidérmico, lo típicamente superfluo pero nada —o muy poco— de su íntima armazón de su pensamiento profundo, de lo que —ya en un orden comercial— es y significa con vistas a un próximo futuro. ¿Porque carezca de esa íntima armazón? ¿Porque no cuenta todavía con un pensamiento netamente definido y unánime? ¿Porque —en el orden material— su potencialidad comercialista no se cotice en el gran mercado universal? Acaso. Pero también, por falta de aireo; por falta de una científica organización publicitaria; por falta de echarse a rodar a sí misma América por los ámbitos sonoros del mundo. ¡Y —hay que gritarlo— por sobra de apatía, de inercia, de placidez nirvánica nuestra, de todos, en la hora oportuna de las grandes decisiones!

América no se decide a airearse; América no se lanza a una presentación airosamente deportiva en el stadium del mundo; América, fuego en el interior, parece trocarse en hielo desolado ante el contacto con lo exterior universal. Y el mundo —naturalmente— ignora la auténtica fisonomía de América. Encogiéndose de hombros ante lo que, subterráneamente, está incubándose en ella para un lento pero inflexible porvenir.

ANECDOTA

Merece contarse aquí, en las páginas de “América” —ya que un recto sentido del americanismo me hace silenciar el hecho en periódicos hispánicos.

Una anécdota trivial si no adquiriera categoría de característica remarcable si no constituyese una concatenación más de los muchos e innumerables casos hilvanados en este orden.

Unión Radio de Madrid —la emisora nacional de España— decide, con plausible generosidad, dedicar una hora semanal

—la hora más oportuna— a todos y cada uno de los países americanos. Absolutamente gratis, por supuesto. Y poniendo a disposición de los actuantes cuantos elementos necesiten.

El título-guión que amparará a estas horas dedicadas a América ahorra de por sí todo comentario: "evocación y exaltación de las Repúblicas Americanas". Unión Radio me brinda la organización total de estas horas nuestras, de América, de la América que está necesitada de un aireo por el mundo, de una publicidad por el mundo, de un darse a conocer —gritando sus ansias y grandezas ocultas— por el mundo.

Y yo, alborozada, deseosa de constituirme por una vez en ese eco de la América que quiere manifestarse ante el mundo, acepto el difícil y responsabilista encargo, poniendo en él todo mi afán. Quiero que, durante esa hora —las diez de la noche, la hora de todos los radioyentes—, repercuta en España, en Europa, la inquietud de todos nuestros artistas, la de todas aquellas personalidades nuestras que, azarosa o definitivamente instaladas, estén aquí; la inquietud política y comercial de América, también, retrasmitada por Cónsules y diplomáticos...

Quiero que, durante esa hora, se oiga nuestro extenso —y profundísimo— folklore musical; la descripción encendida de nuestros países maravillosos; el recuento de las inauditas riquezas naturales de nuestras tierras ubérrimas...

Pues bien; a mi afán desinteresado, al gesto magnánimo de Unión Radio de Madrid —a través de cuyo micrófono se manifiestan todas las grandes personalidades europeas—, sólo responden... nueve Repúblicas. Las nombraré, como un homenaje a la exacta interpretación que de su hora supieron forjarse: Perú, Cuba, Chile, Guatemala, San Salvador, México, Panamá, República Dominicana, Colombia...

Con nueva generosidad, Unión Radio me insinúa la idea de englobar a todas las restantes en una **hora-resumen** que las sitúe —ante el público español— al margen de toda suspicacia. Yo, anteponiendo el sentido de mi claro americanismo a recientes desaires —negativas incomprensibles, encogimientos de hombros suicidas— acepto la insinuación de la primera Emisora española, y a todas les dedico unas palabras —pocas— de "evocación y exaltación".

Era ésta quizá una de las horas más propicias para el aireo universal de que tan necesitada se halla América. Era la

hora de las acertadas organizaciones publicitarias gratuitas; la hora de echarse a rodar América por los ámbitos sonoros del mundo. Pero una parte considerable de América no quiso oír la llamada oportuna de esta hora suya...

"América". Así, simplemente, como se estampa en la portada de esta Revista que recoge el aliento de un grupo juvenil y entusiasta. Sin prefijos embarazosos. Sin el "falso corsé del americanerismo" también. Libre, desenvuelta, airosa (como en liviana veste de doncella deportista helénica). Con un sentido histórico de las valoraciones individuales proyectadas hacia lo ecuménico y universalista; es así como quizá debe irrumpir ya en el campeonato olímpico del mundo donde se ventilan los partidos de las grandes —y auténticas— personalidades continentales.

Madrid, Noviembre. 1934.

MI MONUMENTO A ATAHUALPA

ALBERTO GUILLEN

Dedico a la juventud del Ecuador como una lejana
reivindicación del gran Rey.

Padre Nuestro Atahualpa, que estás en los cielos cristianos
por obra y gracia y felonía de Fray Vicente Valverde,
que vino al Nuevo Mundo a matar cristianos llamándolos hermanos.
Y así a ti te dió a oler el Evangelio
como si el Evangelio de Jesús fuese una cosa de perros.

Pobre indio, Atahualpa nuestro, hecho del lodo de nuestras tierras.
Los americanos te hemos olvidado. Pero ardes en nuestras venas,
y a mi las sílabas de tu nombre restallan en mi lengua
como las burbujas encendidas de una hornalla en protesta.

Tu lamento, tu desdén imperial, la pluma roja del llauto
que te arrancaron de la frente manos plebeyas en Cajamarca,
es ahora en mi garganta como un canto púrpura de gallo.
Aunque —la verdad— soy el único indio alfarero
que te levanta a los cielos el duro bronce de un verso.

Hijo del Sol, compraste tu pasaporte a los cielos
con tres cuartos llenos de baratijas de oro y llenos
de la fe de 11 millones de tawantinsuyanos en 180 caballeros.
Pero en vano escudriñaban tus dulces ojos de huanaco
los fieros ojos de lobo de Pizarro: eran aceros.
Porque él era un Wiracocha, un felino de mostachos tiezos.

Con todo, eras más grande que ese barbudo
a quien nunca llamaste bellaco ni desvergonzado,
más grande que ese Capitán de cristianos, analfabeto y rudo
que necesitó del carmín de tus venas para los gules de su escudo.

Yo te veo en mis días como una estatua, tranquilo
ante el caballo encabritado de don Hernando de Soto
que te salpicó el rostro de granito con las espumas de su estampido
y ordenando matar a los cobardes que se asustaron de ese potro.

Porque eras Rey, aún vencido. Recuerdo tu alborozo de niño
cuando te mostraron un vaso de vidrio,
un vaso de cristal, transparente como tu cielo andino—
les diste dos de oro y les preguntaste: —¿Tan lindo
beberán sólo los Reyes? Y te respondieron: —Hasta los chicos!
Y tu sentiste al Rey y dejaste caer tu vaso de vidrio.

Parece uno oír a un romano o a un verdadero castellano
cuando respondes al alevoso vencedor ensangrentado,
sin descomponer un pliegue de tu vestido:

—Bah, azares de la guerra son vencer o ser vencido!

No robar, no matar, no estar ocioso
era el triple lema diamantino de tu Imperio.
Pero estos mataron, y mintieron y vivieron todos
del latrocinio y de la espada. Pero tú, en tu cautiverio,
sin maskai pacha y sin litera, con sólo ojotas eras mayor que todos.

Porque Dios estaba de tu parte.

Y cuando humillaste a Pizarro mostrándole la uña,
era el nombre de Dios que elevabas como un estandarte.
Y el futuro Marqués Don Francisco no supo leer en tu uña
pero juró en su corazón, como otro Caín, asesinate.

Te acusaron de tener muchas mujeres en el pecho.

Y te ahogaron como un perro bravo al resplandor
de cuatro antorchas. Y rezaron el Padre Nuestro
—mientras tú les sacabas la lengua— por la salvación
de tu alma, Padre, Abuelo nuestro que estás, por eso, en los cielos.

Pero desde entonces se han quedado llorando los pututos
y los tamboriles se han olvidado de burbujear de alegría
y el cóndor cayó como una piedra sobre los riscos ceñudos.
Mas bien los indios, todos tus indios están mudos
esperando verte apartar un día con las manos una alborada andina.

Pero todos la pagaron, Atahualpa. Todos murieron por la espada,
—porque la espada es voraz y no distingue como la vulva de la hembra—
unos a otros, como lobos, devoraron la manada.

El Tesorero Riquelme murió con la lengua estirada
como otro Judas y Valverde está mordiendo su cadena.

Y fué mentira de un Cronista el que vieran a San Santiago
arremetiendo a los indios tan cristianos en su caballo tan blanco.
Más bien se le vió en Ayacucho enardeciendo los tambores
y matando el potro para decir: —Adelante, paso de vencedores!

Porque es necesario que sepas, aunque sea por mi voz
que fueron un clérigo, un escribano y un porquero
los que acabaron contigo y con tu Imperio, Emperador.
Pero, qué importa si tú fuiste un indio caballero
y el Caballero Pizarro, el Machu Capitu, un asesino y un traidor.

Arequipa, Perú.

DEMOCRACIA APARENTE Y TEOCRACIA LATENTE

JULIO E. MORENO

Hice notar, en reciente estudio, rememorando la fundación de la ciudad de Quito, que nuestro íntimo problema vital radicaba en esta situación histórica: durante cuatrocientos años, el espíritu del catolicismo español ha informado todos los órdenes de la convivencia ecuatoriana.

RELIGION Y DESMORALIZACION

La trágica significación del hecho estaba en que él no aparejó nunca el desenvolvimiento de una conciencia cultural en nosotros. Cuando todos y cada uno creían formarse una morada espiritual, mediante la Fe y la observancia de la Religión, quedaban sólo una rígida actitud dogmática, generadora de fanatismos, y un devotismo individual y social de ordinario enfermizo. La creencia en la otra vida no inducía a saber vivir ésta, y humanizarla, y espiritualizarla, y darle sentido y elevación. Es en la esfera moral, en el plano de la ética, o sea, de los actos y de las obras, donde la piedad y la vida se aúnan. Pero, desde los primeros días de la Colonia, asistimos a las incongruencias más extremas, síntoma de desmoralización de un pueblo. Frente a un extraordinario despliegue del sentimiento religioso, crueldad, codicia, sensualidad, fiebre de privilegios, odios y luchas de posición y de rango, se nos presentan como forma expresiva de un género de vivir colectivo.

En este punto, es la Iglesia misma la antinomia viviente y actuante. El instinto orgánico de dominación de las Ordenes monásticas no reconoce límites. Tal dominio empieza en el orbe de las conciencias y en la estructura del poder civil

y llega pronto al acaparamiento de riquezas y a la abominación de la corrupción. Todo lo impregnan de religiosidad; el desbordamiento del culto divino mantiene vivo en todos ese tono de pasión ardiente por las "cosas santas". El carácter intensamente emotivo de estos hábitos místicos seculares hará que, luego, cuando haya disidencias, se mire con estupefaciente ferocidad a quienes discutan o "profanen" aquella santidad de cosas. Pero la preocupación angustiosa de frailes y clérigos por salvar las almas, al propio tiempo que les lleva a estructurar y afianzar cada vez su poder temporal, no les impide ceder a algunas inclinaciones pecaminosas. La época colonial y una mitad de la era republicana ofrecen constantemente este dualismo del sentido mundanal de la vida enlazado de hecho a la evangélica o proselitista actuación de los sacerdotes.

El instinto del Poder eclesiástico prevalece, de todas suertes. La política religiosa lo penetra todo; mejor dicho, lo decide todo. Ella rige la historia de este pueblo, que nace cargado del esqueleto de la cultura medieval de Occidente. Fanatismo y feudalismo serán durante centurias el cuerpo espectral de lo que debiera ser una cultura nacional viviente, promisoría. Múltiples raíces invisibles harán que a lo largo de los siglos se extienda y prospere la fronda de la temporalidad eclesiástica omnimoda, omnipresente. De los efluvios del follaje espeso del tronco monacal va a estar saturado el aire que se respira. El sino de nuestro pueblo será que se enquisté hondo en sus entrañas el germen de una forma de religiosidad apta sólo para desmoralizarle, porque le significará el estorbo de vivir sobre sí mismo y ejercitar su propia personalidad. Si estudiamos sus íntimas relaciones —aún ahora, cuando nos ilusionamos con el Régimen liberal,— advertiremos que el régimen auténtico del presente sigue siendo una prolongación del pasado. En lugar de vivir su destino, haciendo nación y haciendo cultura, la sociedad ecuatoriana continúa aceptando el ser apenas una articulación del vetusto organismo internacional que es la Iglesia romana.

EL NUCLEO DEL PROBLEMA

Y aquí surge el núcleo central del problema. Mi tesis es ésta:—Ni el habernos sacudido del peso extraño de la monar-

quía española, ni después el haber dado a la República un sistema formalista aconfesional, ha implicado para la nación ecuatoriana un positivo viraje histórico.

Quien quiera ver claramente la fisonomía moral de las generaciones, encontrará que, ahora, como ayer, como siempre, y no obstante nuestra armazón constitucional, pervive casi indemne el régimen teocrático en la convivencia pública.

La razón es bien clara. No ha variado, o ha variado en mínima escala, la sensibilidad colectiva, históricamente vinculada a las irreductibles directivas de la política clerical. En esa sensibilidad íntima se halla la substancia histórica de que un Estado puede ir haciendo el centro estructural de la Nación, con miras al articulamiento de ésta. Pero sucede que el Estado no acertó sino en menguadas proporciones a arbitrar los medios de cambio del sentido de nuestra coexistencia social. Entretanto, la misma circunstancia del régimen estatal desfavorable para los intereses del poder eclesiástico ha hecho que éste desplegara una fuerza mayor de actuación dominante. La Iglesia ha acentuado su influjo o **cracia** en los grupos sociales, explotando ese irresistible prestigio de la autoridad que mantuvo a través de un dominio multisecular.

Se tuvo la ingenuidad de creer que, con la fórmula "separación de la Iglesia y el Estado", se agotaba la relación esencial entre la primera y la sociedad civil. Lo que hemos visto, para aleccionamiento en el futuro, es que la clerecía persistió en considerarse el poder superior para dar la ley en punto a los más vitales problemas que incumben al Estado. Su título a tal posición lo basó siempre en la histórica y ambigua, aunque sugestiva, doctrina de la prevalescencia en lo político del "espíritu cristiano". Este tuvo su predecesor histórico en la religiosidad organizada y conformada por la Iglesia, y como esto es proceso de siglos y no han cedido un palmo los organismos eclesiásticos en su labor de atracción y sugestión de las multitudes, parece que no es arbitrario condensar nuestro vivir colectivo en la expresión: **democracia aparente y teocracia latente.**

UN POCO DE HISTORIA

La historia de los años de gobierno del Liberalismo es la mejor comprobación de su exactitud. A medida que el programa liberal se concretaba en preceptos de legislación fundamental o secundaria, los que tienen de estos avances institucionales el concepto de atentatorios a la "democracia cristiana" tocaban a rebato incitando a los pueblos al exterminio de los corifeos de la impiedad. Para "salvar la Religión", se derrama a torrentes sangre de hermanos. Para que el poder de la Iglesia no mengüe, se conmina a unirse a los creyentes bajo consignas de odio e implacabilidad que ondean como banderas incitantes. Una torva suspicacia sigue a todo ensayo de reforma, y la táctica pertinaz para obstarlo o desvirtuarlo es dar con las testas de sus autores en el yunque: denigrándolos despiadadamente. La política se hace, la política existe cuando intervienen las grandes masas sociales. Pero, ganadas éstas siempre de desconfianza, convertidas en órganos de resonancia del pensar y sentir eclesiásticos, el partido liberal se queda sin el indispensable aliento democrático. Naturalmente, no hay tampoco democracia conservadora. La habría sólo con formas, principios e instintos de socialización. Lo que hay es una realidad de subsuelo en que lo secularmente histórico nos da el espíritu teocrático como contrapuesto a nuestra teórica democracia formalista.

Toda la batalla política se reduce, de esta suerte, aparte del conflicto entre convicciones personales y genéricas, a una disociadora tensión de ánimos entre la burocracia liberal pseudo-reformista y las muchedumbres pasionales, cuyo vigor arranca primariamente de la atávica emoción sectaria. No se malentienda el concepto referente al liberalismo como poder. Es descontado el reconocimiento explícito de que no faltaron nunca representantes genuinos de la doctrina, a quienes la timorataz ambiente denominó jacobinos. Mas, un atento examen de la complexión psicológica de una buena porción de nuestros liberales nos convence de que su "moderación" no fue más que esa parte oscura de los impulsos heredados y reprimidos. Como lo explican Freud y Yung, ocurre aquí un conflicto que, en cierto punto, coincide con los grandes problemas de la sociedad; "de suerte que, cuando el análisis llega a este punto, el

conflicto, aparentemente individual, se manifiesta como conflicto general del ambiente y de la época". Son raros —quizá no los haya— los librepensadores que se substraen por completo a ese sedimento de las representaciones que el cerebro recibió a través de procesos seculares y que forman lo inconsciente colectivo.

En todas partes, y más en estos pueblos esencialmente misoneístas, domina esa natural disposición de la mente humana a recelar de las innovaciones. Este es el conservatismo que, respaldado por el temor de lo desconocido, se basa, además, en la fuerza de las costumbres y casi se confunde con el tradicionalismo. El otro Conservatismo, el que proclama y defiende un ideario, suele explotar la fuente afectiva de los hábitos consagrados, especialmente en Religión y formas rituales. Conoce el clericalismo político lo fecundo de estas excitativas sentimentales que invocan el pasado y de ahí su empleo habilidoso en toda oportunidad y el gran trecho que lleva ganado en el ánimo de las multitudes cuando hace su tendenciosa política.

INFLUENCIA FEMENINA

Hay otro contenido de estabilidad tradicionalista, que ofrece amplio campo a la preponderancia conservadora: la influencia de la mujer. No es fácil analizar y precisar todo el complejo de sugerencias en pro de la ortodoxia y la tradición que personifica la mujer. Por desgracia, no siempre se ha concedido a este factor toda su importancia por quienes se preocupan del problema político. En el orden psíquico, se considera la influencia femenina a manera de lo que ocurre con el tiempo atmosférico: tenemos la impresión de las distintas graduaciones del ambiente y experimentamos difusamente su influjo. Como decía Paracelso, estamos íntimamente unidos al Cosmos, y el espacio y la tierra influyen sobre nosotros. Resulta, empero, problemático fijar los límites de esas íntimas relaciones entre nuestro organismo y el Universo. Algo parejo acaece con la influencia de la mujer —clima espiritual— sobre nuestra psique. Ningún hombre de los normales escapa a ese clima y, mediante su influjo, podrán explicarse muchas excitaciones anímicas notables, determinantes de estados de pesimismo o de felicidad. He aquí que, por este rodeo de la sen-

sibilidad vital, vendríamos a la posibilidad de señalar el germen de no pocas manifestaciones de carácter político. Cada hombre tiene su clima espiritual inconfundible, su ritmo funcional propio. De este modo, el hogar modela, singularmente, el destino individual de la mayoría de los jóvenes dentro de un cierto tipo medio de conducta. El ambiente doméstico, cuya inefable presión dominante se encuentra en la madre, es la anticipación, en no escasa medida, de lo que será el clima moral de una generación en cada momento histórico.

LA OPRESION DE LO SOCIAL

Este es otro factor que favorece los resabios tradicionales y, al propio tiempo, escatima la colaboración política con los partidos o grupos de reforma: la atmósfera social. Dada la circunstancia histórica de que el régimen teocrático ha tenido en este país un desenvolvimiento excesivo, los contornos sociales entre nosotros se hallan concretamente definidos: fidelidad de las familias al clero y consecuente tendencia a reforzar su táctica penetrativa en la vida nacional; favorecimiento de la secular teatralidad del culto, que los sacerdotes y comunidades estimulan y explotan sin reservas; fervoroso y sistemático proteccionismo a los planteles de educación confesionales, en muchos de los cuales se fomenta los prejuicios nobiliarios; mantenimiento de la creencia en la absoluta intangibilidad del **sagrado** derecho de propiedad; aversión más o menos disimulada al mejoramiento moral y económico del montuvio y del indio... Una sociedad cuya tonalidad de sentimientos es ésa no puede mostrarse propicia a ningún intento de revisión de aquellos problemas. Quienquiera que a ello se aventure se acarrea fatalmente un social desconcepto, que le complica sus relaciones de convivencia.

Ahora bien; esto es insoportable para quien no sienta el afán apasionado de luchar por el futuro. Es un modo de heroicidad enfrentarse contra la mole inerte de ideas, sentimientos y costumbres tradicionales. Esa especie heroica la constituyen siempre minorías. Los más adoptan posturas de acomodación, inspirándose para cada caso en la índole del medio social y en las circunstancias. Se busca soluciones casuísticas en los momentos de crisis de la opinión general. Si los conservadores,

por lo común, se inclinan hacia el partido de la autoridad eclesiástica, los liberales lo hacen en el sentido de las transacciones con el partido del poder social. Controversias que en veces exaltan hasta un grado máximo las conciencias terminan, entonces, sin otro resultado, para la causa del adelanto cultural del país, que una exacerbación de la inquina tradicionalista. Claro está que el régimen del liberalismo ha atenuado en mucho la rigidez de las resistencias circundantes a todo intento de cambio de lo habitual. Pero es innegable la invisible y difusa opresión de lo social sobre los elementos de izquierda, con el corolario de las actitudes oportunistas.

JUVENTUD CONSERVADORA

Ante tantos impulsos subterráneos, que avigoran la fuerza de la docencia confesional y de la predicación religiosa, y faltando de otro lado una vivificante acción de contrarresto en el Estado y en las minorías disidentes, se comprenderá lo aparentemente incomprensible: el caso, al parecer anacrónico, desde el punto de vista biológico, de porciones de jóvenes aceptando, conscientemente, en pleno siglo XX, los yugos de una ideología dogmática y constituyéndose en defensores del estancamiento de la vida nacional. Esos jóvenes renuncian a la forja de la propia personalidad. Se avienen con el ambiente de hedor cadavérico de lo que creyeron e hicieron sus antepasados. Para ellos siguen teniendo realidad los fantasmas de la tradición. Es el pretérito, no el futuro, la sugestión única a que obedecen.

No en vano se ha dicho que "joven y conservador" es algo biológicamente anormal. La anormalidad no es un término absoluto. Se es anormal por la atrofia o hipertrofia de funciones específicas en la economía orgánica. Cabría comprobar que, por ejemplo, en varios jóvenes una morbosa sensibilidad social ha atrofiado su facultad discursiva, ha anulado su natural rebelde.

Disloca, según esto, la cuestión, a mi modo de ver, cuando el ilustre autor de **Juventud, modernidad, eternidad**, luego de abundar en el mismo criterio del anacronismo biológico que acusa una juventud conservadora, añade.

"Juventud y vejez son conceptos biológicos; modernidad y antigüedad son conceptos históricos o de biología histórica. Pueden y deben coincidir; y, de hecho, es mucho más fácil que los jóvenes sientan, comprendan y sirvan a la modernidad y que los viejos se adhieran a lo antiguo. Pero pueden también invertirse los términos, como en muchos casos de España (juventudes carlistas, juventudes conservadoras, jóvenes de la Unión Patriótica, etc.)"

Para el doctor Marañón, se trata de auténticas juventudes biológicas sosteniendo criterios que trascendían a moho de vetustez. Opino que, cabalmente, en esos casos el biólogo asiste a formas de detención o desviación de la evolución psíquica, debida generalmente a la atrofiante educación sectaria. Se le substraen al joven a la visión de perspectiva de la cultura moderna, y es natural entonces que la limitación psicológica y del carácter corresponda a la angostura de su horizonte. Considero que ningún joven normal a quien se le facilite educativamente esa visión integral de lo moderno podrá dejar de sentir una inquietud biológica progresiva. De ahí el derecho de las generaciones a un sistema educativo amplio, compatible con el tono de la época, según lo razonaré en mi próximo artículo dedicado al tema educacional.

NUESTRA REALIDAD POLITICA

Con esto venimos a avocar al propio esencialísimo problema de nuestra democracia teórica, volatilizada. La democracia implica educación política de las masas, que es la positiva educación nacional. Mientras subsista el Poder-Iglesia, empeñándose en monopolizar los arranques y los pensamientos de la colectividad, en reverencia del ideal religioso, y a este ideal se supedita por las mayorías todo programa de valor social y político, tendremos teocracia; de ningún modo, democracia. El Estado se pasará legislando "liberalmente", laicamente. La morada íntima de los ciudadanos seguirá tomada por el apego al espíritu tradicional, por el odio a la autoridad del Estado y sus instituciones y sus hombres.

Al través de estas actitudes, lo que se siente es, no la soberanía del pueblo, base de la democracia, sino la soberanía de la Iglesia. La voluntad general, doctrina igualmente del ré-

gimen democrático, está substituida por la voluntad de adhesión al poder eclesiástico. ¿Qué es todo esto sino "democracia cristiana", o sea, teocracia? Es una democracia que sirve tan sólo para exaltar el sentido de una postura histórica cuatro veces secular, bajo la ejercitación gregaria del voto libre que garantizaron siempre las Constituciones.

¿Se advierte el aspecto tragicómico de nuestra realidad política? Vale la pena de subrayarlo, porque ello ha de entrar un comienzo de mutuo esclarecimiento.

De acuerdo con el viejo principio de la representación popular como esencia y valor del Estado democrático, todos proclamamos el sufragio libre. Nuestro constitucionalismo no podía, por consiguiente, dejar de consagrar ese principio. En este punto, nunca hubo disidentes doctrinales ni contrincantes políticos. Todos queríamos alardear de republicanismo. Pero, al tocar en el terreno de la aplicación u observancia del dogma democrático, comienza éste a involucionar y se define el conflicto. El partido clerical comprende que el sufragio simplemente numérico, de puro ser fértil y certero para la causa que maneja, debe constituir el resorte insustituible del mecanismo que le lleve a completar su poder histórico con el poder estatal. El liberalismo como doctrina y como gobierno encuentra que, prácticamente, supuesto el módulo de nuestro vivir colectivo, no tiene sentido para una genuina democracia la concurrencia a las urnas electorales de masas de fieles cristianos. Y, como no es el caso de "perder con papelititos lo que se ganó con las armas" y con regueros de sangre, se sigue acatando en teoría el dichoso dogma, pero se practica la técnica gubernativa que incluye el concepto de que por elecciones ha de entenderse selecciones.

El precio de esta clásica forma de lucha alrededor del derecho electoral es terrible: el odio, el rencor convertidos en la raíz de nuestros movimientos de opinión; la inconexión y disociación estériles entre el Estado y las muchedumbres o, si se trata de regímenes reaccionarios, entre esos elementos y los grupos de vanguardia. La ingenuidad popular, respaldada en el sentimiento de que ejerce una función inalienable, no advierte que están en manos de la poderosa organización eclesiástica las palancas del mecanismo político. Así, fácilmente se sugestiona con la idea de su fuerza y poder, pasando a las violencias y el terror, cuando no al sacrificio. Los que, con un sentido de democracia progresiva, quisieran la implantación de

un orden que sustituya al tradicional, advierten, en cambio, con desconsuelo y desánimo, que no han logrado su influjo sobre las masas sociales; que aquella fuerza política que se encierra en la dirección ideal o sentimental del pueblo continúa vinculada al dominio de las conciencias religiosas. Sólo queda un arbitrio en tal emergencia: esperar de los medios gubernativos el más o menos franco desalojamiento de las huestes creyentes electoras.

Una mútua repulsión íntima de los métodos políticos empleados: tal la consecuencia, que torna imposible toda vida de relación cívica. Es un conflicto insoluble, como todos aquellos conflictos en que la diferencia radica en un punto fundamental de régimen. Ni el liberalismo o radical-socialismo puede convenir en una teocracia disfrazada de democratismo cristiano, ni la organización clerical que durante cuatro centurias ha dado el tono de vida a la sociedad ecuatoriana puede renunciar a seguir viendo en sus miembros una falange de Cristo.

De este fermento de radical disociación no cabe que elaboremos nada que se parezca a democracia. El Estado liberal, al favorecer la formación y relativa actuación de minorías liberadas de la sugestión del tradicionalismo católico, energía fluída que toma en el campo político la forma del ánimo del pueblo, lo que hace es contribuir a mostrarnos el abismo entre estas dos instituciones: la República y la Iglesia. Para las mayorías, las leyes de la nación y los esfuerzos en el proceso de la cultura no se conciben más que en tanto armonicen con el cerrado y arcaico criterio eclesiástico. Cualquiera "conquista" liberal en los aspectos institucionales comportó invariablemente un semillero de malestar e intolerancias. En todo el decurso de los gobiernos liberales se pudo, así, comprobar esta verdad: que hay en la República una pertinaz tiranía de opinión, tiranía anónima, inasible, pero tan real como cualquiera tiranía de gobierno, y más nociva. A esta tiranía la llamo yo de la circunstancia histórica, dado su origen.

Cuando algunos criterios superficiales o interesados han salido con la especie de que en el Ecuador conviene declarar ya desterrada toda discusión de carácter político-religioso, por anacrónica, no he podido reprimir una mueca de sorpresa. ¡Finiquitado el problema político-religioso! Lo exacto sería decir más bien que sobre él gravitan todos los demás. A esta conclusión tiene que llevarnos un primario reflejo de sentido

histórico. En la España republicana, por boca de sus hombres más eminentes, que "han sufrido en la carne de su espíritu la persecución sectaria", según expresión de Fernando de los Ríos, se declaró y postuló en las Cortes Constituyentes más o menos esto:—Si hay problema vital y primordial para España, es el religioso: el pueblo español —el alto, medio e ínfimo,— aparte exiguos grupos, no ha podido nunca vivir de sí mismo y por sí mismo; no ha podido hacer la historia que germinaba en su interior, sino que era una y otra vez frenado, deformado, paralizado por ese poder sobrepuesto a la nación e inspirado por intereses divergentes de los sagrados intereses españoles: la Iglesia.

¿No es aplicable al Ecuador, y dentro de límites más concretos, ese diagnóstico que se resume en el vocablo **paralización**? Pueblo paralítico es, sin duda, el nuestro, porque vegeta inerte dentro de un pasado cuatro veces secular y no encuentra forma de planearse un mañana progresivo. Sólo que la enfermedad que nos ocupa se confunde con toda una forma de vivir histórica. Por lo cual, el remedio hay que buscarlo en algo que no sea la esperanza de espontánea o heroica reacción del enfermo.

MISION DEL ESTADO

La cura del mal tenemos que demandarla del Estado perfecta y sinceramente laico. El problema es histórico. La hegemonía latente de las fuerzas religiosas en los destinos del país corresponde a la cadena de formas de coexistencia fatales que se inició con la Colonia. El modo de ser de nuestro pueblo es consecuencia de la historia porque ha pasado. No se podrá comprenderlo y reformarlo sino a la luz de dicha historia. Y es primordialmente al Estado a quien incumbe tan compleja y delicada tarea. Cuando, como en el caso nuestro, hay una interna anormalidad funcional del organismo político, en que los partidos legítimos son apenas un convencionalismo, no queda sino el Estado como la superior entidad corporativa por cuyo medio se tienda a curar esa anormalidad. No es la crisis del Estado, al igual que en las viejas naciones europeas, lo que padecemos. Es la parálisis crónica del régimen existencial mismo lo que se experimenta.

Ahora comprenderemos el fondo de verdad vital que ha habido en la sensación de inseguridad y laxitud que ha caracterizado a nuestros grupos liberales. "El partido liberal en peligro", "la caída del partido" han sido preocupación casi mística de cuantos tomaron o creyeron tomar en serio la vigencia del liberalismo como poder. El presente estaba allí mostrando en haz la tensión, intacta, indestructible, de las fuerzas tradicionales. A poco que un gobernante, eludiendo la claridad del problema, dejase actuar libremente esas fuerzas, sobrevendría una regresión. Para un liberalismo consciente de su biología histórica, todo lo que fuese desentenderse de la obra defensiva de una raza contra un poder absorbente apostado en todos los lugares estratégicos acusaría un suicidio.

El liberalismo, nuestro liberalismo ecuatoriano, que se dió cuenta en todo tiempo de que somos un pueblo ahogado por el exceso de virtudes negativas, confió y tiene que seguir confiando, por consiguiente, en el Estado laico para la primaria y fundamental ordenación de nuestra vida democrática. El problema de ésta supone la solución del problema de llegar con algún dinamismo a las masas sociales. Es decir, que nuestro viviente problema político se resuelve en la confrontación de nuestro peculiar problema histórico. Y para que, en un mañana próximo, las minorías directoras puedan mover a las gentes, lejos de supremacías que no entienden el ritmo de los tiempos, el ejercitamiento inteligente de una política concretísima por parte del Estado laico es el imperativo. No atisbo otro órgano eficaz de socialización democratizante en nuestro país.

Por ser esto lo innegable y lo decisivo, la política clerical se afaná siempre en restar individualidad a la misión del Estado y asignarle el pobre papel de órgano de servicios públicos. Yo creo que es llegado el momento de que el Liberalismo-Poder acuda a una brecha donde se ha menester que ponga espíritu, en vez de credos agónicos. Esta es la única nueva política que cabe preconizar, si la reciente ojeada sobre el proceso de las cuatro centurias vividas "devotamente" por este pueblo ha de darnos la intuición de nuestra realidad.

LIBERALISMO RADICAL

Fácil es descubrir, por todo esto, la precipitación de ciertas declaraciones que, contra el liberalismo clásico, suelen hallarse en algunos ensayos de filosofía política y entre los so-

cialistas; por ejemplo, la de que ha terminado su ciclo histórico, la de que ha constituido un fracaso.

Ciertamente, el liberalismo ha tiempo que en los pueblos de vieja cultura viene cediendo su puesto a otros sistemas de gobierno más complejos y fecundos. La concepción individualista de la libertad ha ido perdiendo terreno para dar paso a una reorganización de las fuerzas sociales que amalgamara los intereses económicos y los de la democracia. En algunos casos, el colapso del liberalismo ha significado la reacción práctica del estadista respaldado por una gran masa pasional para la aplicación autoritaria de un programa social constructivo con miras a una preponderancia nacionalista. La institución suprema, desde este punto de vista, es la nación, y el Estado viene a ser el órgano específico de garantía de una organización superior que eleve la vitalidad común. En muchos respectos, una tal política significaba necesariamente opresión. El vigor de esta política reside, pues, no en la lógica de sus principios, ni menos en la ética de los procedimientos: reside en la unidad y consistencia que ofrece a las funciones del Estado, para fines activos del conjunto social. El Estado es, en todo caso, un valor directivo y representativo, y los pueblos no están pendientes de un poder religioso que les prescriba lo que hay que entender en cada circunstancia por atributos del hombre y del ciudadano. Habrá formas de reacción antidemocráticas; pero no hay un ambiente de teocracia.

En nuestro país, es esto último lo consuetudinario, y el Estado laico vive en pugna con la tiranía de opinión, difusa, creciente, a que antes aludía, o tiene que atemperarse a ese que alguien calificó de liberalismo domesticado. No una conciencia nacional, sino una conciencia de comunidad religiosa, resistiéndose a cualesquiera intentos reformadores, es, pues, lo que se traduce a través de nuestras exaltaciones populares.

La vigencia ideológica del liberalismo no ha tenido, por tanto, más que la primera fase de su desarrollo: el Estado laico. En la penosa tarea de alcanzarlo, hubo que bregar durante casi una centuria. Sólo que ha resultado en muchos aspectos un laicismo convencional, inoperante. Algo tarde empieza el sentido histórico a mostrarnos que, con Estado laico, y todo, la nación sigue aceleradamente la trayectoria de su decadencia. Por lo cual, esa misma conquista del laicismo estatal debe llevarnos a procurar el complemento de la faena: la reivindicación de la personalidad individual y colectiva del

pueblo —clases altas, medias e infimas, como en España— a una auténtica vida democrática.

Como se ve, el liberalismo que aconsejo es radical, se va al fondo del problema, y está bien distante de aquel tosco radicalismo anticlerical que fue usual un tiempo. Con las polémicas de antaño, lo que hemos conseguido es que el impulso sectario de las mayorías siga gravitando fieramente sobre "los enemigos de la religión". Ante la visión integral de nuestros hombres dirigentes, las potencias clericales no significarán una suma de individuos como enemigos, sino el poder colectivo del adversario en calidad de fuerza político-social histórica. No la Iglesia como forma de vida espiritual y comunión de las almas, sino la Iglesia concreta, dominadora, hostil al implantamiento de los verdaderos partidos políticos, medio de ejercicio de la democracia, será la preocupación a cuyo servicio puede el Estado aplicar un conjunto de ideas prácticas, dotadas de vigor y fecundidad.

Cualquiera otra actitud equivaldrá al renunciamiento de una consciente política realista; es decir, al desconocimiento de la potencialidad acumulada en siglos por la iglesia para el dominio moral de nuestras colectividades.

Quito, 1935.

COLOR DE LA HABANA

JORGE CARRERA ANDRADE

Sonando el tambor de sus hojas una tribu de cocoteros salvajes.
Mar en continuo parpadeo de fosforescencias.
La Habana sale todos los días a los muelles
a esperar la llegada de los barcos,
mientras sus nadadores sacan entre los dientes las monedas
que van a saludar a los peces en el mar antillano.
Sus tranvías aprenden el compás de las maracas, (1)
sus arbolitos se alinean como borregos
y sus avenidas corren hasta encontrar una estatua.

Mujeres de piel de tabaco caliente y de canela.
Criollos con su sombrero de paja que el trópico madura.
Negritos cuya risa se abre como una sandía.
Cocos y guanábanas, despojos de la rumba.

En la Avenida de los Presidentes se multiplican los hongos,
y los cañones del Parque Maceo bostezan de hambre
viendo saltar los peces en la bahía
cuya entrada prohíbe con su dedo en alto el Castillo del Morro.

Doscientos guardias se cuadran cada día
ante la mirada azul del diamante del Capitolio.
Letreros y ventanas dictan un curso práctico de inglés
en los cuadernos cuadriculados de los rascacielos.
Mas las flores son caras en la Avenida Veintitrés
y la luz tiene el color del maní y el aceite de girasol.
En la Avenida Ocho se ha encontrado una piña de fuego
madurando sus semillas de muerte junto a la casa del Fiscal.

(1) Calabazas huecas con semillas, que se usan como instrumentos de música en Cuba.

Sin embargo, el aire destapa sus mariscos vivificantes en el malecón
y la vida se azucara en los jardines de La Tropical.

Nada pasa aquí sino una cadera de música
y unos brazos de fruta que hacen equivocarse a los pájaros.
Un aeroplano vestido de blanco va recortando el calor
con su ventilador ambulante.

Los barquichuelos dan su lección de sueño frente a La Cabaña
y los fleteros negros exhalan sus cantos de humo
hacia el horizonte donde empieza a piar el primer lucero.
No sorprende a nadie el atentado terrorista del crepúsculo.
Y la luna menguante cuelga como un plátano
del bananero del cielo.

La Habana, Agosto de 1934.

ESQUEMA DE LA CULTURA HISPANOAMERICANA

LUIS ALBERTO SANCHEZ

(Conclusión)

10

CRITICA Y FABULA

La tristeza rebosaba en la música pentatónica. Algún osado panfletario (Laprade, escribió, bajo Napoleón III, protestando contra la muchedumbre de canciones que entonces germinaban por doquier, estas palabras: "La música es el arte de los pueblos serviles". He glosado ya, en otra ocasión, esta afirmación, a través de las comprobaciones ofrecidas por la música rusa bajo el zarismo, cuando florecieron "Los Cinco"; la alemana, bajo la hegemonía despótica de Prusia, cuando aparecieron Beethoven, Bach, Haendel; la española bajo la autocracia y la dictadura, cuando culminan Falla, Albéniz, Granados, Halfter; la música popular de todos los países, floreciente bajo las peores tiranías, a punto tal que López Chávarri escribe, en su "La Música Popular española", que ésta surge más en épocas de opresión, porque su fondo es un anhelo de liberación, como ocurre con la novela y con la fábula. Charles Lalo sostiene también, en "L'Art et la Vie Sociale" que, bajo el despotismo, el arte suele convertirse en mágico refugio. Plejanov considera, en "El Arte y la vida social" que una de las fuentes del arte es la discrepancia entre la aspiración transformadora y el medio quieto y sojuzgado.

Es excesivo aquello de que "la música es el arte de los pueblos serviles"; pero, en cambio parece evidente que la música es expresión de pueblos en servidumbre. Políticamente, la interpretación es casi axiomática. Sicológicamente tiene grandes probabilidades de exactitud. El indígena halló en la música —canto, baile, puro entonar, silbido— la manera de

expresar su malcontento. Si hasta en amor estaba intervenido por el Estado, se comprende que todos los actos de su vida caen rigidamente bajo la denominación de "fenómeno social". Sometido a determinación política, el matrimonio careció de su acento de epitalamio, para convertirse en tema de crónica histórica y en fuente de producción de riqueza. Los hombres como individualidades carecían de significado en la sociedad incaica controlada hasta lo inverosímil. Un hombre no era ni término de comparación, por lo que, para expresar sus críticas, los indígenas inconformes apelaran a los animales, y en ellos se motaran de las costumbres y de las exacciones que sufrían sus carnes: así nació la *fábula* cultivada en América, únicamente por gentes de raza indígena. Ello era tanto más fácil cuanto que, por su convivencia con los animales —franciscanismo y bestialidad, no lo olvidemos— conocía las costumbres, gritos, reacciones de éstos como si fueran miembros de su familia. Tal connaturalización se extrema hasta el punto de que, aún hoy día, hay meses para ciertos animales en una especie de consagración fraterna. El amor a los animales y el recelo de los hombres dieron como resultado que los súbditos de más libre espíritu, aunque de mayor servidumbre corporal, los mítimaes, fuesen los más aficionados a la música, al poema lírico —evasión—, y a la *fábula* —crítica—.

Sátira y lirismo nacen, pues, de la estructura social del Incanato; del sentimiento rural y eglógico del indio sudamericano del Pacífico y los Andes. Sátira y lirismo se prolongan, como tendencias animicas inherentes a la raza misma, en todos aquellos que, asimilados al indio, perviven en la sierra peruana, ecuatoriana, boliviana, nor-argentina, nor-chilena y sud-colombiana.

Menos acusados tales caracteres, coinciden con los de aztecas, mayas y chibchas. El azteca usará mayor número de instrumentos musicales, y más raucos, porque fue más guerrero, lo cual no le libró de caer bajo la opresión de régulos implacables y, luego, de un Imperio severísimo. Entre los chibchas predomina el concepto religioso, contemplativo, de suerte que modifican grandemente la espiritualidad de aquel pueblo. Predominantemente estetas y religiosos, los mayas carecen del régimen avasalladoramente colectivo del Incanato peruano. Pero el fondo mismo de la raza es análogo y a veces idéntico. Se advierte el origen y trayectoria semejantes de pueblos que, en seguida, sufrirían el mismo aluvión, experi-

mentando parejas reacciones. De ahí que el mestizaje pudo más que el origen en la tarea de plasmar el espíritu americano.

El indio americano reveló en todo momento gran facilidad por las artes decorativas y mucha capacidad de imitar. Alfonso Reyes, comparando a dos insignes indios del Coloniaje, Cárdenas de México y "El Lunarejo" del Perú, lo advierte y reafirma. Entre los viajeros europeos del siglo XVIII, algunos, como el francés Frézier, autor del "Voyage au Mer du Sud", insisten en ello. Vasconcelos observa el gusto por la ornamentación en los mismos aztecas guerreros. Realizada la conquista, los tlascaltecas, adversarios de los aztecas, contribuyen con su esfuerzo y su ingenio, no sólo al sojuzgamiento de sus adversarios, sino a presentar obras de teatro, al mejor desarrollo de autos y loas, en una verdadera devoción por lo paramental. No existe ningún mito, ni en "El Génesis" ni en la Mitología Griega, comparable, por su hondura filosófica y su belleza formal, al "Popol Vuh" maya, cuando se refiere a la creación del hombre. Ante su sortilegio, ardió en fiebre mitificadora la fantasía del investigador francés, el Abate Brasseur de Bourbourg. Y bien: ese mito plantea la coexistencia de lirismo y crítica en el origen del pensamiento religioso centroamericano. Porque el "Popol Vuh" nos coloca ante un Demiurgo que se autocritica y se corrige, que analiza y se perfecciona, que mide contingencias futuras y discrimina posibilidades; y al mismo tiempo, ante un lirismo superabundante. Rainer Maria Rilke nos habla, en "Les contes du Don Dieu" de un Dios abstraído y distraído, pero el "Popol Vuh" nos coloca ante un Demiurgo consciente, reflexivo, autocritico, y anheloso de una lírica perfección, Netzahualioyolt se llamó aquel emperador azteca, a quien apelaba Rubén, guerrero, sabio y poeta. En el fondo de las tradiciones araucanas, pueblo guerrero contra vecinos y riscos, contra el hambre y la aridez, aparecen siempre animales familiares que se convierten en personajes de fábulas. El lirismo no encuentra ámbito en ese pueblo urgido por la necesidad de subsistir, resistente hasta contra la penetración incaica. La crítica, sí, se aposenta ahí.

Crítica y Fábula concurren por doquier, en América. El indio aporta, pues, elementos propios al forjamiento de una literatura y un espíritu americanos.

Aún, en casos aparentemente diversos como el de la Argentina, lo indígena es hoy patente. El mestizaje, al Norte, tiene como base la conquista incaica. Los gauchos revelan en sus cantos y bailes, hoy mismo, cierto dejo imborrable de me-

lancolia. Los **compadritos**, personajes esencialmente ciudadanos, revelan también pesadumbre y vencimiento. Sin embargo, étnica y económicamente, el compadrito argentino es fruto de cosmopolitismo: pero, la raigambre incaica vence a los demás factores integradores. En el gaucho sobresale mejor el fenómeno, porque en él está más acusada la progenie indígena quechua. El pericón, baile pampero, tiene el ritmo pesado y lento de las danzas quechuas. El tango no pierde, en medio a su rigidez geométrica que a Richepin se le antojó rezago egipcio y que Waldo Frank interpreta magistralmente en "América Hispana", su acento de angustia: angustia en letra y paso. Con todo, existe una diferencia fundamental entre la tristeza del gaucho —aquechuizado— y la del indio peruano, ecuatoriano y boliviano. La tristeza del gaucho es una como tristeza de a caballo, con lazo captor, en llanura, en abierta pampa que produce por acción del trabajo del hombre. La tristeza del indio incaico es tristeza de a pie, con manada ajena, con rebaño ajeno, con cordillera hostil y ajena, con altiplanicie estéril y abrupta, con dolor propio. El **mate** gauchesco implica ruedo, corro, compañía, cooperación. La **coca** del quechua denuncia aislamiento, desconfianza, reconcentramiento.

El gaucho, por eso, es abierto, confiado, optimista aunque fatalista, y cuando se trata de amor vence y convence. El indio, frente a lo erótico, se eriza de imposibles, se alcoholiza y derriba, es decir, forza, o en ciertos casos convence.

Se dice —y es un reproche del crítico chileno Raúl Silva Castro a mi primer tomo de "Literatura Peruana"— que la literatura incaica no es propiamente tal, porque carece de **letras**, de escritura. Por consiguiente, transmitida por la tradición, ingresaría a formar parte del **folklore**. La verdad es que la existencia de los **quipus**, instrumento de estadística, contabilidad y menmotécnica, revelan ya una incipiente escritura, que acaso existió pero como patrimonio de una casta cerrada y en provecho exclusivo y excluyente del Estado. Sería algo semejante a la escritura egipcia, patrimonio y herencia de los escribas. De cualquier suerte, folklore o literatura, la contribución que la canción, la música y la tradición incaicas aportan, constituyen ingredientes inapreciables de toda indagatoria del espíritu de entonces.

Se evidencia, a primera vista, una carencia de imaginación creadora. El mismo hecho de recurrir al animal como símil para sus sátiras, delata una fantasía limitada. La marcha ha-

cia el fantasear se opera en virtud del mestizaje. Sólo entonces se abre el horizonte de la creación, aunque sea por los tortuosos caminos de la superstición y el fetichismo. En contacto con el blanco y, sobre todo, con el negro, la raza autóctona descubre un mundo nuevo en su propio ser y en su propia realidad.

II

EBANO

Cobre y ébano, diría un poeta finisecular, y pasaría a la fama —1895— tan deplorable comparación. El Reverendo Padre Las Casas sintió piedad por el indio, más permitió que el negro lo sustituyera en las labores de minería y en las más terribles de la agricultura costeña. Mucho se arrepintió el buen fraile, después. Su obra se reducía, ahora, a la servidumbre del indio y a la esclavitud del negro. Pero, el negro que vino como "pieza de ébano", y en torno a cuyo comercio disputan compañías flamencas, contratistas españoles, privilegiados franceses y celosos británicos, dispuso una linda venganza. Con ella, además de su esfuerzo corporal, nos dejó su herencia espiritual. Y a pesar de que la Colonia no comprendió tal sutileza, el negro rió, en silencio, viendo crecer sus supersticiones transformadas en beatería.

De las selvas africanas importó el negro su fetichismo ancestral. Los rumores del viento le hablaban en nombre de lo desconocido. Las negras trajeron sus dentaduras lucientes, sus caderas ondulantes, su talle flexible, la sensualidad salvaje y rugiente, su prolificidad, sus leyendas maternas, sus cuentos de demonios y hechizos, sus supersticiones milenarias, su jeta ancha, lúbrica y luciente, su afición al avalorio, su marcha erguida y cimbrante. Trajeron la danza dislocada y el grito gutural que habla de lascivia. El color, por lo raro, despertaba la virilidad de los amos decrepitos, y su olor era un acicate más. Por los patios de esclavos transitaron más —curiosos y deseosos— los amos empingorotados. Los negros sedujeron a más de una caprichosa condesita y a muchas criollas curiosas, noveleras y sensuales. Las negras dieron de sus vientres de hule, generaciones de mulatitos procaces.

El negro era insurgente. Su descontento, bajo el azote de negreros sanguinarios; su anarquía e individualismo selváticos, no se adecuaban a la estrictez del régimen español, que destru-

yó el Incario. Al ver, al negro, el indio, otro esclavo también, sintió recelo, primero, luego se aproximó a él, siempre desconfiado, pero curioso. De indios y negros nacieron los zambos que fueron legión. El negro era cantor, inveterado e incorregible cantor. Su lirismo hablaba siempre a la carne y sublevaba el deseo. El lirismo indio hablaba a la nostalgia, al bien perdido. En el fondo de la melancolía india alentaba la desesperanza; en la amargura del negro siempre tuvo un refugio la esperanza.

Los países indoamericanos de gran porcentaje negro florecen de puro lirismo. Brasil y Cuba tienen una poesía lírico-erótica, danzas y música lascivas, mientras que ahí donde la influencia negra fue menor, la poesía se entroncó más y más con la rijosidad castellana. Cuando se revisa, por ejemplo, el "Romancero Chileno" de don Julio Vicuña Cifuentes, se advierte que la mayor parte de las composiciones no han cambiado sino nimiamente su estructura típicamente española. El mismo culto por el caudillo que en España, y la misma sequedad, lejos de la molicie, la sensualidad y el requiebro negro. En cambio, el romancero colombino del Atlántico, y aún el antioqueño revelan en sus canciones, mucho colorido y harta sensualidad. Ricardo Rojas observa, en una página de su "Literatura Argentina" que Rubén Darío es un incófundible espécimen de la mezcla afroindígena. Don Fernando Ortiz ha agotado el estudio de lo afrocubano. Cuando se lee "Sóngoro Cosongo" de Nicolás Guillén, y se constata que la "jitanjáfora" fue hallazgo —no invento— hecho en Cuba, se le da la razón a Ortiz. La crueldad, el lirismo, la superstición, el individualismo que plasman todavía la vida política e intelectual de Cuba hablan de la influencia determinante de lo negro.

El negro perturbó la calma americana con su violencia insurgente, su irrespeto, que no debe ser confundido con la revolución. Fue rebelde, mas no revolucionario. Se insolentó contra los amos, desde los primeros tiempos coloniales, aún desde que llegó a estos mundos el corsario Sir Francis Drake, pues en esa ocasión los negros esclavos de Lima abandonaron las casas de sus amos, para ir al Callao con la esperanza de que desembarcaran los corsarios y ellos pudieran ayudarles. La rebeldía contra el amo, obedecía tanto a "resentimiento" cuanto a la inadaptabilidad al orden. Un amo que ofreciera desorden y caos era convertido en ídolo por el cafrerío. Cuando Bolívar decretó la "guerra a muerte" los negros no vacilaron en lanzarse a la contienda. En un ejército regular habrían

sido los primeros rebeldes. Vicente Rossi nos cuenta algo del negro rioplatense en su "Cosas de negros". Siempre las características coinciden con las del resto. Fueran angolas, congos, mozambiques, etc., siempre eran negros. Necesitaban la anarquía, y, al mismo tiempo, venerar un **totem**, aunque su caos connatural los empujara a venerar muchos tótemes, es decir, fetiches. En su actitud para con los corsarios de Drake se marca la diferencia entre el descontento indígena y el descontento negro. Un indio no habría pensado en ir al mar, mirándolo como una liberación. El mar era tabú para el indio; en cambio, para el etiope que vino sobre sus olas en calidad de esclavo, aquel era el verdadero camino de la libertad, porque significaba la evasión.

El negro aportó algo más: el misterio. En la religión indígena hubo supersticiones, sortilegios, idolatrias; mas el rito y la liturgia férreas no admitían ostensiblemente la posibilidad de un misterio actuante, dinámico. Para el etiope, el misterio se vivifica y actúa: es como un personaje más. Ambos, llegado el caso, demostraron crueldad, pero por diverso modo: ambos eran oprimidos. Ninguno de ellos se interesó por la guerra de la independencia, pero sí, por las guerras civiles. El negro nos dejó su sentido del color, su musicalidad caótica, la afición a lo plástico, la insurgencia y la sensualidad y la fantasía; el indio, el decoratismo, la facilidad de imitación, la liturgia, el romanticismo de su tristeza ancestral y su sobriedad magnífica.

12

EL HIDALGO

El blanco fue el regulador de tan dispares elementos. Con su idioma trató de unificar tendencias tan encontradas, mas, al fin y al cabo, sólo superpuso, sin modificar sustancialmente, los factores populares, el uno autóctono y el otro importado. La gran tragedia de la conquista española está en que no se identificó, sino que se superpuso. Ciertamente, nuestra vida política, económica y literaria íntegras han sido de simple superposición. Es lo que ha impedido hasta hoy tener una posición concreta y firme, una cultura nuestra, una estructura coherente a América.

Vino el conquistador. Su patria era entonces palenque de sutiles ingenios. Por el 520 asomaba ya la influencia itálica,

llena de morbidez, de plasticidad. Pero, el conquistador no tuvo dónde entrenar su lirismo ni su relato realista. Le faltaba mujer, le faltaba **dama**, y siendo la lírica de aquel tiempo esencialmente erótica, sin Eros claudicaba el lirismo. Ya ha anotado Richard, el autor de "La Femme et la Histoire", que cuando la mujer es inaccesible, la poesía se nutre de ella. Pero, la mujer no era inaccesible para el conquistador: la dama era la remota y difícil. La dama y la mujer fueron ásperos acantilados para la poesía medieval, cuyos trovadores alientan galantería. La mujer estuvo al alcance de cada conquistador. Ninguno que lo quiso, vivió privado de una concubina indígena, de una manceba negra, de una compañera mestiza. El problema sexual estaba resuelto plenamente. En cambio la dama, la mujer par, la semejante, no aparecía. De ahí que el lirismo no sea acentuado, y que cuando surja tenga todos los circunloquios y reticencias de una actitud cortesana. Débese recordar que sólo se permitió la llegada de mujeres españolas casadas!: que las Leyes de Indias penaban a los vecinos que no denunciassen las desavenencias y separaciones entre los esposos: que los Primeros Virreyes no pudieron venir con sus esposas respectivas, y que una de las primeras mujeres que llegó a América fue doña Inés Muñoz, compañera de Francisco Martínez de Alcántara, hermano uterino de Pizarro; eso, cuarenta años más tarde del descubrimiento de América. Hernán Cortés no necesitó recurrir a amores españoles para fomentar su idilio con Malitzin, la fidelísima Marina. Ahito de carne, pero añorante de espiritualidad: el lirismo del español de esa época tuvo que ser un lirismo **indirecto**.

Rufino Blanco-Fombona describe en "El conquistador español del siglo XVI", la sicología de aquel personaje. En realidad, Fombona, empujado por su polemismo innato, olvida que no hubo un conquistador-tipo, porque no existía tampoco una característica-tipo para todas aquellas sicologías anárquicas; y que hay una diferencia esencial entre el Conquistador y el Colonizador. Cada tiempo encarna en ciertos rasgos salientes de determinados protagonistas de la historia. Si el Conquistador hubiera tenido más homogeneidad, no habrían aparecido tantas discrepancias en medios plasmados enteramente por los individuos que capitanearon las huestes captoras en cada caso. Así, Nueva Granada recibe tres expediciones por tres rutas: la del tudesco Federmann, la de Benalcázar y la del licenciado Jiménez de Quesada. Nos refiere Reimundo Rivas en "Los Fundadores de Bogotá", cuán dura, difícil, larga, mortífera fue la

caminata de Quesada, desde la costa Atlántica hasta la sabana de Cundinamarca, recorriendo la selva asesina del Magdalena, 800 leguas a pie. Pero, Quesada, además de porfiado, era licenciado. Nueva Granada adquirió el ritmo que la tosudez y la cultura de Quesada le impusieron. Cortés deja su sello de cultura, pero, antes, de arrojo y sin miedo. Pizarro y Almagro, el de su anarquía y su avaricia, su metalización, al Perú perdido "por el oro y los esclavos" según profetizaría más tarde Bolívar, el Libertador.

13

MESTIZAJE Y SUPERPOSICION

Realizase el mestizaje desde el alborear de América. Coincide con la superposición. A pesar de ser el aluvión, la Conquista halló modos de mestizarse. La Colonia sólo alcanzó la superposición.

En la conquista vinieron analfabetos, hambrientos, gente de baja ralea, personajes de "novela picaresca". Llegaron, además, clérigos desesperados y segundones sin porvenir. Hidalguelos y pícaros: inconformes y sin pan. Los soldados de extracción social más humilde pronto se reúnen en los campos, forman el núcleo de la población rural, o cuando más, del burgo no central, no absorbente, los segundones se instalan en los poblados y tratan de implantar la hegemonía citadina. Para los soldados, el amor es más fácil. Porque a las indias les dan carne y espíritu. Para los segundones e hidalguelos, el cruzamiento es epidérmico contacto de sexos estremecidos, jamás entrega de almas. El Capitán Garcilaso de la Vega, no obstante de que posee una *ñusta*, Isabel Chimpu Ocllo, nieta de Atahualpa, engrie al vástago, futuro cronista, pero se matrimonia con una española. En cambio, Juan de Betanzos formará hogar con una ex-mujer de Pizarro, mestizará su propio espíritu, se creará una bárbara y pintoresca jerigonza quechua-española para escribir su "Suma y Narración de los Incas" y será dichoso. La versificación indígena era de verso corto e intención satírica. El soldado español usaba la copla breve y la intención aviesa. Todo desposeído, todo oprimido tiene coincidentes rasgos espirituales. El soldado español, futuro campesino, en marcha a ser corregidor o encomendero a veces, fraterniza con la familia de sus concubinas y funda una clase social oprimida y una literatura popular, la copla popu-

lar de la conquista. El segundón trata de constituir una corte y una burocracia. Así se diferencian lo urbano y lo rural, desde entonces, en el Perú. El segundón tendrá aliados en los indios serviles y en algunos de la nobleza, venidos a menos.

Este fenómeno se repite en el resto de América. Al español conquistador, le secunda en México el tlascalteca despechado. Se juntan los indios del campo a aquellos soldados de ánimo independiente y rural que buscan la vida emancipada de la tutela cortesana. Los otros prefieren deambular por las calles citadinas, codeándose con la naciente burocracia colonial.

El catequista va al campo, comprende al indio rural y al español aquechuzado de las afueras: por eso su expresión literaria será el teatro para catequizar, teatro simple y a menudo en idioma azteca, en México. Será el verso corto, la música quechua penetrante, en el Perú. Será la fábula y el mito constante entre los mayas, en donde la liturgia acrece su pompa.

Licenciados caciques, segundones, prelados de cierta alcurnia, indios serviles —hoy les llamaríamos a estos últimos un **lumpen proletariat**— constituyen la capa de los opresores. Manejan la administración pública, la Inquisición, la Imprenta, la Universidad: toda la cultura oficial. Soldados en su mayoría extremeños y vascos, indígenas campesinos sin rango, familiares del Inca perseguidos, curas pobres y de verdadero espíritu cristiano, buscadores de oro, forman la otra capa, sin resortes administrativos, aunque a riesgo de convertirse en señores feudales, extendidos por los Andes, con una cultura hecha de tradiciones, leyendas y cantos populares, alusiva por excelencia. Estos representan la Conquista; aquéllos, la Colonia.

La disección es clara y justifica la explicación teórica del desenvolvimiento de la historia a base del fenómeno económico. No conocía estos hechos Marx cuando trazó las páginas de su "Misericordia de la Filosofía", en donde surge plenamente la tesis del materialismo histórico. La disección es clara. El indio y el soldado son analfabetos, supersticiosos, paupérrimos, resentidos, carne de rebelión y de guerra civil. El hidalgo y el licenciado, junto con el clérigo y el cacique sumiso tienen ansias de poder, sed de riqueza, despiadado trato para el pobre, y si actúan en la guerra civil cuidan mucho de los repartimientos sucesivos. El idioma es diverso, a pesar de su aparente unidad. No olvidemos que en 1492 se publica la primera Gramática española o castellana, por Antonio de Nebrija, se-

cretario de la Reina. Los grupos conquistadores traen su fábula lugareña. El andaluz, el lusitano, con su decir cadencioso y silbante, blando y lírico, se establecen en la costa preferentemente, clima de molicie. El extremeño, el vasco, aún a menudo el castellano van a la serranía, con su hablar rijoso, sus costumbres sobrias y su laboriosidad infatigable.

Desde el punto de vista de la raza, el hombre de la Conquista se encariña con su prole y fomenta el mestizaje, embebecido con los cholitos traviosos que corretean por las parvas heredadas de un ruralismo herido de muerte. El hombre de la Colonia avienta la raza, la aleja de sí, la desprecia, y permite que, en sus caserones citadinos, en los vastos solares, caminen como siervos los mesticillos que ellos saben bien que fueron hijos de sus lúbricos arrebatos con indias sumisas. El primero fundará incansablemente —como Santa Teresa, andariega incorregible— poblachos y caseríos. El segundo buscará el amparo de ciudades hechas o fundará otras en lugares propicios para la fuga. Las expresiones literarias serán también diferentes: por un lado una poesía de salón, de corte, plena de imitaciones renacentistas. Por el otro, una literatura copleira, popular, alusiva, de vivaque, de campamento.

Ninguno de estos grupos cumple una trayectoria predeterminedada. Instintivamente realizan su función social, estructuran clases adversas e instrumentan expresiones culturales en pugna. Lógicamente, a su estructuración como clases sobreviene la formación de literaturas típicas. Al elemento rural le falta el altoparlante o magna voz de la Imprenta, el embeleco de la Universidad, aprovechando la tradición como dinamo. A la futura clase dirigente y opresora, le sobran los altoparlantes, el espíritu de cuerpo, la disciplina, todos los ingredientes de una campaña eficaz. El grave error de los críticos e historiadores de América es haber creído que la vida colonial sólo está reflejada en este aspecto oficialesco y engañoso.

PLASMA

¿Incidiremos alguna vez en la tentación del dogma? Ensayémoslo. La organización virreinal imprimió carácter. Cada porción de territorio americano fue adoptando el carácter que su constitución política —y desde luego, económica— le impuso. Inevitablemente, por muchos prejuicios intelectualistas

que reinen debemos inclinarnos ante la formidable trabazón y perspicacia de la explicación marxista de la historia. La vida intelectual es un producto, no una causa.

El Rey de España dividió sus colonias de América en varias categorías. Primeramente estableció dos grandes Virreinos: el de México y el del Perú. En seguida, creó Reales Audiencias, como las de Chacras, Nueva Granada, Quito, etc. Además, fundó las Capitanías Generales —Chile, Tierra Firme, etc.— Tales eran las divisiones territoriales básicas, completadas por los Corregimientos, Repartimientos, Reducciones, etc., que fueron sustituidas por las Intendencias, Partidos, etc.

Los Virreinos pronto tuvieron su propia fisonomía. No es posible confundir las literaturas coloniales de México y Perú, con las de otros países actuales de América. Las literaturas de ambas regiones ostentan un engolamiento especial. Su mimetismo italianizante, sólo rinde pleitesía a lo que sea o parezca suntuoso. La fórmula tiene ahí un poder inapreciable. Aire exótico y afición suntuaria caracterizan tales literaturas. Los virreyes y magnates serán mecenas. Para entretener las pesadas digresiones de magnates, fomentarán academias y saraos de corte literario. Al principio, de acento italiano; después, de etiqueta francesa. El Hotel de Ramboulet, pero sin "preciosas", se transportará a cada virreinato, y ahí divagará el Marqués Tal sobre los encantos de Filis, o el señor Virrey improvisará un romance sobre los prismas y embelecocos de vidrio de la lámpara de Palacio, o se convocará un concurso repentista para cantar la varadura de una ballena en cierta playa cercana a la capital. Cuando decline el amaneramiento, los Virreinos acogerán todo lo francés, y pondrán su veto a lo popular. Pero, luego, abrirán las puertas de muchos Teatros de Comedia, oportunistamente incorporados al entusiasmo popular que marca las postrimerías del siglo XVIII.

Las Audiencias dan vida a literaturas más provincianas. En ellas el engolamiento durará menos, porque lo suntuoso también es menor. A pesar de que intentan llegar a la categoría de virreinato —Bogotá y Buenos Aires lo consiguieron— sus ambiciones son más inmediatas. Como en todo ambiente pequeño —salvo Buenos Aires por su contacto con el mar— se dedicarán más a la historia, a la crónica, a la gramática, al derecho. Literatura más aferrada al pasado y con forma de mayor llaneza que la de los virreinos.

Las Capitanías Generales, centinelas constantes contra asaltos de corsarios y piratas, a menudo lugares de reclusión

para bandidos temibles —Chile lo era así—, organizadas desde un punto de vista más militar que civil, sin imprenta hasta muy vencido el siglo XVIII o iniciado el XIX, poseen por entonces tenues y poco valiosas, o forasteras expresiones literarias. *Ercilla* es un visitante de Arauco, no un producto genuino de la tierra.

Hoy se ve, a pesar de que el intercambio, las corrientes migratorias, los fenómenos políticos y la semejante situación de dependencia económica, hoy se ve que la organización colonial imprimió carácter en sus dependencias americanas. Lima y México son suntuosas; en México se cultiva la mayor parte de la literatura de evasión, literatura pura, mexicana; y en Lima, la única literatura pura del Perú. Las antiguas Audiencias, salvo Buenos Aires que viró hacia el Atlántico —conservan su pasadismo, su tradicionalismo, su sentido conservador, erudito, católico, latifundista e historiográfico. Las viejas Capitanías Generales luchan por perder su objetivismo y adquirir un acento lírico propio y creador en las literaturas indoamericanas.

15

IMPRENTA

La primera Imprenta que llegó a América fue en 1536 y a México. La primera edición es de 1537. La segunda y tercera llegan también a México entre 1550 y 1570. El Perú tuvo taller de Imprenta en 1581, y su primer trabajo es de 1584. Los Jesuitas establecen una en Misiones el año de 1705, aproximadamente. Bogotá no tiene la suya hasta 1738; Quito, hasta 1760; Buenos Aires, hasta 1780; Caracas, en 1806; Santiago de Chile, en 1812; Panamá, en 1822.

¿Contribuyó, realmente, la imprenta a la cimentación y desenvolvimiento de una cultura en América? Insólita pregunta, en apariencia, que, sin embargo, tiene una respuesta dubitativa. Verdad es que la publicación de libros en España fue muy enfadosa y poco segura. Don Vicente G. Quesada refiere, en "La Vida Intelectual en la América Española", las andanzas que sufrió la famosa obra del P. Meléndez titulada "Tesoros Verdaderos de Indias". Ofrecía serios peligros para la integridad del manuscrito original. Lo propio le ocurrió al P. Bernardino Sahagún, de México, con su "Historia General de las Cosas de Nueva España". Establecida la imprenta en A-

mérica desaparecían nominalmente tales dificultades, aunque lo ocurrido con la obra del P. Meléndez fue cuando ya funcionaban las prensas limeñas.

Mas, ¿entonces para qué sirvió la imprenta americana? Ninguna respuesta mejor que revisar alguna de las obras de don José Toribio Medina como su "Imprenta Hispanoamericana" (7 volúmenes), sus "Imprenta en México", "Imprenta en Lima" (4 volúmenes), etc. La enumeración de los títulos que tales obras recopilan demuestra que las prensas coloniales sólo tuvieron una labor política, cortesana, capitalina. Una doble censura —civil y eclesiástica— limitaba los posibles temas divulgables por la imprenta. Después había aún otra censura: la de lo consuetudinario. Y otra más; el predominio de la Universidad. El material principal de aquellos talleres fueron "Carteles de Certamen", "Loas", "Discursos Panegíricos", "Vejámenes", Poesías en loor de Príncipes de fama, de Virreyes entrantes, de Arzobispos recién consagrados; lamentaciones por la muerte de Monarcas, Arzobispos, Príncipes, Virreyes, etc., y, una que otra vez, anónimo ataque contra algún virrey o autoridad abusiva; mas, ya esto último ocurría a fines del siglo XVIII.

Para la mayoría de los estudiosos del coloniaje español en América, la época virreinal no tiene sino una monótona tonalidad gris. Se explica. No han reparado en que, a través de las publicaciones coloniales, no llegamos a penetrar sino en el aspecto oficial de ella. El resto, lo más genuino, lo más auténtico, lo más señero, escapa a nuestro contralor. La historia no se posee por un solo sector de informaciones. Unilateralizarse premeditadamente constituye una maniobra táctica. Pero unilateralizarse ingenuamente, por desidia, por imprevisión, por ineptitud y miopía socava las bases de cualquier criterio livianamente historiográfico.

A fines del siglo XVIII, mediante la extensión de talleres de imprenta a ciudades de segundo orden y la relativa libertad consiguiente a la expulsión de los jesuitas, la Imprenta comienza a ser un vehículo más propio y genuino, menos oficial por tanto.

REBELDIA Y LIRISMO

También tuvo el Coloniaje arrestos de rebeldía que las prensas oficiales soslayaron maliciosamente. No se requiere

mucha penetración para comprobarlo. Pero, antes de apelar a los ejemplos populares, busquémoslos entre los áulicos más fieles a la Corona y entre los eclesiásticos de mayor volumen: Sor Juana Inés de la Cruz, en México, el doctor don Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides.

Fue Juana Inés de la Cruz la más alta poetisa —y poeta— de México en la segunda mitad del siglo XVII. A los ocho años demostraba singulares dotes. Bella y talentosa, fulgía en la corte virreinal, cuando, de pronto abrazó la carrera religiosa. Ninguna de sus cofrades alcanzó tan alto sitio en la Fama. Mas, hete aquí, que por haber criticado el sermón de un P. Vieyra, se lanzó contra Sor Juana Inés el obispo de Puebla, bajo el pseudónimo de Sor Filotea, la reprochó por dedicarse a letras profanas, y Sor Juana Inés se deshizo de su biblioteca de 4.000 volúmenes, se dedicó a la penitencia, silenció a su musa y se perdió para las letras. Poco después moría. No muy diverso es el caso de Peralta. Su prestigio cubre buena parte del siglo XVIII. Poseyó ocho idiomas, y versificó en los ocho. En dos ocasiones ejerció el Rectorado de la Universidad Mayor de San Marcos. No hubo fiesta ni ceremonia, durante su existencia, en la que no participara como personaje principal. Escribió los mismos pronósticos de los tiempos, como Cosmógrafo, que un prefacio al libro sobre la circulación de la sangre del médico italiano Bottoni, y que se encargó de terminar la construcción de las murallas de Lima, iniciada por el ingeniero tudesco Koenig. Participó como el más conspicuo miembro en la Academia de Palacio, dirigida y patrocinada por el virrey-poeta Marqués de Castell-dos-Rius. Sus obras pasan de cincuenta, y con la inicial de sus títulos, un curioso formó un acróstico de todo el nombre de Peralta, pero faltaban obras. Pues bien, este hombre valido de Virreyes, consejero de Inquisidores, hermano de un Obispo, autor de una famosa "Historia de España Vindicada", de un célebre poema épico sobre "Lima Fundada", etc., en las postrimerías de su vida —nació en 1663 y murió en 1743— quiso manifestar su ardentísima fe, y para ello compuso un libro místico —el único no erudito— sobre "La Pasión de N. S. Jesucristo". Nunca lo hubiera hecho. Apenas tardó en salirle al encuentro un Calificador del Santo Oficio, de delator apellido Torrejón, quien, sin respetar los méritos auténticos de Peralta ni su ancianidad dorada por la fama, se abalanzó sobre su obra y persona, tildando a aquélla de herética y a ésta de insensata, y el pobre de don Pedro estuvo a punto de visitar los calabozos del Santo

Oficio por el terrible delito de haber pensado por su cuenta y haber deseado patentizar en pesada prosa su amor a Cristo. Justo castigo para quienes recuperan su personalidad al borde de la tumba, como aquel Alonso Quijano que, recobrando la razón en sus últimos instantes, enloqueció a Sancho, el cuerdo, y echó por la borda lo único señero de su personalidad mirabolante.

Peralta, como Sor Juana Inés, patentizan así que la censura virreinal blandía una severidad implacable. Nada la detenía, a nadie respetaba, salvo el dogma intangible. Revisar, hoy, los valores coloniales, lejos del iconoclastismo sin importancia es un deber de todo hombre de estudio. El Virreinato yace en olvido e incompreensión. Se ha dogmatizado con exceso sobre el Virreinato. Los unos por la pasión al "habedes"—según la gráfica expresión de Genaro Estrada— como Ricardo Palma, los otros con evidente mala fe y ánimo denostador.

17

ESENCIA DEL FORMALISMO

América —lo repito— nació ornamentalista. La forma triunfó, desde el amanecer, sobre lo básico. Como coincidía con el auge del gongorismo en España, a esta tendencia se la ha llamado "gongorismo americano": gravísimo error. Equivale a llamar "Churriguerismo" a nuestro decorativismo esencial.

Bastaría tener presente algunos hechos inobjctables. Cuando apareció Góngora surgía también en Italia el Caballero Marini. Los críticos discuten aún si Marini influyó en Góngora o viceversa, mas, desde el rincón de este ensayo, propongo la encuesta apoyándola en la época. El preciosismo francés no nació ni encalló en Góngora. Ni John Lilly zarpó de playas gongorinas —ni versa-vice— para implantar el "eufuismo". Obedece criterio tan simplista al viejo prejuicio de orden liberal-intelectualista, según el cual los hombres determinan el rumbo de la historia, y no la historia el derrotero de los hombres. La fama de Góngora crece después de su muerte, porque después de su muerte discípulos leales publican su obra poética, oculta en gran parte a los ojos de sus contemporáneos. Suponer que una moda nacida después de 1627 iba a prender desde esa misma fecha en América, que tan retrasada vive con respecto a Europa, entraña una ingenuidad inicial. Mas si se

reflexiona en que el formalismo se había aposentado, desde mucho antes, en el pensamiento colonial, las dudas se desvanecen y nace plena confianza en la incommovible verdad de la historia, o sea en que cada época descansa en una estructura determinada, predominantemente económica, y que son frutos de aquella estructura los fenómenos políticos, morales, literarios, religiosos, etc.

El gongorismo se distingue, además, por su pleno lirismo. En América, lo lírico no existió entonces por exceso de objetivismo y falta de libertad. En general, lo lírico implica introspección, confidencialismo, subjetivismo; emoción erótica; tendencia al misticismo. Nada de esto hubo en la literatura virreinal. El lirismo o se acerca al misticismo o se incorpora a lo pagano. La colonia fue seudorenacentista, nada más. Góngora llega a ser oscuro por abreviar demasiado y por exceso de imaginación: la literatura virreinal americana cultivó la repetición y exceso verbal, a cambio de la ignorancia imaginativa. Góngora bebió en lo popular la inspiración para sus alquitarados romances; los poetas virreinales desconocieron lo popular y sólo medraron al amparo de las Cortes. Me refiero, claro está a la poesía oficial, a la literatura oficial, a la que dispuso de imprentas, a la que se llama, por antonomasia, "literatura colonial".

Nuestro barroquismo preexistió, coexistió y sobrevivió al gongorismo. Durante dos siglos, todo lo visible de nuestra evolución social fue paramental. Es después de fines del siglo XVIII cuando, al robustecerse los factores populares, se distinguen recién los ingredientes invisibles que habían coadyuvado a la formación de un espíritu y una realidad americanas. Pero, desde principios del siglo XVII se perfilaba el amaneramiento. Ya he analizado más detenidamente, en un estudio titulado "Góngora en América" (Lima-Quito, 1927) y en el capítulo "Barroquismo y Política", que aparece en el Tomo II de mi "Literatura Peruana", este fenómeno cuyas líneas esenciales repetiré aquí.

Padecimos, durante esos dos siglos, ahitez de formalismo. Rebuscamiento. Amor a la decoración por la mera decoración. Desde la vida doméstica hasta la vida pública, todo seguía el ritmo del aparentar. Los padres exigían severo trato a los hijos, reprimiendo naturales sentimientos. En el "Papel Periódico" de La Habana, publicado desde fines del siglo XVIII, todavía se discute sobre la inconveniencia de que los hijos tu-

teen a sus padres: fue costumbre general en la Colonia la **ceremonia** —no la devoción— de rezar el Rosario a la hora del véspero, las fórmulas religiosas antes del almuerzo y la comida o cena; la despedida de los padres a los hijos con un ritual: "Dios te haga un santo". El baile era formalista, decorativo: pavana, rigodón, luego minué francés. Baile de corte, con genuflexiones, venias, pasos numerados, liturgia. Más importante que haber sido un buen estudiante, era, para doctorarse, pagar los millares de pesos que costaba la ceremonia en la iglesia, la corrida de toros habitual, la ornamentación de la casa y demás obligados números del programa de grado. En punto a religión, América fue conventual, no mística. La liturgia dominó a la fe; el dogma, al sentimiento; la procesión a la oración. El viajero francés Frezier afirmaría, hacia 1732, que él había observado poca fe entre los pobladores del Pacífico, y que, puestos en el trance de ayunar, eludían toda privación molesta. La vida universitaria y literaria se asía a las Academias, en donde el amaneramiento y la regla predominan. Con exceso de conventos, tuvimos pocos santos. La Inquisición, que fue robusta, juzgó a muchos y se rodeó de boato, pero chamuscó a pocos. En la vida administrativa, el amaneramiento alcanza su cenit, pues hay un rito político de ese entonces, revelador de cómo la fórmula era lo predominante. Cuando una Real Cédula o Real Orden no convenía a los intereses de la casta influyente en la Colonia, el Virrey no la ponía en práctica, pero como no podía dejar de acatar la voluntad del Dueño de América, surgía un conflicto legal y moral que los sabios mandarines virreinales solucionaron sabiamente: el Señor Virrey o Presidente de Audiencia recibía la Real Cédula con ostentoso respeto; la leía en alta voz ante sus consejeros, y, luego de leída y consultada, y resuelta su inaplicabilidad, el señor Virrey se inclinaba reverente, colocaba el texto de la Real Cédula sobre su cabeza sumisa en venia profundísima, y exclamaba con grave y respetuosa voz: "Se acata, pero no se cumple". Fórmula de un alquitarado chinismo. Fórmula de mandarines amanerados, barrocos, adjetivistas. Bizancio en América, mas ello concordaba con el ambiente de América.

No extraña, pues, que la escolástica lograra tan finos cultores en criollos como **El Lunarejo** y otros. La escolástica era el sistema filosófico y la disciplina mental conveniente a un mundo cuya política era la apariencia, cuyo derecho "se acataba, pero no se cumplía", cuyo baile era la pavana, cuyas

costumbres familiares se resentían de complicación y cuya religiosidad se refugiaba en la liturgia. Por eso, la literatura también se nutrió de formulismos y decorativismos.

No Góngora, la idiosincracia del Continente conducía a aquello. Cuando, en la Academia del Marqués de Castell-dos-Rius, el señor Virrey propone como temas a los eximios personajes reunidos a su lado una composición sobre la lámpara de Palacio o un romance sobre la tela de Penélope, o una silva sobre "la ballena que varó en Chorrillos", se comprende qué pequeñas preocupaciones embargaban el ánimo de tales personajes. Y qué intensa seducción ejerció sobre sus espíritus todo lo que reluciera, alumbrara, las leyendas griegas y los hechos del día. Poesía de oportunidad, de ocasión, de efemérides; oportunismo literario; periodismo engolado: tuvo la fugacidad del periodismo y las taras del engolamiento.

18

VITA NUOVA

Sin embargo, por ahí dentro, en las gentes alejadas del vano parpadear de tanta lámpara palatina, crecía un sentimiento huraño a tanto embeleco y en profundo contacto con el dolor cotidiano. Quien afirme que la Colonia no acarició otra musa que la "perezosa" —la expresión es de Ricardo Rojas— de la Corte, olvida la veta más escondida, pero, en seguida, más beligerante de aquellos tiempos: la veta popular. No todo consistió en versos a Filis, Cloris, Cilenes, Armindas, ni llantos de Delios, Criselios y Narcisos. También un sector desestimó el **pseudónimo** para valerse del anónimo —otro ensayo en ciernes—, y, sin disfrutar de la imprenta, utilizó el manuscrito.

Si el formalismo fue y es intrínseco en todo ambiente de Corte, resulta perfectamente extraño en la plazuela, el campo y la casona de habitaciones innumerables, para más innumerables y agobiados moradores. Para esta alma popular, rural, suburbana, estaban cerrados los cauces de la justicia y los medios de comunicación escrita y aún oral. Más concretamente: estaba negada la pública expresión de sus sentimientos. La personalidad popular subsiste, entonces, frustrada. Mas, pasan los años y se abren brechas en las inexpugnables murallas de los prejuicios étnicos y de casta. Y debo recalcar un hecho

inobjetable: tales murallas erigidas para evitar que penetraran nuevas corrientes en el virreinato, en realidad impidieron que saliera la expresión autóctona y mestiza. Se elevaron para defenderse el enemigo foráneo, pero impidieron la liberación —o la retardaron— de los propios. Plantéase, así, un contraste ineludible, signo de interna anarquía. Asfixiada la realidad criolla, ha de buscar medios de comunicación, de expresión, de liberación. Y siguen aproximándose piratas, corsarios, bucaneros. Y crece cierta simpatía hacia ellos. Y el contrabando se denuncia como lo normal en el virreinato estremecido.

Luego, en el siglo XVIII, las guerras dinásticas y comerciales, anclan en tratados de Paz que rompen el aislamiento americano. Contrabandistas legales llegan vendiendo extrañas mercancías o averiguando curiosísimos datos. Son una turba ya. Se llaman Frezier, Bompland, La Condamine, Bouguer, Haencke, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Humboldt, el caballero Boturini antes que los demás... Practican investigaciones científicas y publican libros nutridos. A Bouguer le ocasionan un percance los pobladores de Cuenca, y Humboldt se enamora, en México, de la "Güera" Rodríguez, que trastorna al amigo de Goethe. La imaginación se desata. Discípulos criollos, como Caldas el neogranadino, seguirán las huellas de tales investigadores. Recién se sabe que lo criollo también vale... La fantasía sigue en aumento. ¿Por qué no intentar la aventura de leer libros prohibidos? Y la imaginación se vuelve más tensa. Carlos III contribuye a aquel despertar con la expulsión de los jesuitas, su designación de virreyes más cercanos al pueblo, su amor —ocasional— a las nuevas ideas. Inglaterra realiza el resto. Las mestizas insurgen con dengues y arrumacos, humillando entre sus enaguas olientes aún a zahumerio eclesiástico, a señorones empingorotados y aún a severos y ancianos virreyes: nace el mito de la Perricholi y el Virrey Amat, pasto para Merimée, Radiguet y Thorton Wilder... Ahora que se afloja todo —monopolio comercial, lazos de enaguas, vigilancia inquisitorial, vínculos familiares, gorilas ostentosas—, y se estrechan algunas minucias —conocimiento entre las diversas colonias, zapatos de mujeres, intercambio de periódicos, corssets— lo popular se subleva, como los negros esclavos, allá por 1570, al aproximarse Drake a las costas peruanas. Aquel que pretenda resistirse será duramente vituperado, en donosos romances insospechados por los poetas de Corte. Alguna imprenta osará amparar uno que otro feroz ataque o una que otra aguda sátira en prosa o verso. Lo popular

no se resigna al reducido ámbito de una Academia o un salón aristocrático. Busca gran público. Necesita mucho auditorio. Por fuerza escapa a la limitación del libro y se refugia en la amplitud del teatro. Ahora, ya menudean las **Gacetas**. Se fundan talleres de imprenta en Bogotá, Quito... Uno de los mejores negocios de la época está en los cafés. Las gentes gustan de comunicarse. Los jovencitos aristócratas se pelean por actrices mestizas, de dudosa voz pero provocativas áncas. La **Comedia** y la **Gaceta** coexisten con la nueva Academia: la de investigación de la naturaleza nacional en cada país americano. Diversión y ciencia: y en la forma el estilo, por afrancesarse, abandona el empaque culterano y adquiere llaneza y lógica. América, a fines del siglo XVIII, adivina las dimensiones de lo humano.

19

EROTISMO Y NATURISMO

Al vislumbrar las dimensiones de lo humano, América descubre la importancia de la mujer. Hasta entonces, la mujer sólo tiene importancia precaria. Es la hembra que satisface los ímpetus sexuales de los recién llegados, y procrea mestizos; o es la dama enjoyada, la esposa, la dueña de todo respeto. Hembra o dama, todavía no es plenamente mujer. Pues que la hembra es nada más que sexo, y la dama, sobre todo rito. En la vida social del virreinato, la mujer asume un papel secundario. Los poetas la cantan arrebozándola de cualidades míticas, como temerosos de revelar sus condiciones reales. No aparece ninguna mujer-musa. Ello significa más de lo que se cree. Surgen entidades femeninas —musas— Cilene, Filis, Cloris, Clarinda, —mas no poseen corporeidad—. Abstracciones femeninas, no mujeres concretas. El pensamiento está un tanto castrado, y la literatura por consiguiente. La primera insurgencia mujeril concreta es la de la innominada mestiza. Cuando, en un "Pregón" del año 1690, el poeta Caviendes —limeño— dice:

Mando que las cuarteronas
tengan sin tasa el valor,
porque todo lo trigueño
anda caro el día de hoy.

se vislumbra ya lo que, más tarde —Frezier en 1712, Ulloa y Juan hacia 1750, Terralla y Landa hacia 1790, etc., han de constatar: la beligerancia decorosa de la mujer mestiza. A través de ella se prolonga la influencia de la raza negra, con su sensualidad, su licencia, su lirismo. Las mestizas o, más propiamente, las mulatas, resaltan por su lascivia y su coreografía. Ellas contribuyen al teatro, ellas a la simpatía popular. La Perricholi era mezticilla, también.

A partir de fines del siglo XVIII, la mujer se desprende de velos y rebozos; se presenta en toda su verdad; y aunque ajusta como nunca el talle, amplía la crinolina, aprieta el zapatico repiqueteador, hace más provocativa la saya y más insinuante el manto, aún está velada frecuentemente por alegorías más a la mano y, a pesar de ser episodio sensual, incita a la aventura a los poetas. Algunos, como el andaluz Terralla —que viajó por México y el Perú— la denostarán airadamente; pero bien se echa de ver, desde la primera estancia que hay rencor, por cuestiones profilácticas, en el ceño de Terralla.

Coincide con la insurgencia de la mujer, el interés por la Naturaleza. Se revela la influencia de los enciclopedistas y de los viajeros franceses, en este gusto por indagar la realidad física en que se vive. También en España se han reunido ya investigadores para formar Academia de unas como incipientes Ciencias Naturales. "La Enciclopedia gustó maniobrar en las cimas" comentará, ahora, Melchor Fernández de Almagro, en su "Origen del régimen constitucional en España". Las cimas —despotismo ilustrado, como se ve— estudian la naturaleza y caen entre las redes de la mestiza. En suma, mujer y naturaleza se alían; dos desnudeces contra todo el revoque y embeleco de atrás tiempo. Por eso, la Diosa de la Revolución Francesa, conjunta los términos en ebullición; mujer o amor, naturaleza o desnudez y verdad, razón o aspiración de quienes no la poseen por vivir impelidos sin cesar por el sentimiento. Una mujer desnuda como emblema de aquella inquietud un poco colegial, y, por tanto, excitada por imágenes de tal jaez, queda muy bien. Théroigne de Méricourt vale tanto como Danton; Marat muerto por Carlota Corday queda mejor que el incorruptible Robespierre.

En busca de amor y naturaleza, de lejanía y naturismo, los Románticos franceses escapan a menudo hacia América. "Atala", "René", "Los Natchez" buscan las montañas yanquilandesas. Desde antes, Marmontel halla el paradigma para una sociedad futura en "Les Incas". Partirán los amantes de "Ma-

nón" a buscar libertad y amor en tierras de América. Josefina Beauharnais impondrá su ritmo sensual de mulata antillana al persecutor de clacisismo que fue Napoleón. Goethe seguirá apasionadamente los trabajos de lustros y lustros que ocuparán a von Humboldt, después de su regreso del mundo "Equinoccial". Europa necesitaba este ingrediente inédito. El criollo Miranda conquista el amor de Catalina de Rusia, la extenuadora de varones. A Olavide lo reciben como ciudadano de la Revolución Francesa. La botánica se nutre de descubrimientos hechos en América. Ha de rectificar las medidas del meridiano terrestre en virtud de descubrimientos y exploraciones en América. Para mentes empenachadas, el Niágara, el Amazonas, el Tequendama, el Magdalena, el Guayas, los picachos del Alleghany, el Pichincha, el Aconcagua, indican ya un derrotero poético. Tal riqueza natural rima con las tesis de los Fisiócratas. La mujer se interesa por la economía que es, por esencia, naturista, agrícola. Dos autores insospechables, Gide y Rist, refieren en su "Historia de las Doctrinas Económicas" (París, 1926) cómo las damas de la corte, en Francia interrogaban sobre Economía a los prohombres de su época, y sabemos que Turgot, Necker, etc., estuvieron de moda. Se explica, pues, que el auge de la economía coincida con el climax de la pasión política, el desbocamiento de los sentimientos y el triunfo del erotismo. En el fondo de la iniciación romántica se oculta un evidente anhelo de reivindicación social y una inconformidad avasalladora.

En América, se ve claramente este hecho en el Libertador Bolívar. El héroe epónimo del trópico fue un político vidente, un amador insigne, un fervoroso de la naturaleza, sincerísimo, roussoniano desde la adolescencia, estratega de efectivo sentido realista, buen escritor epistolar, magnífico hacedor de proclamas y mal versificador. Mas, concretándose a lo que yo debo estudiar aquí, recalcaré que poseyó el sentido de la Naturaleza tan íntimamente que sus más grandes efusiones son ante ella, o... ante una mujer. En Casacoima, en el "Delirio del Chimborazo", en su formidable salto teniendo como escenario el salto del Tequendama, en Pativilca bajo el peso del desastre, siempre sus mejores cantos y fervores son para la naturaleza. La más señalada metáfora que se le dedica es la del indígena Choquehuanca cuando, en metáfora naturista, le dijo: "Su fama crecerá como crece la sombra cuando el sol declina". Al mismo tiempo, su vida está toda llena de mujeres. La adolescencia lo empuja a un torrentoso amor por Te-

resa de Toro, y los veinte años lo sorprenden ya prematuramente viudo y bajo el control del atrabilario y roussonian didacta don Simón Rodríguez. En su juventud en París, lo poseerá la afición, platónica o no, de su prima Fanny du Villars. Sus ojos afiebrados seducen a Luisa, la criolla de Jamaica, en cuyos brazos reposaba la noche que el puñal asesino fue a matar, por error, a uno de los edecanes en la hamaca del Libertador. Manolita Sáenz, la quiteña, le acompañará el resto de sus días y aún hasta le salvará la vida la "noche nefanda" de 1826 en Bogotá. Cuando se acercaba a un pueblo peruano, el gobernador recibe un oficio diciéndole que preparara para Bolívar, alojamiento, comida, buena cama, etc., etc., etc.: el gobernador entendió, conociendo la idiosincracia del Libertador, que tres etcéteras al pie de una cama sólo podían ser tres muchachas para el servicio erótico del prócer que montó en cólera al tropezar con tal sorpresiva, pero elocuente interpretación pueblerina.

El romanticismo se desencadena sobre América con la Independencia. En México, será más político que literario, porque la revolución nace del campo y se acerca al burgo, mientras que en las otras partes nace de la ciudad —y aun más del Palacio y la Universidad— para expandirse por los campos. Mariano Moreno, joven y brioso, con Monteagudo, erótico, mujeriego, impetuoso y vidente, encarnarán el pensamiento del romanticismo-político argentino. Vidaurre, representante del Perú ante el Congreso de Panamá, de 1826, será un hombre erótico y amante de la naturaleza. En "Cartas Americanas" (1823) se revelará el genio contradictorio, laberíntico y mujeriego de este gran ególatra. Pero, antes del auge bolivariano, ya había surgido el primer escritor en quien se revela claramente, el alma anticolonial: Mariano Melgar.

Este humilde poeta, nacido en 1792 y muerto en 1815 tiene una breve y sintomática existencia. Seminarista, en su pueblo nativo, —una provincia cisandina en el virreinato del Perú— se distinguió traduciendo a Ovidio, Virgilio, Horacio. A los 18 años tuvo dos sorpresas: conoció el mar y a una niña de 11 años —María Santos del Corral— a la que llamaría *Silvia* en sus poemas. Supo, también, de las inquietudes por la Libertad, y ahorcó sus hábitos. Cantó, en adelante, a *Silvia*, pero no en idilios occidentales, sino en dolidas endechas indígenas, en tiernos y lacrimosos yaravies quechuas, en el tono de despedida que caracteriza la poesía amatoria del haravec. Su "Carta a *Silvia*" es un modelo de tristeza, amor y mal gusto.

Si alude a las costumbres de su época, Melgar apelará a la fábula, como los indios quechuas. Encarna lo popular y lo autóctono, vestido de angustia romántica. Tenía 22 años cuando se sublevó el Cacique Pumacahua en el Cuzco. Melgar se alistó bajo las banderas insurrectas por la emancipación, y combatió hasta la postrera batalla de Umachiri, en 1815. "Su cañón —cuentan los biógrafos— fue el último en disparar". El auditor de guerra que rubricó su sentencia de muerte se casaría años más tarde con Silvia... Así, entran, unidos, **amor, tristeza, indigenismo y naturismo** en la expresión americana. Coinciden con la acción revolucionaria. No es posible negar que ya adviene otro tiempo. Se pueblan los senderos de insurrectos, y los oídos de poemas henchidos de pasión. Jóvenes, jóvenes son todos los que indican el rumbo. Si lo clásico es, según la frase de Alfonso Reyes, "la mineralización de las ideas", indudablemente en aquella hora acezante lo clásico estaba proscrito del ideario, la sensibilidad y la acción de los americanos. Pero, era el primer compás tan sólo. Significaba el grito rebelde. Al par se reforzaba el antiguo régimen, aunque cubriéndose bajo el manto de lo nuevo.

La presencia de la mujer no es sólo literaria, es también política. Por aquel entonces vira, pues, de la Economía Doméstica a la Economía Política. Como mujer de pueblo, actúa y se sacrifica. La **Quintrala**, en Chile; la **Pola**, en Colombia; la **Bellido**, en Perú mueren por su causa política. Más tarde, la mujer de Balzu, uno de los tiranuelos bolivianos, actuará aunque con distinta manera... Como mujer de la aristocracia criolla, no rendirá la vida, pero, sí, conspirará. La Marquesa de Tagle, la de Gislas, las Iturregui, la Ferreyros, promueven, en sus salones, complots. La independencia se opera en virtud de un fenómeno económico —la protesta de los terratenientes criollos— que desemboca en un estado de espíritu exaltado. Pero, la cultura no se transforma, y, a pesar de todo, la costumbre sigue siendo la misma.

DOS FRENTES Y UNA SOLA COSTUMBRE

El romanticismo preliminar se va. Apenas asentaba la Independencia, la nueva clase dominante que, económicamente, pertenece al mismo frente aristocrático y latifundista de los españoles gobernantes, vuelve al ritmo clásico, por un mo-

mento alterado en virtud de la fermentación de tan contradictorios elementos. Al propio Bolívar le ocurre, en lo político, la tragedia de la cultura y de la economía de entonces. Comparémos:

Bolívar representa el romanticismo roussoniano y bonapartista, a su pesar. Pues a Bolívar le acechan y derriban Santander, encarnación de la letra, de lo clásico, de lo conservador y la ley escrita; y Páez, símbolo de la barbarie, de la violencia, del autocratismo, del mestizaje implacable... Económicamente, Bolívar es la ideología y la posición liberal individualista y fisiócrata, mientras Santander encarna al corregidor y al colonista, y Páez representa la economía primitiva, ganadera, pastoril y, en cierto modo, feudal. Literariamente, Bolívar es la naturaleza exaltada como fuerza; Santander, el libro y la Universidad; Páez, la humanidad, el hombre contra la Naturaleza, Bolívar será liberal y chateaubriandesco; Santander, feudal y moratinesco; Páez, salvaje patriarcal y folklórico. En puridad de verdades, la hora fue de Santander y de Páez. Traducido en términos literarios: clasicismo y costumbrismo, tradición y folklore, que no son exactamente lo mismo en este caso.

A través de la costumbre se pretende formar el nacionalismo. En verdad, se confundía la envoltura con la idea misma. Bolívar mismo reunió, en su torno, a clásicos indudables. El hispano-limeño Pando, autor de la "Epístola a Próspero" será un cultor de la tradición clásica que era tradición española. Andrés Bello, el insigne venezolano que plasma el espíritu de Chile conoce a maravilla los secretos del idioma, la leyenda de Rolando y las hazañas de Turpin y Olivero, canta afisocrática y clasicistamente "A la Agricultura de la Zona Tórrida" y redacta los Códigos de Chile. Hipólito Unanue, peruano, médico y consejero de virreyes, actúa de Ministro de Hacienda, sin haber roto su vínculo espiritual con la Colonia. El guayaquileño Olmedo será un persistente poeta clásico desde su "Elegía a doña María Antonia de Borbón" hasta la "Oda a Miñarica". Los nuevos gobernantes cultivan lo clásico; se reúnen en Academias; repiten los versos españoles y sonríen ante la costumbre popular exaltada y liberada por la Independencia. Realmente, la costumbre popular es lo único libertado entonces.

De ahí que incidan en la costumbre, todos. En México será la hora de Fernández de Lizardi, el incansable folletista. Su "Periquillo Sarniento" considerado por Pedro Henríquez

Ureña como la primera novela, cronológicamente, de América, traza un agudo cuadro de costumbres; y lo mismo son su "Catrin de la Fachenda" y otros. En Argentina, que permanece dueña de un ritmo propio, señor de su destino, Azara y el Dean Funes, siguen, en serio, las huellas humorísticas de Concolorcorvo, aquel misterioso mestizo cusqueño, autor del "Lazarillo de Ciegos Caminantes", en donde ameniza el relato de un viaje por Río de La Plata y Charcas hasta el Centro del Perú, con sátiras punzantes, magníficos cuadros de los "gauderos", consideraciones sociológicas, a veces observaciones literarias y siempre un firme derrotero geográfico. En Cuba, combatidos por la censura política implacable, Saco y Del Monte tratarán de acercarse a su realidad, y desde la **Revista Bimestre Cubana**, clausurada al punto, o desde la Academia de Literatura, o desde diversas hojas, se abrirá estudio sobre el vivir de la Isla. El costumbrismo en el Perú adquiere un tinte característico: político. Por 1829, regresa de España, a donde había ido a estudiar con Alberto Lista, don Felipe Pardo y Aliaga. Este Pardo era hijo de un Oidor español que coadyuvó con su firma a la sentencia de muerte contra los rebeldes de 1814; era rico terrateniente y furibundo enemigo de la democracia. Sin embargo, al llegar al Perú escribe una oda "A la Libertad" que en verdad es un canto a don Agustín Gamarra, entonces Presidente del Perú. El joven hispano peruano experimenta la tentación de demostrar su eficiencia y, poco después, escribe y lleva a las tablas una comedia intencionada y moralizante, intitulada "Frutos de Educación". Los 24 años del joven Pardo arremetieron contra la "educación", mas no contra los fundamentos mismos de ésta, sino contra las apariencias. Un joven que no sabía saludar, ni usar los cubiertos de mesa, y que jugaba carnavales con agua, era un "mal educado". Como el protagonista se llamaba Bernardito, el chispeante clérigo Larriva escribió fáciles décimas para reirse de Pardo y su pulcritud europeizante, apodando desde esa fecha Bernardito al joven escritor. Una paliza "costumbrista" y totalmente "clásica" fue el momentáneo epílogo del duelo versificado entrambos. Pardo continuó escribiendo letrillas, romances, poemas de corte satírico, siempre contra las costumbres criollas. Su enfado ante la democracia se transparentó mejor cuando su hijo don Manuel cumplió los 21 años, entrando a la ciudadanía, pues

"Feliz, hijo mío, tú
que veintiún años cumpliste;
feliz, porque ya te hiciste
ciudadano del Perú;
feliz porque eres igual,
según lo mandan las leyes,
al negro que unce tus bueyes
y al que te riega el maizal",

rezongo malhumorado, inútilmente vestido de gracejo en donde se revela la rabia de un señorón latifundista, herido de tanta aparente igualdad. Su hijo Manuel fundó el Civilismo peruano y fue Presidente de la República; poco después, cayó asesinado. Su nieto, sería también Presidente del Perú. Acaso el biznieto...

Pero, al par que Pardo, escribía Manuel Ascencio Segura, casi de la misma edad. Segura tenía también ascendencia española, y había combatido, en Ayacucho, contra la libertad. Pero, Segura se identificó con el alma popular. Escribió letrillas, romances, canciones de corte plebeyo, chistoso, sin intención satírica. Enamorado de la costumbre criolla, la regañó amablemente en su teatro. Abrió el teatro peruano con sainetes que duran hasta hoy día. "Ña Catita", "El Sargento Canuto", etc., sobreviven a su autor. Como de Pardo nos ha llegado, fresco y donairoso, el engreído y tontuelo "Niño Goyito", personaje del artículo titulado "Un viaje". El Perú era, entonces, todavía muy colonial. Bolívar, clarivamente, había dicho en su "Carta de Jamaica" que al Perú lo perderían el oro y los esclavos, y ello se comprobaba línea a línea. Por eso, mientras Segura, cantor y vernáculo sobrelleva una vida oscura, modesta, con puestos secundarios, y, para mayor ironía, una tuertez ciclópea, don Felipe Pardo ostenta una biografía formidable: Ministro Plenipotenciario, Consejero de Estado, Ministro de Estado, etc. El teatro amanece con Segura, y, por ende, el costumbrismo. La risa de Segura se prolonga en el eco, sanamente. La de Pardo se encierra entre los labios bastante amargada, y sin embargo triunfal.

El teatro es escogido como tribuna. Las generaciones posteriores a la Revolución, no se resignan con el folleto. Hay que dialogar cara a cara con el público. En el teatro se diferencian netamente la tendencia popular de la aristocracia, el plebeyismo del aristocratismo. La colonia de la República. Un español de nacimiento, Gorostiza, representará lo más señero,

pero inefablemente clásico en el teatro español de entonces, y un mexicano, Fernando Calderón, el arranque hacia una escena romántica, mitad nostálgica de cuadros exóticos, mitad prendada de su propia tradición. Se aproxima un recrudecimiento del romanticismo, porque el contacto con el público es ingrediente anticlásico. Además, el mundo ha pasado ya su etapa clásica. Napoleón I rompió los fuegos contra el primer romanticismo, y para eso se desembarazó de Josefina, la criolla, reemplazándola por una rubia y clásica archiduquesa abo-lengada; para eso trató de establecer un monopilio político, elaboró un Código Civil, una etiqueta y una policía firme como fue la de Fouché. Después, la vuelta de la monarquía y la Santa Alianza representan el consiguiente entronizamiento clásico. Fernando VII es el anti-Quintana. Mas, ahí mismo se esbozan ya los gérmenes de un recrudecimiento romántico. El gran público reacciona contra el clasicismo. Marcha hacia la revolución. Y otra vez se alza, guiador y ondulante, el penacho romántico, mas con diferente contenido al de antaño. Ahora, por 1830, se palpa su sentido social.

*
**LITERATOS ECUATORIANOS
DE LA COLONIA**

ISAAC J. BARRERA

GASPAR DE VILLARROEL

Es una de las figuras literarias de mayor consideración en la Colonia. Con Villarroel se cumple la ley de continuidad intelectual que parecía haberse roto con el sólo hecho de la Conquista y por el influjo inconcebible de apartamiento de la tradición verificado al atravesar el océano. Villarroel es uno de los intelectos vigorosos de la Edad de Oro de España: tiene fuerza de pensamiento, gracia de estilo, abundancia de imágenes. Es pródigo como Lope; es humilde y bueno como San Juan de la Cruz, y su prosa tiene sonoridad y limpieza, es amena y digna, y cuando trata de cuestiones teológicas y místicas tiene intuición y candor, intuición para penetrar en las honduras metafísicas, candor para expresarlas con frase sencilla que conmueva a las almas. Su talento acaso hubiera pasado inadvertido mucho tiempo de no haber sido además un orador, un gran orador, que supo dominar con la palabra a las multitudes y que con ella se abrió camino a través de los mares, para llegar a España y para vencer en España.

La obra que ha dejado Villarroel es voluminosa, y aparte de la representación de cada uno de sus libros, nos interesan ahora porque son un venero inagotable de datos de la vida Colonial, con los cuales pueden reconstruirse muchos aspectos, hasta en los pormenores; nos interesan porque en esos libros encontramos el dato biográfico de esa alma sin complicaciones, es cierto, pero que revive constantemente ante nosotros contándonos escenas que le sucedieron desde la niñez, palabras que oyó de labios de los políticos españoles que gobernaban América, dignas de figurar en *El Príncipe*, conceptos comunes en ese tiempo y que tan extraños nos parecen ahora.

En el fluir de la gente española que andaba por América en busca de acomodo, le tocó nacer en Quito a Villarroel, como

pudo haber nacido en Guatemala, en Venezuela, en Santa Fe o en el Cuzco. Azares de la vida son los que contribuyen a que los hombres pertenezcan a tal o cual lugar; de lo que no pueden esquivarse escudándose con la casualidad es con la influencia del recuerdo y con la influencia de la raza. Villarroel no podrá olvidarse que nació en Quito, "en casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme", y reclamará siempre los derechos de casta, los derechos de raza. Aun ahora acontece que en Europa se cree en la persistencia de la América india; por el tiempo en que vivió Villarroel en España se forjó un extraño y estúpido concepto: el español de América era un indiano y por lo mismo de inferior condición. Al pasar los mares había perdido todas las cualidades españolas para convertirse en el indio de las selvas. Villarroel reclamó fuertemente contra este prejuicio, pues él era descendiente de españoles y sangre española corría por sus venas. La mala administración española no quiso recoger este aporte que le llegaba del Nuevo Mundo y por eso fué cavando cada día una separación que ahondándose cada vez más hasta que culminó en la guerra de emancipación. Sólo ahora, al cabo de tantos siglos y de tantos desengaños, España vive queriendo reconocer que América es su prolongación, o más bien dicho, que si ha de revivir de su caducidad será en este continente.

¿Qué sabemos de Villarroel? Muchos escritores se ocupan de Villarroel en tiempo de la Colonia y han seguido ocupándose después, por imponerse en alto grado el volumen y consideración de su obra, por causar extrañeza que ella se produjera en los albores del coloniaje o porque la vida de este escritor está ligada a la vida pública de varios países de América. Varios son los escritores que han escrito sobre Villarroel; pero se puede decir que es el mismo Villarroel el que ha dejado consignada en sus obras la mayor cantidad de datos con los que se ha podido reconstruir su vida y escribir una biografía. Cuando Villarroel deja la pluma, cuando ya no escribe libros, la anécdota biográfica se pierde y nada se sabe ya del hombre hasta que muere.

A cuatro estudios principales tenemos que referirnos para tratar de este escritor ecuatoriano: de Pablo Herrera, del P. Nicolás Concetti, de Gonzalo Zaldumbide y de Honorato Vásquez. Ellos nos dan cuanto podemos necesitar para nuestro estudio: el dato biográfico, la bibliografía de las obras que escribió Villarroel, la exégesis de sus libros y la apreciación crítica de su literatura.

Cuando Fr. Bernardo Torres, cronista agustiniano de la Provincia del Perú pidió a Villarroel datos acerca de su vida, éste le contestó desde Arequipa, en 8 de agosto de 1654: "nací en Quito, en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme, porque se había ido mi padre a España". Por datos de escritores contemporáneos a Villarroel, se ha fijado el año de 1587 como el del nacimiento de este escritor ecuatoriano. Era hijo del licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña, natural de la ciudad de Guatemala y de Ana Ordóñez de Cárdenas, venezolana. ¿Por qué azares de la fortuna llegó a Quito este matrimonio? Se sabe por lo consignado en el **Gobierno eclesiástico pacífico** que residían en Bogotá en 1583, cuatro años antes del nacimiento del escritor; les encontramos después en Quito, y luego en el Perú. ¿Iban buscando tierra donde acomodarse? ¿Fue la intención establecerse en Quito o solamente estuvieron de paso, con dirección a la más afamada tierra del Perú? Nunca lo sabremos. Ni siquiera sabemos con seguridad si nació en esta capital del antiguo reino. Ya hemos leído la carta de Villarroel en que afirma que nació en Quito; pero esta denominación para entonces no precisaba el lugar, porque con el nombre de Quito se designaba a toda la provincia, es decir a todo el reino, como en el nombre del Perú quedó incluido también mucho de lo correspondiente a Quito. Si hemos de creer a Fr. Bernardo Torres, a Asceray, a Pablo Herrera, Villarroel nació en la ciudad de Quito; pero si se ha de dar crédito a Fr. Francisco Loyola de Vergara quien pronunció la oración fúnebre por Villarroel, éste fue de Riobamba, cosa igual que aseveraron Peralta, el autor de **Lima Fundada**, otros cronistas agustinianos y también nuestro Alcedo. Por supuesto que no faltó contemporáneo que le hiciera de Lima, lo que no puede sostenerse atendiéndose tan solo al testimonio del mismo Villarroel en el párrafo de la carta copiado antes. ¿Qué mucho que no se haya precisado hasta ahora este punto relativo al nacimiento, cuando cosa igual sucede con los escritores españoles de este tiempo? En América el desarreglo administrativo, el descuido de los archivos, los trastornos causados por los levantamientos y rebeliones y la poca importancia que debió darse a las particularidades dentro de las grandes regiones de conjunto que formaban los virreinos y las capitánías, hacían explicable que se comprendiera bajo una denominación general todo lo concerniente a una región, y los trastornos y terremotos hacen imposible rastrear el dato cierto en la difícil paleografía de los escribanos de este tiempo. Quizá algún día pue-

da encontrarse la fe de bautismo de Villarroel y se salga de esta pequeña duda. En todo caso, Villarroel es cuatoriano.

Lo que sí parece indudable es que la familia de Villarroel se encontraba solamente de paso y que algún acontecimiento imprevisto obligó a la demora tal vez de algunos años. El padre de Villarroel partía a España, mientras su esposa daba a luz al futuro escritor. El licenciado Villarroel fué uno de los mayores letrados que se vieron en las Indias, si se ha de creer a su hijo; fué también poeta; tenía nobles y valiosos entronques; era pariente del arzobispo de Bogotá, Fr. Luis Zapata de Cárdenas; y su ambición debió empujarle hacia un centro de consideración en el que pudiera lucir su talento, y este centro no podía ser otro por entonces que Lima, la ciudad de los Virreyes a la cual afluían todos los hombres de consideración que se sentían con ánimos para luchar y vencer.

Según Ascaray, Villarroel debió pasar su primera infancia en la ciudad de Quito, en la cual fué alumno del Seminario de San Luis, aun cuando Villarroel en su carta al Pontífice, refiriéndose a Santo Toribio, dice que tuvo ocasión de ver al Arzobispo de Lima cuando tierno niño le llevaron para que le confirmara y le siguió viendo cuando adulto y pudo darse cuenta de las virtudes de ese Prelado. ¿Después de la confirmación, regresó a Quito? En todo caso la confirmación no debió ser en muy temprana edad cuando apelaba a su recuerdo.

Lo que sabemos, como sabremos otros muchos datos más, por confesión del mismo escritor es que cuando niño era muy bonito y que como a tal le criaron con poco castigo. Sabemos que concurrió al real Colegio de San Martín de Lima, que formó parte de la brillante juventud intelectual que por entonces residía en la ciudad de los Reyes, que ya era conocido como prosista de grandes bríos y como hombre de facundia ordenada y profunda y que, además, componía poesías al par de los poetas Mexía, Montes de Oca, Pedro de Oña y otros.

Veinte años tenía cuando en 1607, ingresó en el instituto agustino de Lima. En sus libros se encuentran frecuentes y desenfadadas alusiones a la época del noviciado, bien que duró sólo un año, pues que en 1608 pronunció los votos solemnes.

Desde mozo, el adolescente de figura seductora, cobró fama de inteligente e instruido. "Aunque estudié mucho, dice, supe menos de lo que de mí juzgaron otros". Es la verdad que desde los primeros momentos fue considerado como hombre de vasta preparación en las letras y la ciencia teológica. Estudioso constante iba hirviendo el ingenio al calor de la ju-

ventud y se estaba espumando ya, según sus propias expresiones, para emprender en los serios trabajos en que le vamos a encontrar muy pronto.

En su primera juventud de religioso dictó clases de teología escolástica y expositiva y desempeñó los cargos de Prior, Vicario Provincial en Lima y el Cuzco, mientras proyectaba ya la gran cantidad de obras que iba a producirle fama y a ocupar toda su vida. Y mientras obtenía el grado de Doctor en Teología en la Universidad de San Marcos, disputando para ello sobre cuestiones quodlebélicas, escolásticas y positivas.

Sus primeros triunfos obtuvo con el poder de su elocuencia. Desde los comienzos adquirió celebridad con sus sermones. Tenía las condiciones que debe tener un orador: una figura agradable, un ademán elegante, una voz sonora y persuasiva, una voz con la que se matizan las pasiones, con la que se conmueve y se alarma, se excita y se sosiega, se causa admiración y dolor, se sabe conmover los ánimos y levantar a las multitudes.

Solórzano Pereira había asistido a un sermón de Villarroel. Cuando llegó a su casa impresionado por el fervor oratorio del fraile, exclamó: "Más quisiera predicar como Villarroel, que ser oidor". Hay que recordar que Solórzano además de oidor, era también orador formidable, que lo mismo hablaba en romance que en latín, como miembro de los Consejos de Hacienda de Indias y de Castilla. Fue escritor excelente, notable juriconsulto. De entre sus muchas obras hay que desprender la **Política Indiana**.

La fama de sus estudios y predicación le proporcionó la simpatía del Reformador General Fray Pedro de la Madriz, quien le eligió para su compañero y secretario en la visita que hizo a toda la Provincia y fué el paso que le abrió, la puerta que le condujo a los otros cargos ya mencionados.

"Mis padres me llevaron a Lima, mi ambición a España", escribía Villarroel, quien concluido el Priorato del Cuzco fué elegido Procurador en la Corte española. "Tuve oficios en que me puso no la santidad sino la solicitud", escribe el fraile; pero ello debió ser modesta excusa de sus triunfos; mas de creer es al P. Concetti quien asegura que en el tiempo de la Colonia era usanza recibida en todas las provincias la de enviar a la Metrópoli a los mejores sujetos.

He aquí, pues, cumplida una primera etapa de la vida de este gran fraile, cuya fama iba a crecer y cuya obra sería de

tanta consideración, que merecerá ser admirado por todos los hombres entendidos de España y de América.

* * *

Ya tenemos a Villarroel en España. Se iniciaba un movimiento contrario al tan común de ese tiempo; en lugar de buscar en América la fortuna se iría a solicitarla en España. A España volvían desde Flandes los que iban a pedir mercedes al Rey por los servicios prestados; a España iban los descendientes de los incas o de los reyes indios despojados, a pretender una indemnización; el viaje de Villarroel tenía otro carácter, un hijo de españoles regresaba a la Madre Patria no en busca de reconocimiento sino a conquistarla. Nuevo éxodo que se repetirá muchas veces a lo largo de la historia.

A España le precedía la fama de ser "perulero" y de sus talentos ya reconocidos de escritor y orador sagrado. Los ricos Oidores de Lima, escribían para favorecer las pretensiones del joven criollo, y los jesuitas, a fuer de agradecidos, no dejarían de recomendar a Villarroel la atención de sus hermanos en religión por el brillantísimo discurso que había pronunciado en Lima en honor de San Ignacio.

Este viaje a España da lugar a una disquisición histórica: en la "Serie Cronológica de los varones ilustres que ha producido la Universidad pública y nacional del angélico Dr. Santo Tomás de Aquino, etc.", se encuentra el dato de que Villarroel, Obispo de Santiago de Chile y Arzobispo de Charcas se graduó de Doctor en Quito el año de 1630. Este acto no pudo tener lugar sino cuando Villarroel se dirigía a España e implicaría un profundo amor a la tierra de nacimiento. Por desgracia, su obra es demasiado explícita acerca de todos estos puntos: en primer lugar es poco probable que hubiera efectuado su viaje a España por la vía del Norte, y antes bien se cree que hizo por la vía de Buenos Aires, acompañando al Visitador Madriz y esta creencia encuentra apoyo en las propias obras de Villarroel cuando da a entender que estuvo en Paraguay, Tucumán y Buenos Aires. Respecto del segundo punto, ya veremos cómo cuando Villarroel se encuentra en la desolada Chile recuerda a Lima con la nostalgia de un desterrado, porque Lima encierra para él todo el recuerdo de su niñez y de su juventud.

Por lo demás hay que creer también que de Buenos Aires pasó a Lisboa donde se detuvo para publicar el tomo primero

de sus **Comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los evangelios de la cuaresma**. Esta obra se publicó en 1631 y constituye el aporte de sus obras de juventud.

Esta era la primera obra publicada pero no escrita; pues que años antes y como preparando su viaje había enviado tres volúmenes sobre los Evangelios de la Cuaresma que no pudieron publicarse por no haber llegado a España: en el prólogo del libro que apareció en Lisboa, Villarroel dice: "Heme expuesto a ellos por algunos motivos de consideración, y el que sólo fué presuroso a que me apresurase, fué haber robado Olandeses, una nao en que remitía un tanto de aquestos libros, y no saber qué fortuna corrieron ellos, que a ser verdad que los rasgaron herejes, será presagio de felicidad que, cuando comienzo a servir a la Iglesia, blasfemen mis escritos enemigos de la fe".

Además ya corría en los círculos literarios y religiosos de España, el sermón predicado en Lima sobre San Ignacio de Loyola que le valió la admiración y el reconocimiento de los jesuitas españoles, quienes lo demostraron el 1634 cuando Villarroel estuvo en Sevilla, honrándole con un acto científico literario; acto que se replicó en la ciudad de Córdoba, "como pudiera un maestro en Salamanca". Corría también impreso otro sermón predicado así mismo en Lima sobre San Agustín y corría la fama de docto y la de eximio orador. Aun más estaba en la Corte su gran amigo y admirador Solórzano y Pereira quien era un pregonero de la fama del agustino quiteño.

No era extraño, pues, que con tales antecedentes la acogida que se le dispensara en la Corte fuera proporcionada a los méritos, que siguieron aquilatándose con el buen éxito que tuvo el libro publicado en Lisboa y que preparó un triunfo mayor para el segundo tomo publicado en Madrid y para el tercero que se imprimió en Sevilla. La edición se agotaba y andaba preparándose ya una nueva, nos cuenta el escritor. "Compuse unos librillos, juzgando que cada uno había de ser un escalón para subir".

Pero el mejor vehículo para este objeto era su elocuencia, y como orador piensa el escritor y como orador procede: cuando escribe sus libros lo hace hurtando el tiempo al púlpito y porque sus comentarios son apetecidos por los predicadores prepara los sermones vespertinos. Y como orador continúa su fortuna en Madrid en donde los cortesanos del Rey le conceden su amistad, desde el Conde Duque de Olivares y el Conde del Castillo, Presidente del Supremo Consejo de Indias, hasta los otros grandes señores y aún los mejores teólogos, como el

gran Melchor Cano. El Presidente del Consejo de Indias le pidió cierto día que predicase en el convento de Constantino-pla, y después de escuchar al criollo fué tanto su entusiasmo que ordenó que se llevara en su coche al predicador hasta el convento de San Felipe en que moraba, y luego le tomó a su cargo para protegerle y honrarle, consiguiendo, primero que se le nombrara predicador del Rey, insólita distinción; y luego Obispo de Santiago.

Mientras se complacia en cosechar laureles como orador, su pluma seguía infatigable, "porque el escribir ha sido en mí una tentación continuada desde mi tierna edad". En España escribió y publicó un grueso volumen sobre los **Jueces**, mientras seguía publicando las otras obras que había llevado preparadas desde América, y planeaba las que continuaría escribiendo. En el Libro sobre los Jueces anunciaba las Dominicas y fiestas de los Santos, "en que no tiene trabajado poco".

La ambición le había llevado a España; la ambición iba a volver a traerle a América. Después de haber permanecido cerca de ocho años en España se resolvió a aceptar el Obispado de Santiago. "Fuí tan vano, escribía más tarde, que para no aceptar el Obispado no bastó conmigo el ejemplo de cuatro frailes agustinos, que, electos en aquella circunstancia, no quisieron aceptar". "Ninguno de éstos quiso ser obispo, y sólo yo aconsejado de mi poca edad y apadrinando mi ambición la corta experiencia del tamaño de la carga, me eché al hombro un peso con que castigado gimo". La poca edad de Villarroel entonces era la de cincuenta años.

Y ya le tenemos otra vez en América, acompañado de su fiel amigo y compañero el P. Luis de Lagos, sobre quien y sobre cuya amistad habría que escribir un capítulo especial. El regreso lo verificó por Cartagena y Panamá.

Lima era la ciudad de su juventud, de sus primeros triunfos, de sus mejores amigos y la recepción que le hizo fué entusiasta y cariñosa. Las autoridades civiles y eclesiásticas le honraron como merecía.

Se conserva el recuerdo de dos célebres visitas: el Obispo electo iba a visitar al Virrey, que era el Conde de Chinchón; al saberlo el Virrey, puso dos caballeros de su casa para que le esperasen al pie de la escalera, y le recibió casi a la puerta de la primera sala. El Obispo tomó asiento en la silla igual a la del Virrey. La conversación fué cordial y amistosa.

Esta fué la primera visita. Recibida la consagración, fué a despedirse Villarroel del Virrey y éste le devolvió la cortesía

haciéndole una última visita que se halla referida en el **Gobierno Eclesiástico**: "Hízome un discreto preámbulo como paladeándose el gusto para darme un consejo. Cargó la mano en alabarme mucho, como el diestro barbero que antes de picar con la lanceta, la trae por el brazo. Tanto amarga en el mundo un buen consejo que le pareció al Virrey que era bien almi-
bararlo, siendo de tanta importancia uno que me traía. Díjome que en España ya eran conocidas mis letras, que el Supremo Consejo me había visto en el púlpito, que mis escritos andaban impresos, y a esto añadió otros favores como captando la benevolencia del oyente: "Yo soy ya, me dijo, gobernador y viejo: V. S. está en España conocido por las partidas todas referidas; lo que no se puede saber es si sabrá gobernar. Y así quiero darle un consejo brevísimos, en que se cifra toda la razón de estado que cabe en un buen gobierno: no lo vea todo, ni lo entienda todo, ni lo castigue todo". He procurado seguir este consejo y débole a él toda la paz que he gozado". El prudente consejo del Virrey no desentonaría junto a aquellos otros contenidos en **El Príncipe**: es necesario a un príncipe que quiera conservarse aprender a no ser bueno, para serlo o no, según la necesidad lo exija.

El consejo del Virrey llegaba a su tiempo porque consagrado Villarroel en 1638 se disponía a marchar a su lejano Obispado. Santiago era entonces el pequeño centro de una Audiencia alborotada. La guerra con los indios de Arauco obligaba al mantenimiento de un ejército permanente que llegó a un estado de escandalosa desmoralización: era el reinado de la soldadesca desenfrenada. "Hemos visto, escribe Villarroel, en este reino matar los soldados a un indio sólo por quitarle un caballo que han de vender por un peso y despedazar a una india por robarle una manta". Las autoridades civiles tenían necesariamente que escogerse entre gente capaz de dominar tanta bravuconería y así se explica como estos poco flexibles Oidores descargaban el peso de su poder en las autoridades eclesiásticas que no serían tan difíciles de dominar como los soldados. El antecesor de Villarroel tuvo una enconada disputa, a consecuencia de la cual abandonó el obispado, sin licencia del Papa ni del Rey y se marchó a España, echando pestes contra la Audiencia, después de haberse conseguido un itinerario para no tocar con Oidores en el camino.

En esta situación llegaba Villarroel. Pero el Obispo no era una persona común; le llevaba ante todo el impulso de conquistar la gloria, y tenía después un acopio de meditacio-

nes en las que había estudiado profundamente su caso y lo había resuelto de modo satisfactorio. Iba con la confianza de vencer y no le importaba que sus amigos consideraran a Santiago como a lugar de destierro. "Triste cosa será, le escribía en 1646 el Dr. Nicolás de Polanco de Santillana, morir en esta Libia desterrados de nuestra patria en ajeno sepulcro". Villarroel llevaría la paz y la concordia, impulsaría el progreso, sentaría un ejemplo que fructificara.

Y así fué, en efecto, las antiguas rencillas desaparecieron; no tuvieron lugar los ruidosos litigios de competencias, y se estableció la mejor armonía entre las autoridades. Del esfuerzo que hizo entonces para asentar la concordia en ese medio hostil y tan poco preparado a las resoluciones pacíficas, saldría su gran obra, la que iba a ser el depósito de su experiencia y de sus vastísimos conocimientos. El resto lo haría su palabra elegante, elocuente, sabia.

El patronato ejercido por los reyes españoles en la iglesia católica era causa para que en América, sobre todo, tuviera tal extensión que fuera motivo para innumerables abusos de parte de las autoridades civiles que en todo acto de la autoridad eclesiástica querían mantener lo que hoy diríamos el control, a fin de que los derechos de S. M. no fueran lesionados en lo más mínimo. De allí provenían los frecuentes disgustos entre los Oidores y los Obispos. Establecer el equilibrio con el conocimiento justo del derecho de cada uno y con el examen de los infinitos casos que en el gobierno de América podían suscitarse es lo que se propuso Villarroel con su gran obra **El Gobierno Eclesiástico Pacífico**, obra que para transigir con el mal gusto de la época lleva también el título de **Concordia y unión de los dos cuchillos**, título, por lo demás, de un simbolismo fácil de comprender.

El Marqués de Baidés, Presidente de la Audiencia de Chile, con todo de ser uno de los soldados de esa época y en aquel país, no pudo menos de reconocer los beneficios del comportamiento de Villarroel y de la obra que había escrito en corroboración. "He visto algunos muy doctos papeles de los señores Oidores, en que con sus muchas letras alaban los libros de Vuestra Señoría y a mí como soy soldado no me toca aprobarlos; pero aunque no he estudiado, tengo de alabar el título de ellos que me dicen que es "Gobierno Eclesiástico Pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio"; y lo que yo alabo es que Vuestra Señoría haya hallado traza para pintar el estilo con que gobierna, y que como buen Pastor haya

ejercitado ocho años enteros lo que ahora escribe en estos dos libros, pues en todas las Indias nunca hemos visto Prelado tan pacífico. Y es cosa muy para admirar que tenga tanta afición a los Ministros del Rey, y esto en tierra donde los Obispos han tenido con ellos tantos encuentros; y no contentándose con lo que les ama y con lo que les honra, escribe libros para que los amen y los honren los demás Prelados. Veo que se abrazan en otros gobiernos los Magistrados y los Obispos; y éste de Vuestra Señoría, ofreciéndose cada día tantas ocasiones, porque es forzoso que cada uno tire por su jurisdicción, no ha excomulgado no sólo Oidor, pero ni Alguacil”.

Pero si con su inteligencia pudo apañarse la paz, la naturaleza vino a turbarle de extraordinaria manera, amenazándole aún con quitarle la vida. El 13 de mayo de 1647 un movimiento de tierra conmovió a la ciudad de Santiago y los edificios se desplomaron y cayeron. También Villarroel quedó entre los escombros y de ellos fué sacado con una herida en la cabeza y muchas contusiones en el cuerpo. Pero entonces la piedad que era congénita en su corazón, el cumplimiento de su deber, en el cual fué exagerado, y el convencimiento de su poder oratorio, hicieron que en tal aflictiva situación se portara como un verdadero Apóstol. La alarma del pueblo fué calmada por el orador, quien haciéndose subir en hombros ajenos sobre un bufete, comenzó a predicar, a dejar caer el bálsamo de la palabra lenificadora, a ahuyentar la angustia y el temor. Villarroel, herido y maltrecho como estaba, predicó por cerca de dos horas y su voz de consuelo fué escuchada pasando por sobre los escombros a más de tres cuadras de distancia.

Y luego, a devolver la paz a los espíritus, a reedificar la ciudad.

Sin embargo hay que decir que en Santiago cumplía con su deber, pero vivía muriendo; tenía nostalgia de Lima: “tengo a Lima en el corazón”, y manifestaba el deseo de cambiar de clima por ser el de Santiago muy adverso para su edad. Debió ser, pues, con agrado como recibió las cédulas y bulas de promoción para el Obispado de Arequipa, en 1651. Con la ancianidad sus virtudes fueron aerisolándose y subiendo de punto su anecdotario piadoso y caritativo.

De Arequipa fué elevado al Arzobispado de Charcas, una de las sillas metropolitanas más antiguas de la América del Sur. Esto sucedía en 1660.

El dato biográfico se aleja y escasea, porque Villarroel no escribe ya; apenas si se sabe que sus actos de caridad fueron ejemplares y que salió de este mundo el 11 de octubre de 1665.

* * *

Numerosas son las obras que produjo este gran fraile; no todas llegaron a publicarse; pero, las publicadas bastan para mantener la fama de que gozó en su vida.

Las obras publicadas son:

SEMANA SANTA, Tratado de los Comentarios, dificultades y discursos literales y místicos sobre los Evangelios de la Cuaresma. (Impresos el primer tomo en Lisboa, en 1631; el segundo, en Madrid, en 1632, y el tercero en Sevilla, en 1634. —Otra edición de Madrid, 1662).

Judices commentariis litteralibus cum foralibus aphorismis illustrati. (1636).

Gobierno eclesiástico pacífico. (Dos volúmenes: la primera edición en 1640, y la segunda en 1738).

Primera parte de las **Historias Sagradas y Eclesiásticas morales**; con quince misterios de nuestra fe, de que se labran quince coronas a la **Virgen Santísima Señora Nuestra**. (1670, según la Biblioteca Hispana Nova de Nicolás Antonio, cita de H. Vásquez; 1660, según Concetti).

Primera parte de los **Comentarios, Dificultades y discursos literales, morales y místicos, sobre los Evangelios de los domingos del adviento, y de los de todo el año.** 1661).

Ninguna es más de lamentar, sin duda, —dice Zaldumbide—, que la pérdida del libro aquel sobre los **Cantares**.—Si más tarde, después de **espumado el ingenio**, eligió, para comentario, “por lo dulce, por entretenido, por lo provechoso” el libro de los **Jueces**, y si lo hizo, según el P. Torres “con mucha elegancia y agudos picantes”, cual no sería, en el ardor de su mocedad, el sutil deleite con que demoró en rebuscar sentidos al amoroso poema?”

* * *

No quedaría completo el conocimiento de este gran fraile si no nos detuviéramos a estudiar otros aspectos de su vida y de su obra. Veamos primeramente algunas ideas que sostenía y que tienen gran importancia para considerar cuál era su íntimo pensamiento respecto de ciertos tópicos que hasta ahora nos interesan.

El error político de mayor consideración que tuvo España en América fué el de preferir a los nacidos en el Nuevo Mundo por creer que el sólo hecho del nacimiento en este Continente marcaba una desigualdad de raza. El criollismo fué la gran bandera que levantó América desde los lejanos días de la revolución de las Alcabalas, hasta el de la Independencia. Bolívar lo dijo también, cuando a la cabeza de criollos y mestizos recorría victoriosamente por los Andes: la guerra era de españoles contra españoles.

El prejuicio de la inferioridad del indiano, del perulero, vino desde los albores de la conquista. Acaso tuvo por principio el haber sido los conquistadores gente de tan obscura y humilde procedencia: el empingorotado castellano que vino, luego de autoridad no quiso ser de la misma clase que los **Pablillos** que se habían enriquecido en América y que por ello se creían nobles. Y puestos ya en el disparadero del menosprecio, no hubo después criterio para la calificación.

Uno de los conceptos que más hondamente hirieron a Villarreal en la Corte fué el reproche despectivo a su procedencia americana. Cuando los grandes de la Corte acudían a escuchar al predicador famoso llegado desde las lejanas Indias, los oyentes murmuraban, y uno de ellos decía a otro: "Estoy asombrado al ver que un americano, esto es, un indio sea tan blanco y que hable tan bien el castellano como un español". Dolido Villarreal de la murmuración, cuando lo supo, escribió en las **Historias Sagradas Eclesiásticas**: "Los simples piensan que somos originarios de los indios: Llamán así a los que nacimos acá; mis abuelos todos nacieron en España. Bueno fuera que, porque la Condesa de Chinchón que vino de España a sólo ser Virreina, porque concibió y parió en Lima su heredero, diga en España un bobo que el nuevo Conde de Chinchón es indio. Yo prediqué muchas veces al Rey en la Capilla Real y hubo Ministro que le dijo a mi compañero: ¿cómo, si este Padre es indio, predica tan español y es tan blanco? Al Maestro Fr. Agustín Valdés, de la Orden de mi Padre San Agustín, que había llegado de México a Madrid por Procurador General, le dijo un título de los más presumidos de la Corte, habiéndole oído gran rato muy atento algunas cosas del servicio de Dios, que había ido a pretender: **Padre mío, he estado suspenso oyendo a Vuestra Paternidad hablar cosas de Dios, y doy muchas gracias a su Divina Magestad de que haya entrado en los criollos la fe.** Pues hartó entendía este Conde de Marcial, yo le conocí: no se cómo no encontró con él. Allí

hallara salida de esta duda, que como este poeta nació en España, enviando un libro suyo a un su grande amigo, le dijo en la dedicatoria: envíete un libro no español sino hispano. Quiso decir, no en lengua española, sino de un nacido en España. Si el vulgo de Madrid supiera esta distinción, no me juzgaran por indio, cuando me llaman indiano. Buen Arzobispo hubiera el Rey dado a México en D. Feliciano de Vega, y en mi buen Obispo de Santiago, si porque somos criollos, fuéramos indios. —Ha sido el paréntesis largo, y podría disimularlo el lector, porque siendo Obispo ha parecido forzoso asir de tan pequeña ocasión, como la palabra **criollo**, para librarme de indio y podría ser que me llegase a seguir de poco mortificado, pues atiendo a mi pundonor, cuando hablo en las afrentas de la cruz: pero téngase por respondido que no disculpo ese yerro, y sepa que para dorarlo, traté de hacer este libro. Quizá con escribir de los escarnios de la pasión, sanaré de esa vana enfermedad”.

Ya se ve como los criollos a pesar de saberse muy españoles tenían que replegarse y sentir su fuerza y su orgullo en haber nacido en América.

Se ha tachado a Villarroel de crédulo. La santa simplicidad le venía de su llaneza de corazón y amoldaba su pensamiento al sentir general para común edificación; pero en veces su pluma regocijada nos deja entrever lo que pensaba sobre ciertos puntos religiosos que sus feligreses hacían sustancias y que para él carecían de importancia. Veamos sobre los milagros; veamos la ironía delicada que se convierte en sonrisa plácida: “Llegó a Lima con esta milagrosísima imagen (de San Juan de Sahagún) el Padre Presentado Salmerón. Mucho después.... trataba de embarcarse para España; sentían los religiosos que se llevase consigo aquel retrato, que en Perú había obrado cosas tan prodigiosas. Rogáronle que lo dejara como por recompensa de la devoción de los pueblos con el Santo, y del buen pasaje que le había hecho a él la Religión, pues que España gozaba del sagrado cuerpo, honrase las Indias con aquel retrato. Al parecer de los mozos respondió grosero, al de los viejos devoto y aficionado, **que antes se dejaría hacer pedazos que dejar tal compañero**. La gente moza, yo era uno de ellos, resolvimos en hacer un hurto, que nuestra poca edad juzgaba ser virtud. Descuidóse el Padre Presentado un poco, y hurtámosle su Santo. No se si los Prelados lo sintieron mucho, porque la pesquisa no la vi muy apretada. Claro está, que hombres maduros y personas de algún seso habrían al fin la restitución; pero al fraile parecióle, que eran cómplices los jueces, y que no

había que esperar justicia de los que veía encartados en la culpa y, desconfiado, dióse anticipadamente a partido. —Hizo lo que el otro que vendía la liebre: iba uno a caballo, quiso ver el peso, arrimóle las espuelas, con que le dejó burlado. El miserable vendedor le siguió gran trecho, y cuando se halló cansado se detuvo, dijole a voces: deténgase, gentilhombre, y escúcheme una palabra. El ladrón, asegurada era rapiña por la distancia, detúvose y volviendo la cabeza le preguntó qué quería. Respondióle el miserable: cómala en mi nombre.—Aprendiéndolo de éste, dijo el presentado al convento, que siempre había sido su resolución dejar la imagen en el Perú, que hacía libremente donación de aquel santo retrato, y que le daba con gusto; que sólo quería se le trasumptase el P. Fr. Francisco Bejarano, pintor insigne, y el mayor discípulo de Mateo Pérez de Alesio, hombre señalado, que envió a Lima Sixto V, a que le pintara una lámina siendo Roma madre de la pintura, y persona que de sólo diez y ocho años, en competencia de los pintores todos de España, pintó el San Cristóbal, que hoy vemos en la iglesia de Sevilla. Hizose como lo pidió, y sucedió otro milagro, que el transumpto que llevaba, hacía mil milagros cada día, y el hurtado en doce años enteros no quiso hacer milagros. Labrósele un rico altar en el cuerpo de la iglesia, arrimado a un poste al lado del Evangelio; colocóle en él con grande solemnidad D. Bartolomé Guerrero, Arzobispo de Lima, concediendo a su altar los cuarenta días de indulgencia. Después de doce años que la imagen del Santo no hizo maravilla, quizá esperando que los mozos hiciésemos penitencia de aquel hurto, le celebramos una gran fiesta”.

Ironista suave sin asomos de pedantería no se escandaliza con las tropelías que se cometen en América; cuando puede abogar en contra de ellas lo hace con la mayor instancia y cuando no, tiene la sonrisa fácil y piadosa. Y no pone reparos solamente en aquello o que se refiere al mundo civil, sino que por el contrario, su reprensión benévola va hacia los clérigos y los frailes. Recuérdese cómo cuenta las aventuras de un caballero de industria de aquella época. Cuando vemos al caballero convertido en predicador majestuoso, desnudar las manos de unos guantes de ámbar muy olorosos y hablar despaciosamente hasta conseguir el aplauso general y con él el dinero que le valía la aventura, transportamos la escena a una novela picaresca.

Estos cuadros de la vida colonial son sacados de su obra principal, del Gobierno Eclesiástico y Pacífico. Se podría se-

guir espigando en esta rica obra, que además de revelar grandes conocimientos y mucho estudio, ha salpicado toda ella con anécdotas y recuerdos que la hacen verdaderamente deleitable. Hasta esas pequeñas minucias respecto del vestido, del calzado, del peinado no sólo sirven de contentamiento sino que son la anotación pintoresca de las costumbres de este tiempo.

En la anécdota respecto de su asistencia a una representación teatral podemos ver el santo horror que inspiraban las comedias, que eran motivo para muchos males, como el mismo Villarroel cuenta en alguna parte de su libro. Y es curioso observar una doble situación a este respecto; pues mientras tiene en su concepto un muy respetable lugar la obra y el autor, no siente sino un hondísimo desprecio para el cómico. Así lo demostró cuando en Madrid predicó en la fiesta que celebraron los comediantes. Y de la consideración para con la obra y el autor nos da testimonio lo que dice del gran Lope de Vega y, sobre todo, el haber quien festejara su elevación al Obispado con la representación de tres comedias.

El estilo de Villarroel, como hemos podido observar, es suelto y agradable; no tiene el amaneramiento enfadoso ni el mal gusto pedantesco. "Su prosa —dice Zaldumbide— corre exenta de encrespamiento; tropezando solo, con deplorable frecuencia, en citas y latines. Brilla en su época como espejo de claridad. Del refinamiento conceptista no ha tenido sino (y esto algunas veces para acuñar una sentencia o redondear alguna síntesis) aquel balanceo elegante, que hace de la cláusula algo a modo de pareado, de equilibrio sutil e inestable.— Abstíñese del extravío a que estaban particularmente expuestos los de su estado, no por simple discernimiento literario, sino más bien porque su temperamento lúcido, y cordial, y grave al par que sencillo, le lleva a verter sin ambages lo que va pensando de buena fe. ¡Cómo echar a perder, además, con patrañas gongóricas el sabor arcaico de sus historias, o el acento de sus anécdotas familiares!—Su íntima genialidad, las condiciones todas de su espíritu, explican, pues, esa inmunidad".

Villarroel, justo, sobrio y pintoresco, a la manera de los clásicos, entre los cuales puede estar muy bien, como está su gran amigo Solórzano Pereira, nos deleita no solamente con la amenidad de la anécdota sino con la donosura de la frase. Zaldumbide al citar un condensado de las Historias Sagradas, que dice: "Lastime el gusto para que sane el alma, pero no tire gajes por la cura. Pango escuela, no grangee, que dar voces,

si ha de venderla, no será combidar con la Doctrina, sino pregonar la almoneda", se entusiasma y asegura que así hay muchos giros a lo Montalvo, de un Montalvo antes de ahora; observación que era replicada por Honorato Vásquez haciendo notar que la analogía existía ciertamente, sino que Montalvo la adquirió por su familiaridad con los clásicos del siglo de oro. "Montalvo que ambicionaba hablar como antaño hablaban esos venerables legos y frailes españoles, con cuya lectura se recreaba, aprendió de ellos y acertó a hablar como ellos".

Muchos autores se han ocupado en el estudio de Villarroel; por supuesto que no todos han tenido el aplauso sin restricciones pues que algunos de ellos como Eyzaguirre, Amunátegui y Medina, tres historiadores chilenos han hecho ciertos prevenidos reparos que han sido los que han servido para difundir entre los críticos posteriores y suspicaces de América, que no se han dado tiempo para leer los libros del escritor quiteño, la fama de que era, crédulo y demasiado sumiso a la autoridad del Rey. Quizás esos autores hayan querido contestar así a otros reparos que Villarroel hizo refiriéndose al tiempo de su destierro como Obispo en Santiago.

(Tomado de la Historia de la Literatura Ecuatoriana, obra inédita).

METEOROS

ALFREDO MARTINEZ

CONSTANCIA

—Hombre —dijo la Desidia—, no hay camino paar tus plantas.

—La vida es un camino. Y yo quiero abrir el mío.

—Los senderos conducen a la nada.

—La nada es el suicidio de la Incuria. En el Universo la nada se llama todo.

—La juventud es el humo del ensueño.

—La forma es la flor del ensueño. Primero se concibe y luego se encarna.

La ironía soltó un escupitajo:

—¿Y el vacío? ¿Y el abismo?....

Lavóse el hombre de la blasfemia con este cáustico:

—Sin el vacío la forma no tendría belleza, ni el sonido armonía, ni ritmo tu cuerpo. El vacío es la fragua donde se da forma al pensamiento.

* * *

La idea generosa de la vida agigantaba al joven luchador. Era su cuerpo un grito de entusiasmo. Una brasa de nervios para estrujar a la tierra. Las rocas del abismo y la maraña de los montes estaban, por sus plantas, sembradas de estelas.

No fue vana su fatiga. Hizose sangre en sus arterias; hábito purificador en su espíritu. Su conciencia agitada como bandera redentora en la cumbre, dialogaba con el infinito. Su alegría, su palabra diluíanse como savias de astros en los surcos ardientes del mundo.

* * *

De regreso el hombre, detúvose en el lugar del diálogo:

—¿Se ha apagado la armonía de tu lengua?

—.....

Repuso el camino, levantándose en polvareda:

—La Desidia se oculta con el velo turbio de la vergüenza. El silencio es la voz del fracaso. El ocio es la muerte anticipada del hombre... Dejo esta joya para su mano. Es una flor de luz prendida por el esfuerzo. Que la recoja cuando la distancia me separe.

—La luz que despide tu joya puede cegarla. Ella se ilumina con la tiniebla que es su lámpara.

La inmensa pupila del día vió alejarse al hombre que supo forjar en la fragua de su ser el sol de su espíritu.

La joya era una mañana naciendo en el camino.

* * *

La constancia es una escalera de aire que toma formas en el rescoldo del trabajo. La escala que conduce al triunfo es el cuerpo humano. No hay más que afirmarla al mundo con los brazos tendidos a la inmersidad.

ESTE PAJARO....

Este pájaro es un geómetra, un poeta y un sembrador.

En el cuaderno de sus alas anota sus viajes con puntos de cerros, de sembríos, de poblados y con hilachas de ríos cantores.

Escribe parábolas azules en el aire. El aire es para él la página pulcra donde graba con caracteres de ritmos el poema blando de sus formas.

Cuando entreabre su pico, el trigo de su canto se riega en el surco del espacio, como cuando recibe el viento un puñado de polvo de auroras.

El árbol es una mano vigorosa. En él amarra la medida transparente que ha de señalar la distancia de su vuelo.

Y el mundo, un mercader que cobra por una gota de agua la miel clara de su canto.

Para sus retinas el hombre es un gusano fabuloso, que escarba el suelo y siembra el grano de su miseria.

Pájaro geómetra, poeta y sembrador.

CALENDARIO

Cómo gotean los días en el ánfora del cuerpo.

Gotas turbias, gotas níveas, gotas de color: pedrería licuada para mojar la sed turbulenta de la carne.

Llena el ánfora de vino extraído del viñedo de las horas, el tiempo aquilata su esencia y el destino absorbe su espíritu.

Carcomida el ánfora por el gusano del instinto, el abismo himnotiza sus nervios. Y, un día, se desploma al seno de la tierra. La tierra es el ánfora materna donde toma la vida el agua de la muerte.

* * *

El hombre es una gota de vino rojo que humedece los labios resecos del tiempo.

El tiempo paga la dávida humana con cien ósculos de oro.

* * *

El hombre es una hoja del calendario del tiempo.

EL LIBRO INEDITO Y LA ORDENANZA DEL CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO

ENRIQUE TERAN

Así, escuetamente, con la simple sobriedad de los "afiches", el título de este comentario, déjanos un presentimiento y una ilusión que se agranda a corto plazo. El libro más valioso, debe ser el inédito. La tropical fantasía de estas latitudes, lo imagina, lo intuye, con su formato y su volumen, entre bloques de papel de arroz, de trigo, de agua y de cortezas bárbaras, que guardan la fragancia de los bosques, el polen gramíneo de los eriales, la fiebre de los surcos. En la portada de este libro, —el más querido, porque se parece al que lo escribiéramos un día,— también ponemos la cromática de la tradición incaica, en siluetas rústicas de tipos humanos, que recuerdan la premisa darwiniana de "la selección de las especies". Centenares de páginas no tatuadas por la avidéz de nuestras pupilas, encerrando el mundo de un hombre, de un transeunte, que dejó de serlo, para ausentarse junto al vendaval de su propio misterio... Adivinamos la cursiva, o la pica, en una dactilografía de almas, de nombres, lugares y fechas, sin calendario; en un descuartizamiento de razas, épocas, culturas y sistemas económicos, trágicamente humanos. "Los Karamazov", darían la opaca emoción de cuánto esperamos hallar de milagro, en ese libro inédito, en ése, que es "menos que un muerto", — como lo diría Jorge Reyes.

Justamente, es para éste ningún libro que nosotros, —hombres de puna y de jungla, de páramo y de risco,— actualizamos aquella mirada bíblica del zagal, frente a los cielos cuajados de luciérnegas, en donde se espera ver la llegada del **mesías**, o de la víctima crucificada por la crítica de los fariseos. Porque, detrás de las esperas unciosas, místicamente doblegadas de respeto, se enrosca la sonrisa del imbécil, de aquél que desdeña el libro cuando lo ha violado con su emoción de lágrimas!...

Sin embargo, un libro que nace en la baja densidad de nuestro medio, —poblado de defunciones y de abortos,— por

malo que sea, no deja de ser una lámpara votiva en plena combustión espiritual, con sus girones de luz, rescoldo, brasa o relámpago, en la cariatíde de las realidades nacionales.

Cada hombre es un libro inédito, aún para sí mismo. Cada libro, el grupo escultórico contenido en la unidad humana de las cuatro dimensiones espirituales, en una parábola étnica de la Historia.

Me refiero a la Novela. Y creo con Estephan Zweig, que todos los personajes actuantes, contrarios, acaso, por su marcada fisonomía, por su carácter, no son sino desdoblamientos diversos en la infinita tribu encadenada por la personalidad consciente del autor. El libro inédito que se gesta en la inquietud vibrante de estos días con menos horas, será de trinchera, puesto que el actual sistema económico así lo determina; mas, éste debe ser sincero, y la sinceridad sólo se produce en la emoción. Todo cuanto sea meticulosamente racionalista, artificialmente refinado, a manera de la literatura poemática de "affiche", de ciertos farsantes, impermeables para el arte, no será verdad, ni será obra constitutiva de nuestra propia expresión literaria. Ser verídico en arte, es ser sensible. No vamos a repetir aquellas certeras reflexiones de Keyserlin, de la "lámpara maravilosa" que detenta Indo-américa en la rudeza de su emoción, espíritu creador y camino de partida, iluminado de intuiciones, hacia la propia cultura.

El libro de los Andes tiene, por esto, que ser confesión, antes que relato artificioso, en el que se deja percibir la vil imitación a la buena literatura clásica, que muere sin poder renovarse. La renovación indo-americana, con sus modismos, su quechua, sus términos que indican un paisaje peculiar, una naturaleza diferenciada, física y espiritual, no coincide con el hombre del proceso clásico, ni con su modelamiento cósmico. Aquella es decadente, como su origen telúrico, y las especiales características de innumerables factores en su evolución y en su propia realidad. Aquí, en nuestra Sierra, tenemos el mestizo, y a él le toca la palabra del futuro. Tenemos al indio, artefacto arqueológico, símbolo inexpresable, que nos habla del pasado. En el presente, tenemos la duda transitoria, el instante de meditación, de lucha, entre la muerte o la vida, entre nuestra personalidad de sud-americanos, y aquella, que nos arrastra, adormecidos, inconscientes, por la vía láctea de la civilización saxo-americana. He ahí los tres caminos, o mejor dicho, los dos caminos, abiertos como ríos, para la actividad anímica de nuestra cultura!

Hemos comenzado ya a recorrer aquellos senderos. Los grupos intelectuales se hallan en divergentes caminos. Y no puede ser menos lógico tal posición. El grupo que pertenece a la generación del siglo anterior, es el que se esmera por el buen decir castizo y atildadamente académico; su léxico, rico de diccionarios y gramáticas empolvadas, es una repetición constante de frases hechas, de lugares comunes, de ideas adocenadas y envejecidas, que no llegan al corazón, por insinceras. El fondo común del grupo indicado, es generalmente místico; en sus relaciones literarias, intolerante; en su expresión, lírico, épico y romántico; por otra parte, su característica distintiva, es negar beligerancia estética y literaria a las nuevas generaciones que no siguen su dogma, ni reconocen su autoridad en el terreno intelectual.

El otro grupo, un tanto subdividido, entre quienes se inspiran en las corrientes aparentemente nuevas por su forma y no por su fondo, y la fracción irreverente al pasado que no fue propio; a lo que en su naturaleza hubo de postizo y a la herencia colonial. El fondo común de este grupo, es el panteísmo, acuarelado con la cromática incásica y con el dolor de la choza emigrada a tierras de latifundio. ¡Hermoso destino el del grupo nuevo! Ha adquirido ya la conciencia de su ubicación. Frente a tan selecta minoría, se abre el panorama ancho y encendido, que va surcándolo como un ciego que fuera atraído por las pulsaciones telepáticas de la tierra, y se le aclarara la mirada a medida que avanza. El número de escritores empeñados en encontrar la complejidad espiritual de la raza, y elevarla a emoción estética y filosófica, es reducido, ciertamente. Pero demasiado grande para crear su propia escuela, o aventar una corriente literaria e ideológica, que haga la acepcia de cánones y tendencias, de expresiones y de ideas, infiltrados en nuestro ser autóctono.

La revista "Elan", hace cerca de dos años, comenzó a discutir y a sentar las premisas artísticas de la Sección serrana del Ecuador. En Guayaquil habían comenzado entonces, aunque un tanto errados en el fondo del problema racial, que lo analizaban en sus cuentos montuvíos. Sierra y Costa, como siempre, coinciden en anhelos nuevos, presentidos, acaso, desde mucho antes, pero que apenas iniciaba su existir en la conciencia y en la acción. Hoy, los aciertos demostrados por unos pocos libros que pudieron publicarse, indicando que nuestro arte literario ha salvado en una goleta de velas blancas y henchidas de savia mestiza, y que aborda las tempestades de aquella sonrisa de los fariseos —apuntada antes,—y que remonta, triunfal, impertérrita,

sobre el oleaje encrespado del confusionismo del siglo. Los primeros libros —novelas, cuentos, poemas—, han entrado en el sendero virgen de nuestro mundo naciente.

El poeta, el prosador ecuatoriano que creyó escuchar los rumores de grandes y extrañas ciudades moribundas, ha sintonizado la onda corta de nuestra miseria y ha escuchado el grito de la tierra en las circunvoluciones de su tristeza. La sensibilidad nueva, se ha puesto a observar el microbio prendido en su carne; analiza sus llagas hereditarias y sopla la lumbre de su pensamiento.

Ha pasado, pues, el tiempo del recetario literario, de la droga estética importada; tiempo en el que, el escritor ecuatoriano, hispanoamericano, revelaba las placas de su copia, por la ventanilla prismática incrustada en la memoria, a causa del libro nómada. Es la puerta ancha, solariega, plantada como un cartel del sol, en la boca del pegujal, o en la balsa pesquera del montuvio, que un día ordinario, día de intoxicación de imágenes forasteras, se nos metió en el alma, y comenzamos a ver como nueva... A ver como nuevas, estas viejas cosas cotidianas, entre las cuales, había el juguete de nuestro espíritu, cuyo mecanismo nos interesó conocerlo.

Nuestra literatura de clase, se hizo importante en cuanto fue sincera, conformándose, ideas y expresión, a la verdad positiva de cuánto somos y seremos, a través del castillo de naipes de nuestros libros.

Aparte de la tendencia clasista que he apuntado, ya nos aventuramos a sentar otra premisa, realmente importante, puesto que es auténtico saldo de la nueva corriente literaria: el arte no aspira a la belleza; aspira a la verdad subjetiva, a la evocación simultánea de las imágenes, que estremecen la sensibilidad en emociones fugaces, lluvia de meteoros, aherrojándonos en la zona magnética de la lectura. La verdad es el tipo de la nueva belleza; debe ser hallada como expresión trascendental y cósmica, como verdad absoluta, pero humana, en las cosas pequeñas, y, por pequeñas, intrascendentales. El hallazgo de la verdad —en literatura— debe revestirse de la forma estética más simple y más consubstancial con la emoción del hallazgo que estuvo oculto para todas las sensibilidades anteriores.

Ver como por primera vez las cosas del mundo exterior, y valorizarlas, dándolas el destino de complemento espiritual colectivo e individual, es la tendencia primera de los pueblos que inician su ciclo evolutivo, y nacen, cuando muere otro ciclo y degenera el elemento humano comprendido en él.

Hay, además, la verdad aparente, apriorística, que reside en la superficie de todas las cosas. La interpretación de la verdad científica, es subjetiva; requiere un análisis de más alta categoría: un escarbar de lo epidérmico y el tacto infinito de la médula. La dialéctica marxista nos ha enseñado la dirección de las zonas de la verdad fundamental, y a éstas llegamos por caminos de especulación científica, por los de la intuición, cristalizada en la conciencia, y, en literatura, por la sensibilidad revolucionaria. La estética, no solamente es forma, técnica o estilo; es verdad de concepciones.

Quienes afirman que la evolución del arte, antes de la época del proletariado en acción, no fue más que evolución de la forma, del estilo, creo se equivocan rotundamente. Cada nuevo estilo, corriente estética, portó un cambio de dirección espiritual y un contenido nuevo, aunque éste haya seguido siendo reaccionario con respecto al ciclo marxista, de diverso ritmo colectivo.

Ha muerto definitivamente la belleza clásica... ¡Qué herejía!, dirán los escolásticos. Herejía o verdad, han ido siempre juntas al suplicio de Torquemada. La herejía se ha hecho bronce inmortal en Jordano Bruno, en Galileo, en Renan. Esa "belleza", envuelta en el manto tutelar de la hipocresía, se extinguió con las primeras granadas del Catorce; con la última posibilidad económica de las masas. Después de la Guerra, el viejo mundo pudo curar sus lastimaduras, restañar la estadística de la carne humana, y, aún pudo calarse el casco emplumado —por lo salvaje— del Imperialismo; pero su ponderada civilización, en plena agonía, se acerca ineluctablemente al abismo de sus contradicciones socio-económicas. El mundo nuevo, un tanto inconsciente, abrumado por sus altas marejadas de savia, por su luna nueva, que asciende como un barco de papel en la superficie de la savia, estremecido por el contagio valetudinario y seductor de la locura yanqui, aturdido por el galope de la Revolución Social, cuyos ecos hallan casa propia en el subconsciente comunitario de la raza; este mundo nuevo que semeja un cuerpo decrepito, en acelerada regresión a la caverna, al vertebrado, a la nada, —por obra única del consorcio histórico de un viejo patronato colonial, y de nuestra debilidad de libres, (?) caídos en la dependencia de las necesidades imperialistas; este mundo que nace, precisa pues, arrancarse de las influencias que imprimen una dirección equívoca, para la virtualidad auténtica de nuestro "yo" venidero. Si las nuevas generaciones llevan sobre su nacimiento, la condición esencial, biológicamen-

te impuesta, de superar a las anteriores, en misión de perfeccionamiento, las entidades geográficas, raciales: realidades humanas, históricamente comprendidas, llevan el deber histórico de perpetuación, en la cadena de ciclos que se amontona, con sus fosilizaciones, sus extractos y gérmenes de nuevas culturas en proceso de crecimiento, en virtud de la eterna transformación y selección de las especies.

Luis Alberto Sánchez, el erudito guía de la cultura indioamericana, hablando del arte literario, apunta: "De acuerdo con las tendencias sociales y políticas, la cultura —y la literatura, una de sus manifestaciones señeras— tiende irresistiblemente a convertirse en ecuménica. Del provincialismo intransigente y sordo, se evoluciona al panorama luminoso y abierto. Charles Lalo, esteta y conservador, afirma que las fronteras artísticas se derrumban, sin remedio. Sin embargo, nunca se han erizado más de localismos y regionalismos el arte, la economía, la política. Lo ecuménico es el blanco, pero las trincheras varían. Se sabe dónde será la cita final, y para ello cada cursor traza su propia pista. Si es verdad que el Mundo tiende a ser uno, en una aspiración y un solo problema, cierto es, también, que los caminos se multiplican.

Se sabe ya que el gran error de antaño residió en generalizar previamente, sin atender a discrepancias reales y concretas. Hoy vamos a la unificación, pero cuidando de dar a la disparidad el auténtico valor que le corresponde."

En otro punto de su artículo, Luis Alberto Sánchez, dice: "Lo económico, pues, reacciona sobre lo mesológico: Marx le gana la batalla a Taine, sin desbancarlo; y aparece evidente que si el medio crea diferencias, la realidad económica, al constatar y denunciar un dolor uniforme, un hambre universal, una justicia ecuménica, borra las barreras, quita importancia a las separaciones topográficas, disminuye las disputas de los climas, y tiende a formar una temperatura común: la de la justicia, la de la insatisfacción, la de la reivindicación, la del lirismo con puntería y blanco, igual en la vertiginosa Yanquilandia que en el moroso Panamá."

Es hoy que hemos vuelto la cara a la tierra, hoy que pegamos el oído al suelo, como los indios, pero es para saber de nuestros pasos, para escuchar en el corazón mismo del terruño, los golpes de nuestro propio corazón, las pulsaciones de nuestra sangre.

El libro inédito existe en potencia; justamente es la América, con su mundo cerrado a todas las miradas, con sus rique-

zas ocultas, disfrazadas, que debe superar con la más nueva y exótica de las literaturas. Aún nos quedan rincones apacibles, donde hasta el reloj nace sin ruido en la piedra vertical del sol. Tierra de escritores sin tradición; tierra de hombres contemporáneos, al margen o dentro de las borrascas sociales, de los desquiciamientos económicos.

El mundo se ahoga en un estremecimiento de locura, en una convulsión epiléptica, en un gesto de naufrago. En Indamérica, sus rincones petrificados, tienen el silencio de los cactus con sus horizontes surcados de crepúsculos hirvientes. Aún —como los tallos y los árboles—, sentimos la ramazón de la raíz enroscada en el alma de la Tierra, y sentimos la savia fresca, agua de madrugada, subiéndonos por el termómetro vegetal de nuestro barro maleable, haciendo la "fiesta grande" en las florecencias de las emociones, que se estrella en el orgullo, en la tristeza, en el arte, en la rebeldía. La posición estética del intelectual es revolucionaria: por eso anda tan mal la Revolución, y marcha tan airosamente el libro, que significa cristalización estética del contenido revolucionario.

Y para este libro que marcha bien, el Concejo Municipal de Quito, fomentando la cultura seccional, ha señalado un renglón de su Presupuesto para la edición anual del mejor libro inédito, presentado a concurso. La Ordenanza Municipal al respecto, demuestra que en esta vez, la corporación Edilicia de Quito, ha penetrado en la raíz del problema editorial. ¿Quién no escribe el libro que lleva dentro de sí? Todos. Pero lo publican únicamente los que llevan en su condición de escritores, la condición económica. Paradoja cuyos resultados han traído la mediocridad de la producción intelectual. El escritor proletario, no ha realizado su libro. Apenas unos cuantos han llegado a la realidad de su propio libro, pero a costa de su esclavitud y de innumerables sacrificios.

El 28 de agosto de 1935, a no dudarlo, habrá una considerable concurrencia de libros inéditos para el torneo que se inicia en tal fecha. Los escritores que no pudieron editar su libro, en esta vez, tienen la oportunidad de echarlo a la suerte de un concurso, en el que, estoy seguro, no siempre habrá el triunfo del mejor libro, de la mejor concepción literaria, de la obra autóctona que lleve en sus páginas, el estremecimiento emotivo de una realidad espiritual ecuatoriana, y de aquella otra realidad, la del hombre del ciclo transitorio, sin fronteras, mitos, dogmas y prejuicios, correspondientes a otra edad feudo-medioeval, que debía ser clausurada, entre nosotros, por el

liberalismo, pero que aún subsiste por su raigambre histórico capitalista, no destruída aún.

Como autor que fui de la Ordenanza que obliga al Concejo Municipal a la publicación, en cada año, de un libro, el mejor presentado en un concurso, hago un llamamiento a todos los que piensan, sienten, y precisan decirlo, en función social y artística, para que, fervorosamente, concurren al torneo del libro inédito desde el próximo año.

Tengamos presente que antes de las grandes convulsiones sociales, con las que se inicia un movimiento acelerado en la evolución de la convivencia humana, hay la convulsión del pensamiento y la agitación de las ideas y principios, en una fragua de alta tensión, en la que se purifican los sistemas y se forja la sensibilidad revolucionaria de las masas, para el advenimiento de un mundo nuevo de justicia.

Quito. 1934.

LUIS G. URBINA Y JOSE SANTOS CHOCANO

NICOLAS JIMENEZ

La revista "América", para corresponder a su nombre y a su espíritu, tiene que recoger en sus páginas, juntamente con el último aliento de esos dos grandes poetas, recientemente muertos, el recuerdo de sus gloriosas obras y de su fama.

Urbina, el mexicano, se adelantó en el viaje eterno. Chocano, el limeño, entró tinto en sangre, pocos días después, en el misterio de una tragedia, en el valle del eterno silencio. Ambos fueron amados de los dioses y en sus labios pusieron las musas el signo de los predestinados para el canto.

I

Luis G. Urbina se inició en 1887 y no dejó de escribir hasta que la muerte selló sus labios en diciembre de 1934.

Estos poetas que pasaron de un siglo a otro, que nacieron cuando el fuego romántico caldeaba las almas y que oyeron, en el sucederse de las generaciones, las voces cambiantes de varias escuelas, son dignos de examen y de análisis. Poetas de transición ¿cómo reciben las nuevas auroras? ¿cómo contemplan los nuevos días? ¿Se aferran al pasado o se adelantan al porvenir? ¿Se refleja en sus almas el cambiante matiz de la luz que viene de lejanos horizontes? ¿Son románticos y modernistas?

Urbina fue el sucesor de Gutiérrez Nájera y el continuador de su obra, pero dentro de la escuela romántica. El Duque Job es tenido como un precursor. Se adelantó a su tiempo. Destinado a vivir no más de treinta y cuatro años, presintió, con los últimos estremecimientos románticos, la nueva sensibilidad que traía el modernismo e inició en México la era de la moderna poesía. Su legado fue doble. Entregó a los ro-

inánticos y a los simbolistas su obra ya hecha y sus presentimientos. En tanto que unos se abrían paso por el sendero que él no tuvo tiempo de recorrer, otros siguieron la ruta conocida.

Urbina fue leal a su vocación romántica. Su vida toda fue de una sola pieza. No conoció variaciones, ni cambiantes. La crítica no le incluye entre los compañeros de Rubén, ni entre los secuaces del simbolismo. Romántico, eternamente romántico, no fue, sin embargo, de los rezagados, de los que repiten con monotonía los temas eternos del romanticismo. Es tan amplia esta escuela que, sin renovarse radicalmente, ofrece aspectos que parecen nuevos, cuando hay verdadero lirismo en el alma de un poeta.

Semejante a esos muros vetustos, en que la humedad fecunda desenvuelve, de tiempo en tiempo, gérmenes que han quedado allí ocultos, adornándose así con reflejos de una primavera aparente, Urbina aun en su vejez no olvidó el tema romántico y, aunque raros, eran de frescura juvenil sus últimos poemas.

Hermano de Gustavo Adolfo le han llamado en España. Como el autor de "Las golondrinas", sus composiciones cortas encerraban, en contrastes calculados, un aspecto de la tristeza del amor, de las varias situaciones de la vida y del desengaño final de todo. Hay poemas cortos suyos que son como madrigales. Otros se han prestado para el canto y han recorrido la América coreados por labios femeninos.

En México mismo tuvo un hermano suyo. Acaso más grande. De más reconcentrada tristeza y de un dolor más hondo y agudo. Místico y pesimista, ese sí, estuvo a tono con el alma moderna. Se llamó Amado Nervo.

Urbina fue también cronista de prosa limpia y bella, lírica y cristalina. Hay quien dice de su estilo que era aterciopelado y sedoso. No tenía la elocuencia, ni la rotundidad de los férreos prosadores españoles, tenía la gracia, la suavidad meliflua, la discreta ligereza de los franceses. **Bajo el Sol y Frente al Mar** es el nombre de la colección de sus crónicas. Como en un programa, encierra ese título sus cualidades y preferencias; es la luz, la claridad deslumbrante, el fulgor, y es la inmensidad azulada, la vasta llanura movediza, la misteriosa soledad, tan propicia al ensueño y a la meditación.

En sus críticas se encuentran las mismas cualidades que hay en sus crónicas. Son, en efecto, crónicas literarias, divagaciones líricas, atisbos de la belleza de las obras ajenas, es-

fuerzos felices por expresar gráficamente sus impresiones. De un literato mexicano, como él romántico, con distintivos realistas, dice muy bien Urbina: "lo que veía quedaba para siempre grabado en su cerebro como en una placa fotográfica... retocaba sus negativos con mano de artista y con elementos reales componía sus cuadros de imaginación... almas de niños y almas de mujeres eran su predilección."

Romántico por excelencia, exclusivamente romántico, Urbina ha demostrado al mundo que el romanticismo no envejece. Sus temas son eternos. Reverdece en cada primavera. Pero, para que sus frutos tengan el sabor de eternidad y de frescura es preciso que vengan de una alma de verdadero poeta, toda ella sentimiento, y toda ella impresionismo infantil y novedoso.

I I

Chocano es un poeta diferente. Tumultuoso y bélico, rotundo y magnífico, heroico y sonoro, se lo concibe como a un conquistador, como a un cantor de estentóreas voces y de musculatura gigantesca. En toda su obra no se encuentran asuntos blandos ni femeniles, sino la robusta voz de un épico que ha nacido para celebrar hazañas y para cantar las magnificencias de la naturaleza.

No se encerró, como Urbina, en una sola escuela. Las recorrió todas, entrando en ellas y saliendo con la libertad de un varón de ánimo esforzado a quien no retiene la curiosidad, ni cautiva la frágil apariencia bella.

Es romántico en ocasiones, otras parnasiano, a menudo objetivo, modernista a ratos, clásico, con el clasicismo entonado y rotundo de la escuela sevillana. Marchó y cambió con los tiempos. No prolongó, como Urbina, el romanticismo de los veinte años. Al paso de una centuria a otra, entró de una escuela lírica a la que venía después, con un fondo personal, fuerte pero no inmóvil ni granítico.

Se dijo él mismo que era el poeta de América y todos lo aceptaron como tal. Ha habido otros que también han celebrado a esta América tropical y enorme, en que todo adquiere proporciones colosales; pero no lo han hecho como Chocano. Si de empuje épico como Heredia, no fueron tan fecundos ni vieron todo lo que América ofrece al asombrado espectador. Si descriptivos como Bello, no se elevaron más allá de una

pálida enumeración de superficiales impresiones. Si visionarios como Olegario Andrade, se perdieron en las rotundidades de la elocuencia, dándole a ésta predominio allí donde no debe tenerlo más que el arte. Sólo Chocano supo ver lo que es la América toda, supo abarcarla con sentimiento panteísta, animando y agrandando aun más sus bellezas, y supo celebrarlas con entonación robusta, apropiada para tal grandeza.

Se le ha reprochado ser, a veces, hueco, declamador, vacío. No en vano ha sostenido ese hombre durante sesenta años de vida y durante una labor no interrumpida la primacía entre los cantores de magno y atronador acento. En tales casos las cualidades personales tienen que ser ayudadas, y, por desgracia, en parte dañadas, por el eco propio que ensordece y retumba.

Pero ¿cuál otro ha elevado tan alto su voz y la ha sostenido con esfuerzo tan grande y premioso? Hemos tenido poetas enfáticos, sentenciosos, en los cuales cada estrofa, cada verso, ha sido como un relámpago o como un azote, que ha herido a los tiranos o a la muchedumbre y que ha traducido la valentía personal del vate. Pero raros han sido los poetas objetivos que sólo han palpitado de entusiasmo ante la grandeza y se han entusiasmado sin venganzas y sin odios, ante el heroísmo de los guerreros y la tragedia de los combates. Han necesitado odiar para ser grandes, en tanto que a éste le bastó admirar para serlo.

La poesía en Chocano, ha estado acorde con el poeta. Su vida ha sido también un poema. Poema con vislumbre de tragedia. En sus versos se siente más de una vez, al revestirse de las ínfulas de épico, la inclinación a la sangre vertida en los grandes duelos a muerte de las batallas. Había ya como un presentimiento de lo que iba a hacer un día el poeta y de cómo debía morir.

Como Díaz Mirón, como Blanco Fombona, como algún otro, fue un poeta homicida. En lucha desesperada se tuvieron sus manos en sangre. La tragedia le acompañó en los años de su vida. Apenas transcurrieron cinco años cabales entre la muerte que diera a Elmore y la que a él le dieron.

Es éste otro rasgo especial de su persona y de su obra. Porque no es la tragedia en que intervino obra de pasión, ni de aventuras. Fue consecuencia de una discusión, que se elevó a polémica porfiada.

III

En Urbina predominaba el sentimiento y, aunque debilitado éste por el transcurso implacable del tiempo, no se extinguió del todo. Su corazón de poeta latía con normalidad hasta sus últimos años. Sin presiones enfermizas, ni debilidades orgánicas. Tranquilo, como que su sensibilidad no le abrevió la vida, bueno y suave, fue muriendo lentamente, en una tierna despedida de las cosas que le fueron amadas.

En Chocano, la facultad dominante era la imaginación. Refleja y activa, reproductora y creadora. Su entonación era como un sexto sentido que le ayudaba a expresar mejor sus impresiones sensoriales. Encontraba por esto, siempre la palabra más propia, la frase más lapidaria, el verso más gráfico, la estrofa más rotunda.

Han muerto, con pocos días de diferencia, estos dos poetas de nuestra América, que alguna vez se dieron la mano amistosamente, pero que no hubieran hermanado ni se hubieran comprendido nunca.

MIRADOR BIBLIOGRAFICO

ANTONIO MONTALVO

NOVELAS DEL PARAMO Y DE LA CORDILLERA

Sergio Núñez

Imprenta Ecuador—Quito—1934.

Una estricta conciencia de responsabilidad artística hace que en la actualidad, los escritores de América vuelvan sus miradas a las crudas y profundas realidades de la vida de cada una de sus nacionalidades, para extraer de ellas el cósmico sentido de la civilización moderna, y para fijar en ésta, dentro de sus propias y verdaderas figuraciones, la personalidad de cada uno de los pueblos americanos, transvasada, con las diferentes modalidades de su constitución ética, política, etc., en un acervo literario y estético que seguramente servirá como el documento más verídico y patético de esta época convulsionada por tantos y tan complejos problemas humanos.

De estos escritores es Sergio Núñez. Un viejo luchador en el campo del periodismo y la literatura ecuatorianos. Recio espíritu a flor de rebeldía siempre, atento a las modalidades artísticas que vinieron al soplo de corrientes extranjeras; conocedor de nuestras realidades en sus más íntimas manifestaciones, le ha gustado las vanguardias del arte, en cuanto éstas sincronizaban con su personal anhelo de superación y con sus propios ideales de renovación y avance. De allí que su proceso literario sea como una marcha en perpetuo progreso, en la que ha venido perfilándose, cada vez mejor, su personalidad.

"Novelas del Páramo y de la Cordillera" es su última obra. Ya, antes de ahora, en sus novelas "Un Pedagogo Terrible" y "Árbol que no da Fruto", y adelantándose a la actual efervescencia realista, llevado por su natural instinto artístico, dió, a fondo, con las ricas fuentes del nativismo, vertiendo a la literatura los elementos humanos y naturales de un mundo que principia a revelarse y descubrirse, o, redescubrirse mejor, por cuanto aquellos, conviviendo con nosotros mismos, permanecían desconocidos, hasta que inteligencias generosas y comprensivas, quisieron mostrarnos en la vestidura nueva de las formas literarias.

Así fue como nos trajo —como ahora lo hace más consubstancialmente— metidos en escenarios elocuentes de novedad y de verdad, tipos de nuestra sociología, actuando en un marco preciso de acción humana, con las características de su psicología y mentalidad, con sus aberraciones, sus vicios, sus costumbres, pero identificados, en todo, con la conmovedora realidad de sus vidas.

En la presente obra, "Novelas del Páramo y de la Cordillera", Sergio Núñez, afirma los valores de su técnica, y, lo que es más, pone de relieve su honda convicción doctrinaria, que vale decir su conciencia de escritor moderno, que sabe que su ejercicio artístico ha de estar inspirado, si quiere servir de "juicio sobre las manifestaciones de la vida", en la viva verdad en la que se debaten las masas humanas, —sean éstas indias, campesinas u obreras— frente al feudalismo agrario, a la opresión capitalista, y en suma, al hambre que acosa, fatidicamente, en cada minuto del vivir actual.

Esta actitud de Sergio Núñez, presente en casi todas sus relaciones novelescas, se manifiesta con más elocuencia en su cuento "Máchica", en el que el protagonista, Maño, un indio de nuestros innumerables latifundios, expoliado y esclavizado, busca la justicia que no han de proporcionarle ni las fuerzas divinas ni las humanas, por sus propias manos. Conmueve la honda emoción de este relato en el que asoman patéticas, dos psicologías, dos posiciones sociales diferentes, que las doctrinas de justicia reivindicativa tratan de nivelar hoy día.

Conocedores de las facultades intelectuales de Sergio Núñez, de su temperamento fogoso y rebelde, de su comprensión de las inaplazables urgencias literarias y estéticas contemporáneas, esperamos de él la obra reciamente estructurada que ha de confirmarle definitivamente.

SIEMBRAS

—Cuentos—

Gonzalo Bueno

Quito—Ecuador

Al ya valioso grupo de cuentistas ecuatorianos de la hora actual, viene a sumarse el nombre de Gonzalo Bueno, quien acaba de hacer su aparición en el escenario de las letras con su pequeño libro de cuentos cuyo título encabeza estas líneas.

Nos place grandemente ver cómo la mayoría de inteligencias de la nueva generación literaria del Ecuador, afluye, como atraída por una natural gravitación, hacia un común campo de actividad en el que, cada uno, a su manera, aborda, con más o menos éxito, con más o menos maestría, un común también problema ideológico, que la teoría actualis-

ta del arte, como lo quiere Plejanov, como lo quieren las exigencias y la realidad literarias presentes, se refleja en las múltiples manifestaciones del arte.

Y no nos sorprende, por esto, que siendo uno mismo el panorama en donde fijan sus ojos los escritores y artistas modernos —panorama que no es otro que el de nuestra propia realidad— y coincidiendo así en un mismo módulo de creación y revelación artística, pugnen por crear esta nueva conciencia literaria, tan necesaria para armonizar el espíritu de la época con su expresión estética, tan necesaria para trasuntar, sin esporadismo, el estremecimiento y la inquietud espiritual de hoy día, en la fidelidad de una obra que sea a la vez realismo de la naturaleza y realismo humano, estructuración sincrónica de un ideal contemporáneo de arte.

¿Qué de nuevo, pues, que en todas estas obras inspiradas en una misma necesidad, se reflejen, en medio de la decoración grandilocuente de nuestra naturaleza, el dolor, la tragedia que afligen, a una mayoría de grupos sociales relegados a ínfimos planos de inferioridad humana?

Tales son, entre otros, los grupos indios, arraigados étnica, geográfica e históricamente a la sociología ecuatoriana. Y, tal, el indigenismo, relevantemente, la bandera de combate, es decir la bandera de arte de Gonzalo Bueno, de quien y de su obra, su prologuista, Gallegos Lara, dice: "Está lejos de poseer una técnica acabada. Ensayo y al ensayar da idea de lo que será capaz cuando haya alcanzado el dominio de la expresión. Pero desde ahora, en germen, se anotan las cualidades de narrador vigoroso y veraz que serán el distintivo de su obra".

Nos gusta, a nosotros, además, en el joven autor, su naturalidad revolucionaria, su certera preocupación por los problemas que, en misión artística, debe afrontarlos. Después de "Siembras", sus primicias literarias, vendrán sus nuevas obras que comprobarán sus ya reveladas fuerzas intelectuales.

UN COTERRANEO ILUSTRE

S. José-M. Leoro

Ibarra—Ecuador.

El género biográfico, devenido, bajo las modalidades y exigencias innovadoras de la literatura moderna, un género harto complicado y raro de ejercitarlo, al menos, en su función integral, no ha tenido entre nosotros muchos cultivadores, quizás porque la biografía, como ninguna otra disciplina intelectual requiere en quien la ejercita tantas excelentes cualidades.

Parece, pues, que en un biógrafo, por necesidad, y conjuntamente han de unirse, fuera del escritor hábil y ameno, el historiógrafo, el crítico, el psicólogo penetrante y sutil, el retratista anímico, capaz de re-crear en medio de su propio escenario, la figura del personaje biografiado, con su actuación política, literaria, artística o lo que sea, y su actuación de hombre, es decir, en su significación intelectual y en su acepción de animal biológico, de hombre; y, capaz, también, de desentrañar de su obra, las proyecciones de valor intrínseco que el pensamiento filosófico, político o artístico de la persona biografiada, ha irradiado, en relación con los ideales culturales, que, dentro de una determinada época han propugnado el mejoramiento humano.

En este sentido, las historias —la nuestra y las ajenas— están llenas de "grandes figuras" negativas, que bien estudiadas, a pesar de rodearlas un sonoro prestigio mitológico, nada han dejado, ni en el tiempo ni en el espacio, que valga el precio de su historicidad. Nos gusta, del pasado, las ideas y los hombres que han servido para abrir derroteros en la conciencia de los pueblos, para impulsar una cultura, para crear una nacionalidad.

Y, don Pedro Moncayo y Esparza, es uno de estos hombres, y las ideas de don Pedro, fueron esas ideas, que, por implantarlas aquí, en nuestro Ecuador paradójal y tropical, acendró su vida —alto y puro ejemplo de lucha y sacrificio— en un sublime pensamiento libertario y democrático; luchó a pluma ardida y batida por un ideal doctrinario, desde su "Quiteño Libre", sufrió persecuciones y destierros, y, como casi todos los grandes que en América han sido, fue a morir bajo extraño cielo hospitalario.

La presente obra del conocido escritor José M. Leoro, es un magnífico estudio biográfico en el que, con acierto y fijeza, el internacionalista, el político, el literato, el periodista, el historiógrafo, el orador, en fin, que hubieron en don Pedro Moncayo y Esparza, están precisados; y, el personaje, todo, brillando en el medio histórico en el que le tocó vivir y actuar.

El erudito y crítico Isaac J. Barrera, lamenta que el libro no contenga el capítulo biográfico que ilustre sobre la vida de don Pedro Moncayo y su obra literaria, durante su permanencia en Chile, y esta es, precisamente, una de las dificultades de los biógrafos: la falta de documentación y conocimiento cabal sobre tal o cual aspecto del biografiado, máxime en el caso del ecuatoriano ilustre, cuyas obras literarias y políticas desaparecieron en el fuego de un incendio, imposibilitando así al investigador seguir el curso de su pensamiento y la interpretación de éste.

Sin embargo, esta evocación biográfica, forjada en el rodoniano y sabroso estilo del escritor imbabureño, sustentada está en las seguras bases de una documentación verídica, de un conocimiento histórico erudito y de una vasta información bibliográfica, que hacen de ella un importantísimo y sólido estudio que mucho contribuirá al conocimiento de una de las más significativas figuras del Ecuador.

CORAZONES ATRAVESADOS DE DISTANCIA

G. Humberto Mata
Cuenca—Ecuador

"Sólo los artistas pueden crear a América, y sólo en la medida en que ellos hayan cumplido su tarea de creación podrán los políticos y los críticos llevar adelante lo que haya sido creado. Sólo en la medida en que los artistas hayan creado a América podrán los pueblos de América sentir y disfrutar su propia América... Ya véis que se trata de una obra de arte, en el más amplio y cierto sentido de la palabra "arte". Arte implica belleza. Pero el sentido de la belleza no es más que una conciencia cabal de la vida; belleza quiere decir participación consciente en la vida."

Estas palabras de Waldo Frank, a quien, por ser uno de los espíritus verdaderamente americanos que con más profundidad ha penetrado en el alma de indoamérica, será necesario citar siempre; palabras que encerrando todo un programa de acción constructiva de americanismo, vigentes y actualistas, sincronizan admirablemente con el sentido de la cultura que principia a esbozarse a lo largo de América.

Vueltas las caras a todo extranjerismo, los artistas, los que deben crear a América, según Frank, y que en realidad la están creando —porque crear, es, también, revelar y exponer— hincan sus ojos, en la hora presente, en el exuberante cosmos americano, para darle al mundo de la cultura, vertido en las mil formas del arte, así tal como él existe: en su poderosa potencialidad espiritual y mental, en su realismo social, político y económico; en la inhumana devastación de sus guerras; en su esclavitud y sus ansias de libertad; en sus opresiones tiránicas, en su primitivismo; pero, sobre todo, en su vigoroso anhelo de fijar su personalidad, de sér. Así, "to be or not to be", la sentencia de Shakeaspeare, cobra actualidad y vigor en el pensamiento americano que pugna por estructurar la conciencia de sus pueblos, revelándolos, descubriéndolos, dando realidad estética a su vida.

No es raro, pues, que en este anhelo, el de dar existencia a América, las generaciones intelectuales modernas, con un sentido realista que coordina bien con el ecuménico sentimiento de justicia humana, encaucen su acción hacia los comunes y escabrosos problemas sociales que más urgentemente necesitan solución.

Y, entre estos problemas sociales, y en un gran radio geográfico americano, está, en primer plano, el del indio, ser humano, relegado, sin embargo, al más bajo escalón de inferioridad social, por cuyas reivindicaciones se encienden gritos de liberación bajo los cielos y sobre los horizontes de América.

Algunos son los escritores que aquí, en el Ecuador, país de un gran porcentaje indígena, han tomado sobre sus hombros, tratándola de diferentes modos y puntos de vista, la causa reivindicadora del indio.

Entre ellos está G. Humberto Mata, poeta y novelista. Tiene publicados dos libros de versos, "Galope de Volcanes" y éste, "Corazones atravesados de distancia", motivo de estas líneas. También tiene, en obligada maduración, —pues sabidas son nuestras dificultades editoriales— un acervo de obras literarias, entre ellas "Sol Amarrado", que, cuando lo suelte, —es decir, lo dé a publicidad va a incendiar los espectaculares ámbitos americanos. El mismo la llama "gran novela" a esta su obra inédita.

Truculento lirismo el de este poeta tan consubstanciado con el tiempo y la verdad ideológica de su obra. Para hacer lo que él hace y lo que ya lleva hecho, se necesita haber macerado el espíritu en la amarga verdad biológica de nuestros componentes sociales, sobre todo, como dijimos, del indio. El lirismo indigenista de G. Humberto Mata, está saturado a la vez que de verismo y realidad humana, de un hondo sentimiento reivindicativo, que es su modalidad preponderante, y que, por exponerlo con tan franca y encendida vehemencia, tanto nos complace. Alguien verá, sin embargo, en la lírica de este poeta nuevo, junto a su afán actualista —que lo es de verdad— y su rica pirotecnia imaginífica, los dos polos de obligada atracción y gravitación intelectual moderna. Pero no, en él son sinceros, conscientes tanto su actitud ideológica estética, como su penetración y conocimiento de la realidad, y, también, su realización artística, comprobada en el mérito de sus obras que responden, en su medida, a los apremios contemporáneos.

Acaso, sí, abusa, por serlo tan fácil a él —indio también por fundirse con el alma de éste— y manejable, de su quichuismo, españolizado y españolizante. Acaso sí, esta aberración lingüística, justificable, si cabe, sólo por su esencialidad vernacular, reste emoción a la finalidad universal del verso. Con todo, los sillares de los suyos, echados ya sobre los nuevos cimientos, están levantando la arquitectura de esta nueva etapa cultural, que se perfila, felizmente, en todas las latitudes del continente.

CERRO NATIVO

—El Hombre y la Naturaleza—

Espíritu de la Región

Carlos B. Quiroga—Argentina

Al leer esta obra del gran escritor argentino, en su tercera edición del año pasado —pues que nació a la publicidad en 1921— comprendemos cómo el autor de "Cerro Nativo", pudo ser también el autor de "Raza Sufrida", una de las más bellas y sólidas novelas que han dado verdadero valor y prestigio a la literatura americana.

Carlos B. Quiroga es un artista, pero un artista en el más trascendental sentido del arte. A él le debe la literatura argentina, y la americana, en suma, la revelación estética de una de las más bellas regiones de los Andes, en su integridad natural y humana. Hay en este admirable escritor un acopio de cualidades mentales y anímicas, que hacen de él, en la actualidad, uno de los mejores y más felices realizadores de arte, creadores de esta América que sus nuevos descubridores la están descubriendo culturalmente y mostrándola a los ojos, un tanto ávidos —por lo insospechada de novedades que ella asoma— del mundo europeo.

En el autor de "Raza Sufrida", se funden, a más del estilista —y no hacemos abstracción de esta virtud intelectual, porque cuando se escribe como Quiroga, con tanto amor al idioma, con tan cuidado refinamiento literario, esto sólo basta para afirmar una personalidad— armonioso, el poeta profundo, el psicólogo, el paisajista, el filósofo naturalista, el hombre, en síntesis, enamorado de la naturaleza y de los seres que la humanizan apto para transmitirnos, en sus fuentes vivas, la belleza y la emoción que su espíritu capta en las ignoradas zonas de la naturaleza y del alma humana.

Así es cómo este "Cerro nativo" de Quiroga, nos lleva de descubrimiento en asombro y de asombro en alegría, en un viaje jubiloso, cuyo guía es su autor mismo, a través de una encantadora región de los Andes argentinos, viaje en el que después de sorprendernos ante paisajes desentrañados psicológicamente, de admirar patéticos cuadros costumbristas, de conocer el tesoro de una mitología folklórica y después también de comprender el profundo sentido filosófico que liga al hombre con una determinada región de la naturaleza y a los seres de ésta, y de amarlos y entenderlos en su significación elemental de fuentes de emoción y de arte, llegamos a confirmar esta inequívoca comunidad integral de América, cuyos elementos étnicos y geográficos se identifican tan totalmente, como que una misma es su composición física, unos mismos sus componentes raciales, y unos mismos, por último, son su estructura sociológica, su realismo histórico y presente y la fragua maravillosa donde se forjan su personalidad y su cultura.

Libro de convincente y cálido americanismo este del escritor argentino. Si la emocionada corriente de poesía que lo anima, si la investigación psicológica y filosófica que lo conforman, lo destacan como una obra magnífica —justa y autorizadamente encomiada antes— cuadros hay en ella, tan artística y vigorosamente trazados, como "El Carnaval de Belén" que perdurarán como uno de los bellos aciertos de la literatura americana.

VIDAS DE CELULOIDE

—La novela de Hollywood—

Ed. Cenit—1934

Rosa Arciniega

Esta es la cuarta obra de la escritora peruana residente en Madrid, Rosa Arciniega. Le han precedido "Engranajes", novela declarada "el mejor libro del mes", en 1931, "Jaque Mate" y "Mosko-Strom".

No se ha hecho aun, a pesar de la abundante "literatura cinematográfica", la obra que aborde la interpretación y exégesis del llamado "séptimo arte", en sus ilimitadas posibilidades culturales, en sus insospechadas funciones estética, pedagógica, ilustrativa, gozando como él goza —como no lograron gozar antes ninguno de los artes conocidos— de los poderes de su técnica, de su accesibilidad social, de su trascendental fuerza de realización artística, puestos al servicio de la humanidad. Conocemos, sin embargo, fuera de la obra verdaderamente valiosa y admirable de E. Eremburg, "Fábrica de Sueños", entre otros, estudios como los de Alfonso Longuet y Agustín Aragón Leiva, el mexicano, que tratan, bajo aspectos fundamentales, del arte cinematográfico.

Esta novela de Rosa Arciniega, que es una revelación integral de la vida de Hollywood, la ciudad fantástica y casi mitológica ya, en donde como en una Babel moderna y fabulosa viven, accionan, gozan y sufren, y, también, vegetan y mueren los hombres y las mujeres de todas las razas del mundo, es una obra que elaborada en la viva atracción de un motivo novelesco, inelicientemente explotado hasta el fin, es además, un documento verídico de conocimiento, un estudio socio-psicológico, por lo que tiene tanto de revelación de los conflictos creados por el cine para toda una casta heteróclita de seres humanos, como por la profunda penetración en la psicología de éstos —toda una gema jerárquica y multicolora de valores sociales— que, por conocerla tan a fondo la autora, ha podido identificarla con suma fidelidad, trasplantándola al terreno, florido de sugestividad y encanto literarios de su novela.

Así resulta que en esta "Vidas de Celuloide", obra de inequívoca sugestión, toda la vida de la ciudad del cine, con la vida de sus habitantes, con lo que tienen ambas de grandiosidad espectacular, de poder mecánico y técnico; de ficción, de verdad, de humanidad, de ensueño, de triunfo y de tragedia, está reflejado maravillosamente, en páginas de un verismo pocas veces logrado artísticamente, de un vigor descriptivo, minucioso y detallista, que sólo un ojo analítico y un sentido filosófico y poético —poético por lo que tiene de exaltación general de la belleza, donde la encuentra— como los de la autora de "Mosko-Strom", han podido aprehender para darnos en la emoción de un descubrimiento común al interés y la curiosidad continental, como es su bella novela. Pues, siendo ésta una obra extraída de una realidad creadora y suscitadora de nuevos módulos sociológicos, psicológicos y estéticos, —y económicos sobre todo— como es el cine en su doble función de industria desarrollada hasta el climax de su técnica, y, de arte, si bien asequible ecuménicamente, no tan desarrollado en sus dimensiones culturizantes, en ella están expuestos tanto el mundo físico de la "vorágine de Hollywood", con el espejismo alucinado de sus ficciones arquitecturales, sus verdaderos esplendores y sus miserias, su babilonismo etnográfico "—gran laboratorio antropológico para un hombre curioso este de Hollywood, dice"— y, lo que es de veras interesante, la velada enunciación de los mil y un problemas, de todo orden, en los que se debaten diversos grupos de valor humano, que el maelstrom hollywoodense, con una voracidad titánica traga diariamente, mientras los laboratorios del maquinismo técnico, fabrican sueños —según Ereburg— en el celuloide, con los que se regocija y encanta la humanidad de los cinco continentes.

Tenemos que decir aun que esta interesante novela de Rosa Arciniega, como las anteriores suyas, lleva el sello distintivo de su estilo, sencillo, diáfano, que unido a su domada técnica literaria hacen de ésta un libro que pronto ha de verse traducido a todos los idiomas civilizados.

HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

—Imprenta de la Universidad Central—
Quito—1935.

Isaac J. Barrera

La construcción de una historia literaria, como la de las otras historias, no implica la improba, la vacua e irrealizable, tal vez, labor de los análisis detallistas de los hechos y las obras, ni el frío encasillamiento de nombres de hombres y prohombres en determinados lugares y cronología de las evoluciones humanas; al menos, hay ahora un nuevo con-

cepto de la historia, que trata de expresar el sustrátum líquido de aquellas realizaciones que han servido para impulsar el progreso de las civilizaciones, para afirmar la personalidad de un pueblo y su cultura, situándolas, naturalmente, en el tiempo en que se desarrollaron, e interpretando, eso sí, el alcance de sus proyecciones.

Tal parece ser el concepto que ha guiado al distinguido literato don Isaac J. Barrera, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Quito, al escribir esta "Historia de la Literatura Hispanoamericana", destinada al curso de literatura de dicha Universidad, dictado en el pasado año de 1934.

Obra ésta de síntesis —y análisis también— interpretativa y valorativa, en la que se estudia, desde su génesis, todo un ciclo de cultura literaria americana, y en la que, fuera de su significación y valor didácticos, esencialmente provechosos —no sólo para los ambientes universitarios, más aun para la justa apreciación histórica, —se ha logrado, con la inmensa erudición de su autor, su fino sentido crítico, reconstruir —toda historia, es una reconstrucción— un panorama que abarca cuatro siglos de cultura literaria, en el que se destacan, precisos, sincronizados con su tiempo, que vale decir consubstanciados con sus fenómenos sociales, políticos y demás, y dentro de su irradiación biográfica, las figuras más representativas de la literatura americana, desde los tiempos mismos de la conquista y de la fusión étnica indoespañola.

El tomo que nos ocupa —que es el primero de la Historia de la Literatura Hispanoamericana, cuya continuación, ya preparada, esperamos con el hondo interés que ella merece— encierra, pues, las principales etapas de la evolución literaria, desde la aparición de los primeros escritores, que estos fueron no otros que los mismos conquistadores españoles, quienes a la vez que sembraban en las tierras de América el pendón de Castilla y la cruz simbólica de Cristo, y aportaban el metal pródigo de su sangre para la fundición de la nueva raza, consignaban en idioma castellano, ya para conocimiento del mundo hispánico, ya para exaltar sus propias gestas y la grandeza abrumadora del Continente descubierto, las epopeyas del descubrimiento y la conquista. Así vemos desfilar, enmarcadas en los dos siglos posteriores al descubrimiento de América, las figuras de Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León, Gutierre de Cetina, Bernardo de Balbuena, y entre otros relevantes personajes españoles y americanos, el primer brote de la fusión étnica, la primera muestra del criollismo americano, encarnados en el Inca Garcilaso de la Vega, el de los "Comentarios Reales". Luego vemos también a las grandes figuras del siglo XVIII, las de la Revolución y del Romanticismo.

Como decimos, un profundo y nuevo sentido e interpretación de la historia literaria, un estudio concentrado y psicológico de los fenómenos literarios, unido, además, a una fácil captación de los valores personales,

exaltados sólo en la medida de su significación intrínseca, y, de los más precisos y concretos trazos biográficos, hacen de esta Historia de la Literatura Hispanoamericana, una obra nueva de conocimiento —o de reconocimiento— y de afirmación, por lo que ella guarda de verdad histórica fuertemente vitalizada, por la luz que hace en la apreciación de la evolución cultural, y por su valor esencialmente didáctico, común e igualmente importante para todo ambiente intelectual interesado por la marcha de la cultura de América.

ATAHUALLPA

Ed. Mundial—México—D. F.—1935.

Benjamín Carrión

La bibliografía ecuatoriana, en lo que va del año actual, se ha enriquecido con la presencia de algunos libros de gran significación, entre los que sobresalen la obra de Literatura Hispanoamericana de Isaac J. Barrera, que acabamos de comentar, y, esta biografía de Atahualpa, el último Rey del Imperio Incásico, editada en la ciudad de México, en donde su autor ejerció, hasta fines del año pasado, la representación diplomática de nuestro país.

Propicio clima de afinidades y consanguinidades históricas y culturales el de México para el florecimiento y la maduración de una obra que clava sus raíces en suelo abonado con idémicos fermentos étnicos y éticos. La casualidad, al menos, ha querido que este libro de evocación histórica, de una historia que por igual abarca la civilización azteca y la tahuantinsuyana, y un mismo evento que abre el ciclo de una nueva ruta cultural —la conquista y dominación española— vea la luz en un ambiente que ata historia y vida comunes a dos pueblos.

Esta biografía de Atahualpa, uno de los valores más elocuentes de la raza, no es un simple recuerdo histórico, no es una seca incursión retrospectiva en la historia. Es una re-creación de ella, en la que se le da vida de actualidad, lo mismo que a sus personajes, humanizados por el valor afirmativo de sus actos, por la ponderación de sus virtudes personales, y en la que también, se confronta la realidad de los fenómenos históricos, en su más amplia significación.

Enmarcada la gran figura de Atahualpa en su propio medio temporal y espacial, vivimos, de nuevo, en el libro, con doble emoción, dramática y psicológica, —por la penetración en la esencia y dramatismo de la historia— la vida y epopeyas del Incario, en su estructuración política, económica, social, en sus manifestaciones religiosas, guerreras, artísticas, en su apogeo de cultura, llegado al máximo de superación, hasta que la

férrea cuadratura comunitaria que cierra el Imperio de las Cuatro Partes del Mundo, dividida por dos jerarquías administrativas, que en lucha ya, buscan cada cual la hegemonía que restituya la unidad del Imperio, y que, aunque declarado y conseguido el triunfo de una de ellas (de Atahualpa sobre Huáscar) pero subsistente la descomposición del basamento nuclear, acaba por esfumarse ante la irrupción, ya anunciada, desde luego, de un fenómeno histórico, que no es otro que el de la conquista española.

Por necesidad, al trazar la vida de Atahualpa, se hacía también indispensable, para no desvirtuar el fundamento histórico, oponer a ella, aquellas otras etapas que en diferentes zonas de tiempo y de geografía, constituyen la otra epopeya, nunca acabada de interpretar y reconstruir, de la conquista. Y, si al re-crear la vida del indio admirable y heroico, —humano y sobrehumano—, en su concepción social y teocrática del hombre y de la vida—la penetración psicológica en ella, ha hecho que el autor de esta biografía, nos dé un retrato auténtico, bellamente ornamentado con cuanto detalle de valor complementario, remontándose aun, con tal fin, al pretérito lejandario del Imperio, y extrayendo de él, en un súmmun histórico, figuras representativas como Tupac-Yupangui y Huaina-Cápac, no menos auténticos son los retratos de los Caporales de la conquista, Francisco Pizarro, Diego de Almagro, los "dos ilustres analfabetos españoles", Vasco Núñez de Balboa, Hernando Pizarro, Hernando de Soto, Vicente Valverde, el "desasosegado e deshonesto clérigo", verdugo y ajusticiador de Atahualpa, cuando en Caxamarca —**chaupi punchapi tucacaya!**— anocheció en la mitad del día.

Dos realidades históricas que se amalgaman al fundirse en la unidad de una epopeya, engastada en su anverso por los esplendores preciosos de una cultura que va desde la organización celular del ayllu, pasando por un módulo perfecto de socialización económica y agraria, por otro de culminación artística, hasta la ecuménica totalidad teocrática de una religión panteísta —no menos verdadera o ficticia que cualquiera otra— simbolizada en el Sol y encarnada y divinizada, humanamente, en el Rey del Imperio, hasta culminar en el martirio y sacrificio de éste, su máximo valor simbólico, en quien, tanto los poderes humanos y la esencia divina se funden en una conjunción totalizadora. Y, en su reverso, engastada también, por la iridiscencia de una hazaña que, asimismo, arrancando de una aventura prodigiosa —en la que priman tanto la alucinación, la osadía como el coraje humano— y pasando por las escalas alternas del dolor y del gozo, del sacrificio y del triunfo, alcanza plenitud en una gesta trascendental.

Benjamín Carrión ha sabido, en esta obra, desentrañar con un admirable sentido analítico e interpretativo de la historia, los hechos y los momentos de verdadera importancia de ella, revelando de los hombres

que la hicieron y la vivieron y su grado de civilización lo que hay de justo valor cultural y humano. Por esto es que esta biografía de Atahualpa, lograda felizmente —en su concepción estética e histórica— hasta haber troquelado en los mármoles multifásicos de la historia, en sus dimensiones espirituales y humanas la gran figura del Rey Inca, guarda en sí los elementos de un trabajo fuertemente estructurado. Pues en ella, su autor, ha conseguido reunir en un haz de síntesis constructora, virtudes esenciales que se aúnan y se complementan. Nos ha sido grato encontrarnos, de nuevo, con el ensayista de vigoroso pensamiento y vasta concepción crítica. Luego, este estudio biográfico que tiene, como es natural, de la historia; que, por su vivo colorismo descriptivo tiene de la crónica; por la exégesis del dramatismo histórico, resurrecto en una nueva emoción estética, de la novela; por el cálido vaho lírico que se desprende de la reconstrucción de las gestas históricas, de poesía; y, por último, por la vivisección de la psicología misma de la historia y la mensurada apreciación de sus fenómenos, tiene de la crítica, y todo esto cincelado en una labor estilística y literaria, ha venido a confirmar las virtudes que delinear la personalidad del autor de "Los Creadores de la Nueva América" y "Mapa de América".

Esta biografía de Atahualpa, de Benjamín Carrión, obra de afirmación histórica, fuera de marcar un admirable momento de realización estética en el movimiento literario ecuatoriano, abre un derrotero de originalidad para la re-cuación, la reconstrucción e interpretación de la historia y la vida de sus personajes, en una nueva y atractiva expresión artística, y, lo que es más y no se puede dejar de apreciar—confirma con claras luces de verdad, los fundamentos de nuestra nacionalidad histórica.

CANCIONERO

—Antología de ocios poéticos—

Alberto Guillén

Arequipa—Perú.

José Carlos Mariátegui, el grande y noble espíritu peruano, de América, —pleonasma que se explica porque hay otros grandes, también, peruanos, chilenos, ecuatorianos, de París, de New York, de Madrid—aconsejaba a Alberto Guillén con esta sentencia: "el deber de un artista es no traicionar su destino", que, en labios de Plejanov hubiera significado: "no es bueno para el hombre permanecer aislado; el arte es un medio de contacto espiritual entre los hombres".

Pero, Alberto Guillén, a quien Gómez de la Serna vió en Madrid "borracho de orgullo" y "con un tipo de pollo de águila", y a quien, en-

tre alabanza y crítica se le ha censurado, en todos los tonos, su pasión iconoclasta y ególatra, su egotismo impenitente, su escepticismo y nietzscheanismo, ni ha traicionado su destino, ni su obra, aunque en verdad él haya permanecido (raro es el caso de Guillén en la literatura americana) encerrado en la alta torre de su aislamiento, ha dejado de ser un medio de contacto espiritual entre los hombres.

A través de casi toda su obra poética, la voz americana de este poeta, inconfundible de criollismo, delatadora de un espíritu esencialmente vernacular, fuertemente adherido a la carne de la tierra y de la raza, ha sido la expresión y la concreción del alma americana, y es por esto que, el tal contacto espiritual entre los hombres, se ha realizado en el arte de Guillén.

El poeta de "Deucalión", ajusticiador iconoclasta en "La Linterna de Diógenes", por su obra, nos ha dado de sí, la imagen de un dios bravo, irritado a veces, exultante otras, a quien, el peso de su propia superioridad, le ha impedido arrancar el vuelo hiperbóreo que quisiera, cansado, hastiado, tal vez, del contacto con la humanidad.

Mas, ¿de dónde, si no es del panorama humano, complementado con el panorama natural, ha extraído Guillén —él mismo un complejo de excelencias, debatido entre el suelo y el cielo (y no por místico sino por viril y humanamente lírico) lo que hay en su poesía de ecumenismo espiritual?

¿Qué mejor prueba de saberse el alma de un pueblo, de estar con ella y con su realidad, que estos Cantares de su "Cancionero", en los que se ha estilizado todo un filón áureo de riqueza folklórica, encendida en el más vivo y abrasador fuego lírico?

Que no haya en su verso la actualísima expresión del arrebató revolucionario, caro, desde luego, a las exigencias ideológicas presentes, esto no quiere decir que Alberto Guillén, poeta que, desde su iniciación, viene salvando todas las etapas de la evolución literaria de América, en una obra de amplitudes esenciales, en la que ha tallado con saña de una alta sensualidad autolátrica, su figura desconcertante, no sea capaz —y nadie mejor que él— de clavar su antena receptora y emisora, en la realidad espiritual de hoy día, y, al darnos en la potencia vigorosa de su voz lírica el mensaje pregonador de anhelos universales, se convierta él mismo, ya que tiene todos los elementos para serlo —y cuando él quiera— en el Caporal que sea a la vez que un orientador, un realizador de los nuevos ideales estéticos. Para eso su voz, cuando suena, tabletea con emocionadas y largas resonancias a lo largo del Continente; y, para eso, su espíritu, clavado "como una célula viva en el vientre de América", alto y vertical, se yergue en una tierra de síntesis civilizadoras, cuyo pasado alumbra con luz energética la estructuración de un nuevo ciclo cultural, que fraguan el dinamismo y el humanismo contemporáneos.

GESTIONES RELACIONADAS CON LA PRIMERA EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO

Insertamos, para conocimiento de nuestros lectores, la documentación relativa a las gestiones efectuadas, hasta hoy, por el Grupo América, con motivo de la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, que se realizará el 10 de Agosto de este año, con la cooperación del Gobierno del Ecuador, Presidentes de las Repúblicas Hispanoamericanas, Cuerpo Diplomático y Consular del extranjero y del país, Municipios, centros culturales, escritores, casas editoras, publicaciones del continente.

En el próximo número daremos cuenta de todas las personas y entidades que hayan contribuido a la realización de la Fiesta del Libro y a la fundación de la **Biblioteca América**, institución que servirá para mantener vivo y perenne el lazo de unión entre los pueblos americanos.

Decreto del Gobierno del Ecuador que auspicia el proyecto de la Exposición del Libro Hispanoamericano y fundación de una biblioteca.

J. M. VELASCO IBARRA,

Presidente Constitucional de la República,

Considerando:

Que sólo el mutuo conocimiento de los pueblos que forman la unidad americana y su íntima vinculación espiritual, han de estructurar, sobre las comunes bases de sus orígenes étnicos e históricos, la anhelada conformación de la personalidad y la cultura de América;

Que, para la exacta realización de los ideales americanistas e hispanoamericanistas, es necesario fomentar y exaltar los sentimientos de confraternidad que ligan, entre sí, a nuestras nacionalidades, y, cultivar, asimismo, los lazos ancestrales que nos unen al mundo hispánico;

Que es obligación de los Poderes Públicos orientar y ayudar todo movimiento intelectual que trate de llevar a cabo los principios ideológicos que propugnan la práctica realización cultural de América, y aquellos que fomenten su conocimiento en los continentes civilizados;

Que la Revista "América", órgano del Grupo del mismo nombre, de esta Capital, que desde hace muchos años viene efectuando, en forma visible, los nobles ideales del hispanoamericanismo, labor aplaudida y reconocida en el Exterior, ha tenido la iniciativa de organizar la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, en la que se pondrán a prueba los sentimientos de solidaridad intercontinental y el grado de cultura hispanoamericana; y

Que dicha Exposición entraña un acto de verdadera trascendencia intelectual que hace honor al país;

Decreta:

Art. 1o.—Realícese, el 10 de Agosto del presente año, en esta Capital, la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, a la que quedan invitados los escritores, instituciones culturales, casas editoras de América y España;

Art. 2o.—Concédase, mediante el respectivo concurso, los premios pecuniarios, medallas, diplomas, etc., destinados por el Gobierno para tal objeto;

Art. 3o.—Fúndese, bajo los auspicios del Ministerio de Educación Pública, con el acervo de las obras enviadas a la referida Exposición, la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos;

Art. 4o.—Destínase, para la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, de la partida No. 3231 del Presupuesto vigente del Estado la cantidad de ocho mil sucres; y

Art. 5o.—Encárguese de la ejecución del presente Decreto los señores Ministros de Educación Pública, de Relaciones Exteriores y de Hacienda.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 7 de Marzo de 1935.

El Presidente de la República,— (f.) J. M. VELASCO IBARRA.—
El Ministro de Obras Públicas, Encargado del Despacho de Hacienda,—
(f.) Jorge Montero Vela.—El Ministro de Educación Pública,—(f.) Franklin Tello.—El Ministro de Relaciones Exteriores, (f.) Alejandro Ponce Borja.— Es copia.— El Subsecretario de Educación Pública,— Oscar Efrén Reyes.

Nota dirigida a los Presidentes de América y de España, por intermedio de la Cancillería.

Excmo. Señor

Nunca como ahora, los pueblos de América, azotados por males endémicos y extraños, extraviados de la ruta de sus propios destinos, se hallan en la necesidad de cohesionar su acción y su pensamiento, de co-

nocerse más íntimamente en sus realidades y potencialidades políticas, económicas, sociales y culturales y de enderezar sus vidas hacia la alta finalidad histórica que están llamados a realizar. Nunca como ahora se hace necesario que las nacionalidades de América, únicas y unas mismas en sus orígenes raciales, históricos y geográficos, comprendan su destino en esta hora de la civilización actual y se unan mental y espiritualmente en la ardua y noble labor de construir conjuntamente su personalidad y su cultura.

Fervorosos americanistas, de un práctico americanismo probado en diez largos años de incesante lucha por el acercamiento de los pueblos que constituyen la unidad americana, hemos querido que nuestros ideales de confraternidad, comprensión y conocimiento continental, tengan su patética, su viva expresión dándoles realidad en uno de los más trascendentales actos culturales, en el que queremos probar, una vez más, tanto nuestro entusiasmo por la causa americanista, como la solidaridad del espíritu americano, pronto a secundar siempre las nobles gestas de su civilización.

Al efecto, Excmo. Señor, el Grupo América, de esta ciudad, con motivo de cumplirse los diez años de vida de la revista "América", su órgano de publicidad y su lazo de unión intelectual con América y Europa, felizmente auspiciado por el Gobierno, Municipalidades, instituciones culturales, etc. del país, ha resuelto llevar a cabo, el 10 de Agosto próximo, en esta Capital, la primera EXPOSICION DEL LIBRO HISPANOAMERICANO, para cuya realización solicitamos su decisiva y valiosa adhesión, invocando sus altos sentimientos americanistas y culturales, su elevada representación política y sus conocidas ejecutorias intelectuales y democráticas.

Queremos, Excmo. Señor, que en la exposición aludida, la Nación que Ud. dignamente preside, tenga relevante presencia, ya sea con el acervo de obras que los autores o casas editoras de esa culta República quieran enviar, ya también, —y este es el favor que de su parte esperamos— con el obsequio de una bandera para ornar la sección destinada a esa nación.

En la seguridad de que este nuestro proyecto encontrará estimulante eco en su espíritu y de que nuestra petición será generosamente atendida, nos es grato presentar al Sr. Presidente de la República de por cuya felicidad hacemos los más sinceros votos, nuestro saludo cordial y nuestros sentimientos de alta consideración y aprecio.

Por el Grupo América,
Hugo Moncayo.

Por la Revista,
Alfredo Martínez.

P. D.— Las dimensiones de la Bandera serán de 60 por 80 centímetros. Le remitimos un ejemplar de "América".

Nota enviada al Cuerpo Diplomático y Consular del país en el extranjero y Representantes del Grupo.

Señor:

En el anhelo de dar práctica realización a nuestros viejos ideales hispanoamericanistas, el Grupo América, al cumplirse los diez años de vida de la revista de su nombre, ha logrado organizar, con el apoyo del Gobierno del país, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, que se efectuará el 10 de Agosto próximo, como puede verse por la copia del Decreto Ejecutivo que adjuntamos.

No se le ocultará a usted la trascendencia que tal acto entrañará para la cultura ecuatoriana y para nuestros propósitos de confraternidad continental. En esta virtud, exaltamos en usted sus sentimientos patrióticos y sus conocidas ejecutorias intelectuales, para demandar su valioso apoyo, a fin de que, en su lugar de residencia y en la órbita que usted creyere conveniente, se sirva hacer conocer, por la prensa o por cualquier otro medio, la invitación contenida en el decreto en referencia, con el objeto de que los escritores, casas editoras, instituciones intelectuales, etc., aporten su contingente —mientras más intenso mejor— a la Exposición que tratamos de realizar.

Esperamos, pues, que esta noticia encuentre fervorosa acogida de su parte y que querrá ayudarnos decididamente en nuestra empresa, para lo cual nos es grato investir a usted con el nombramiento de Representante de la Exposición del Libro Hispanoamericano, a fin de que, por su seguro intermedio,— o directamente si así lo quisieren los expositores— se nos envíen las obras para dicho certamen cultural.

Sin más por ahora que ofrecer a usted nuestros sentimientos de amistad y consideración, y en espera de sus gratas noticias, tenemos la complacencia de suscribirnos de usted atentos y seguros servidores.

Por el Grupo América,
Hugo Moncayo.

Por la Revista,
Antonio Montalvo.

Nota dirigida al Cuerpo Diplomático y Consular residente en el país.

Señor:

El 10 de Agosto próximo, el Grupo América de esta ciudad, auspiciado por el Gobierno, Municipios, etc., llevará a cabo la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, y la fundación de la Biblioteca de obras enviadas al referido certamen, la **Biblioteca América**,

de autores de habla española, con el propósito de establecer el intercambio del libro, y de afianzar los ideales de solidaridad hispanoamericana, como puede ver usted en el Decreto Ejecutivo cuya copia adjuntamos.

Como la labor organizadora de la Exposición demanda la ayuda integral de todos los elementos intelectuales y representativos que se hallan en capacidad de contribuir en cualquier forma a la feliz realización del enunciado certamen, en el que se pondrán en evidencia las realidades civilizadoras de América, y, en especial, las posibilidades de nuestro país, permitiémosnos dirigirnos a usted invocando sus altos sentimientos de comprensión intelectual y sus nobles ejecutorias en pro del acercamiento espiritual de Hispanoamérica, a fin de que nos preste su valiosa adhesión en la obra emprendida, y quiera, a la vez, solicitar a los elementos de la nación a la que usted dignamente representa —escritores, instituciones culturales, casas editoras, especialmente al Gobierno—, su contingente para la primera Exposición del Libro Hispanoamericano.

Mucho agradeceremos a usted todo lo que en favor de la realización de este proyecto, que marcará sin duda un significativo momento en la vida espiritual de América, por su trascendencia intelectual, quiera hacer, en nombre de nuestros comunes anhelos de conocimiento y de viuculación intercontinental.

De Ud. Attos. y SS. SS.

Por el Grupo América,
Hugo Moncayo.

Por la Revista,
Alfredo Martínez.

Circular enviada a los escritores, centros culturales, bibliotecas, publicaciones y casas editoras de América y España.

Señor:

Auspiciada por el Gobierno del Ecuador, y con la cooperación de las Municipalidades, instituciones culturales, casas editoras, autores, etc., se llevará a cabo, en esta Capital, el 10 de Agosto próximo, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, organizada por el Grupo América, en celebración del décimo aniversario de la revista de su nombre.

Pretendemos, al realizar dicha Exposición, —la que otorgará valiosos premios a sus concurrentes—, al mismo tiempo que estrechar más fuertemente los vínculos de unión entre los países de América y España, poner de relieve, en forma tan elocuente como será aquella, el grado de cultura intelectual de Hispanoamérica, creando, además, con el acervo de obras enviadas al referido certamen, la Biblioteca América, organismo que, entre sus funciones específicas contará con la de mantener y fomentar las relaciones de confraternidad e intercambio intelec-

tual entre las naciones de habla castellana, única fuerza práctica capaz de realizar eficazmente nuestros comunes ideales americanistas.

Invocando, pues, sus altos sentimientos de solidaridad, sus probados anhelos por el desarrollo de la cultura de nuestra América y su bien ganado prestigio intelectual, pedimos a usted su valioso apoyo, a fin de que, con el envío de cuántas obras creyere usted del caso, se enriquezca el volumen y calidad de la Exposición del Libro Hispanoamericano, la cual, como verá usted, ha de entrañar una honda trascendencia para la cultura de América.

En espera de su grata respuesta, y rogándole, encarecidamente, se sirva participar esta nota al círculo de sus relaciones, nos es honroso suscribirnos de usted muy Attos. y SS. SS.

Por el Grupo América,
Hugo Moncayo.

Por la Revista,
Augusto Arias.

P. D.—Como en la Exposición del Libro Hispanoamericano se abrirá el correspondiente registro de autores y editores, es necesario conocer su dirección postal o domiciliaria y su nacionalidad, a fin de establecer con eficacia el intercambio del libro.

Agradecimiento del Grupo
América al Jefe del Estado.

Excmo. Sr. Presidente de la República
Doctor Don José María Velasco Ibarra
Presente.

El Grupo América, organizador de la primera Exposición del Libro Hispanoamericano y de la **Biblioteca América**, tiene el honor de anticipar al Excmo. Señor Presidente de la República, la enorme complacencia con que ha visto las gestiones desarrolladas por el Gobierno apoyando, de modo tan inteligente y práctico como lo ha hecho, la feliz realización de su proyecto americanista, el mismo que tanto en el Ecuador como en el extranjero ha sido recibido con el más cálido beneplácito.

El Grupo América está seguro de que la eficaz acción del Ejecutivo, particularmente, y del Gobierno en general, han de contribuir a la total realización de esta obra de estrechamiento espiritual interamericano, en el que está comprometido el prestigio del país.

Al reiterar al Excmo. señor Presidente nuestros debidos agradecimientos, nos es grato renovarle los sentimientos de nuestra más alta consideración.

p. p. el Grupo América,
Hugo Moncayo.

NOTAS MARGINALES

EL DIA DE LAS AMERICAS

Por sugerencias y bajo el inteligente auspicio del Ministerio de Educación Pública, fue celebrado aquí, con vivo y general entusiasmo, "El Día de las Américas". El sentimiento de confraternidad continental, que desde tiempos ha viene haciéndose carne de realidad en el espíritu de los pueblos americanos, tuvo práctica demostración, por parte del pueblo ecuatoriano, al iniciar, en ese día una colecta de dinero destinada a aliviar la dolorosa situación de los huérfanos que produce la matanza del Chaco, guerra fratricida, por cuyo término, aquí, como en el resto del continente, se ha levantado una verdadera campaña pacificadora.

REPRESENTANTE DE "AMERICA" EN LA REP. DEL URUGUAY

El ilustre escritor uruguayo, don Arturo Scarone, Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo, quien, en la actualidad, prepara la Bibliografía del doctor Juan Zorrilla de San Martín y la segunda edición de *Uruguayos Contemporáneos*, ha aceptado la representación de esta revista en la patria del autor de *Tabaré*. Con tan valioso elemento, seguros estamos de que nuestra labor americanista, extenderá su radio de acción, con los más brillantes resultados.

SOCIEDAD GEOGRAFICA "SUCRE"

Nos es grato transcribir el nuevo directorio de la distinguida sociedad boliviana, en su cuadragésimo octavo año de existencia:

Presidente, Dr. Angel Sandoval; Vicepresidente, Dr. Zenón C. Arias; Secretario, Dr. Alfredo Jáuregui Rosquellas; Tesorero, Dr. Alfredo Ibarregaray A.; Bibliotecario, Dr. Nicanor Malo; Comisionado de Contabilidad, Dr. Hilarión Arce.

Y, deseámosle, a la vez, más larga vida, para bien de las investigaciones histórico-geográficas de América.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

El gran poeta chileno, nuestro representante en la Nación de la Estrella Solitaria, se halla empeñado en estrechar mejor nuestras rela-

ciones espirituales, mediante el intercambio intelectual entre las dos naciones hermanas, para lo cual, las páginas de esta revista, abiertas están, como siempre y como para todas las naciones que quieran secundar nuestra labor, al pensamiento chileno, pródigo en valores representativos, que hacen honor a las letras y a la intelectualidad de América.

VICTOR HUGO ESCALA

El Ministro del Ecuador en Venezuela, amigo y representante nuestro en Caracas, cuyo encendido patriotismo le tiene ligado perennemente a la vida ecuatoriana, llevó a cabo, el 3 de Abril, en el Ateneo de Caracas, un brillante acto literario, con motivo de la entrega del Mensaje de la Legión Femenina del Ecuador, en el que tomaron parte destacados miembros de la sociedad caraqueña.

Agradecemos, por otra parte, al inteligente compañero, todo lo que en favor de nuestros ideales americanistas, viene realizando en la cuna de Bolívar y Andrés Bello.

MERECIDA DISTINCION

Según datos recogidos en la prensa chilena, ha llegado a nuestro conocimiento que, a propuesta de los señores don Agustín Edwards y Héctor de Aravena, prominentes miembros de la Academia Nacional de Historia, ha sido admitido en el seno de tan prestigiosa Institución nuestro compañero don Oscar Efrén Reyes, honor por el que nos es placentero felicitarle efusivamente.

ALAS

Con este nombre circula esta nueva publicación de Literatura, Ciencias, Artes y Variedades. La dirijen las prestigiosas intelectuales Zoila Ugarte de Landívar, Victoria Vásconez Cuví, María Angélica Idrovo y Rosaura Emilia Galarza H.

REPRESENTACION INTELECTUAL

"Brasil Feminino", la prestigiosa y nítida revista brasilera que dirige la inteligente escritora Iveta Cunha Ribeiro, ha designado su representante intelectual en nuestro país, a doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, distinguida miembro del Grupo América.

BIBLIOGRAFIA TITULAR

La Dirección de "América" agradece, cordialmente, a los autores que le han honrado con el envío de las siguientes publicaciones:

NACIONALES

- BENJAMIN CARRION: *Atahualpa*.— Imprenta Mundial. México. 1934.
- ISAAC J. BARRERA: *Historia de la Literatura Hispanoamericana*.— Imprenta de la Universidad Central. Quito. 1935.
- MANUEL OREJUELA T.: *Linguistique Ecuatorienne IV Congrès International de Linguistique Romane*.— Imprenta de la Universidad Central.—Quito—Ecuador.
- G. HUMBERTO MATA: *2 Corazones Atravesados de Distancia*.—Imprimió Carlos Sarmiento. Cuenca, Ecuador.
- ALEJANDRO ANDRADE COELLO: *Del Quito Antiguo*.— Imprenta "Ecuador". 1935. Quito, S. A.
- MANUEL M. ORTIZ: *Faunia*.— Talleres de la Universidad. 1934. Cuenca, Ecuador.
- DARIO C. GUEVARA: *Rayuela*.—Imprenta Ecuador. 1934. Quito.
- ABRAHAM ERASO: *La Provincia de Bolívar en 1934*. Quincuagésimo aniversario de su creación.—Quito, Ecuador. 1934.
- VICTOR GABRIEL GARCÉS: *Significación Sociológica del Mito*. Conferencia pronunciada en la Universidad Central.—Quito, Ecuador. 1934.
- GONZALO BUENO: *Siembras*. Cuentos. Prólogo de Joaquín Gallegos Lara. Portada de Sergio Guarderas. Editorial Labor. Quito. 1934.
- ENRIQUE DAVILA JIJON: *El Páramo Gime...* (Cuentos de la Sierra Ecuatoriana) Tip. L. I. Fernández. Quito. 1934.
- PUBLICACIONES DEL ARCHIVO MUNICIPAL: *Testamento del Señor Capitán Don Sebastián de Benalcázar, Conquistador y Fundador de la Ciudad de San Francisco de Quito*.— Talleres Tipográficos Municipales. Quito, 1935.

- PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA: La II Conferencia Interamericana de Educación, reunida en Santiago de Chile, del 9 al 16 de Setiembre de 1934. Informe presentado por el Delegado del Ecuador, Sr. Dn. Oscar Efrén Reyes.—Talleres Gráficos de la Nación, Quito.
- HUMBERTO MATA: Nuevo Sentido de la Educación.— Talleres Gráficos de la Nación, Quito. 1935.
- PABLO ALFONSO VASCONEZ: Israel, Arabia, India.— Editorial Labor, Quito. 1935.
- ARCELIO RAMIREZ: Alcázar de los Sueños.— Tip. El Globo. Bahía, Ecuador.
- HUGO LARREA ANDRADE: Fontana.— Ibarra, Ecuador. 1935.
- ALEJANDRO OJEDA V.: Etza o el alma de la raza jívara.— Editorial Artes Gráficas. Quito. 1935.

EXTRANJERAS

- S. LIBEDINSKI: Marxismo y Medicina.— Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Doblras 951 al 964. Buenos Aires. 1935.
- SANTIAGO ARGUELLO: El Divino Platón, 2 tomos.—El Libro de los Apólogos y otras cosas espirituales. Dibujos de T. Camacho.— La Magia de Leonardo de Vinci.— Ediciones patrocinadas por el Presidente de Guatemala, Gral. Jorge Ubico. Guatemala, C. A. 1943.
- CARLOS B. QUIROGA: Cerro Nativo. (I—El Hombre y la Naturaleza.— Espiritu de la Región). Tercera edición definitivamente corregida por el autor. Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso. Buenos Aires. 1934.
- MARUJA VIDAL FERNANDEZ: Dinamo.— Buenos Aires.— Talleres J. Pensar, Ltd. 1934.
- MANUEL DE LA PEÑA: Ciudadanos Armados.— Mareel Estaix, imprimeur. 7, rue André. Caplet. Le Havre.
- DOMINGO MELFI: Pacífico-Atlántico. (Notas de viaje).— Ediciones de la revista Atenea. Santiago, Chile.
- ANTONIO SPINETTI DINI: La Palabra al Viento.— Antonio Díaz, editor. Mérida, Venezuela. 1934.
- SOFONIAS SALVATIERRA: Sandino o la tragedia de un pueblo.— Madrid. 1934.
- CARLOS B. QUIROGA: Insectos por el Viento. Imagen, filosofía, sentimiento.— 4 a 2. Novela Argentino-Uruguay.— Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso. 1934.
- C. SABAT ERCASTY: El Demonio de don Juan. (Poema dramático).— Editor: Máximo García. Sarandi, Montevideo.

- ARMAND GODOY: *Les Latinies de la Vierge*. Orné d'une lithographie de Mariette Lydis.— Ediciones Bernad Grasset, Paris.
- MARIO IRLE: *Plenitud de goce y lágrima*. (Poemas). Prólogo de Pedro Enriquez Ureña.—Imprenta López, Perú 666. Buenos Aires.
- NICOLAS SEMORILE: *Tierra Labrantía*. Poesías.— Editorial Cultura. Buenos Aires. 1934.
- HUMBERTO TEJARA: *Cinco Aguilas Blancas*.— México, D. F.
- MAXIMO SOTO-HALL: *Herodías*. Poema bíblico.—Buenos Aires. 1934.
- FERNANDO BINVIGNAT: *Cántaro*. Poemas. Ediciones "Vértebra". La Serena, Chile. 1934.
- ARNULFO MARTINEZ LAVALLE: *5 Poemas*.— Sobre cinco viñetas de Fermin Revueltas.— Suplemento de *Crisol*. 1934. México.
- ENVIO DE CAMPIO CARPIO: *Vecindades*, versos de Carlos Carlino (H).— *Comentando la Vida*, de Juan J. Sambarino.— *Tatuaje Marino*, de Lea Podesta.
- MARIO PAVON FLORES: *El Poeta del Sol*. (Ensayo).— Jalapa, Ver., México.
- MARIA LUISA VERA: *Yunque*.— Ediciones F. E. P. México.
- PUBLICACIONES DEL ATENEO DE EL SALVADOR: *El Premio Nobel de la Paz y el Dr. Miguel Angel Araujo, Ministro de Relaciones Exteriores*.— San Salvador. 1934.
- ROSARIO BELTRAN NUÑEZ: *Rascacielos*.— Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires.
- G. H. NEUERENDORFF: *El Problema Racial en América*.—Impresión especial del colofón para la edición alemana de "Los Estrangulados", novela de H. Robleto. (Tomo II de la "Biblioteca Ibérica"), publicada por G. H. Nueuendorff en la Editorial H. Müller, Leipsig.
- BEATRIZ BANDEIRA: *Ouro e Sandolo*.— Río de Janeiro.
- ENRIQUE PLANCHART: *Poema a Mucky Gotz y Dos Suices en Verso Blanco*.— Caracas—Venezuela.
- LEON TROPSKY: *Qué es la Revolución de Octubre?*.—Editorial Claridad—Buenos Aires.
- IVETA CUNHA RIBEIRO DOS SANTOS: *Migalhas*. Poemas en prosa.— Río de Janeiro.